



CHRISTUS

REVISTA DE TEOLOGIA Y CIENCIAS HUMANAS

Noviembre • Diciembre 2002



Vaticano II

- Historias y esperanzas
- Hacia un nuevo Concilio
- Iglesia siempre nueva

Corresponsales

Aguascalientes

José Luis Jacques
Tokio 207
Fracc. del Valle 2ª Sección
20089 Aguascalientes, Ags.
Tels.: (449) 870 54 55 ó 816 89 40

Baja California Norte

David Ungerleider K.
Ave. Centro Universitario 2501
Playas de Tijuana, (Apdo. Postal 185)
22200, Tijuana, B. C.
Tel.: (664) 630 1577 Ext. 205

Coahuila

P. Hernán Villareal
Valdéz Llano 150 Pte.
Col. Ampliación los Ángeles
27140 Torreón, Coah.
Tels.: (871) 716 44 00

Colima

Cruzare S.A., Atn: Salvador Cruz A.
Abasolo 79
28000 Colima, Col.

Chihuahua

P. Juan Manuel Mata
Parroquia del Sagrado Corazón
Calle 14½ N° 2806
31030 Chihuahua, Chih.
Tel.: (614) 415 08 70

Guanajuato

Dr. Arturo Lozano Madrazo
CESCOM
Fray Daniel Mireles 416
San Pedro de los Hernández
37280 León, Gto.
Tel.: (477) 771 41 59

Nuevo León

Mariela Gómez García
Brillantes 111
Col. Pedregal del Valle
66280 Garza García, N. L.
Tel.: 35 17 10
Marianela Madrigal Hinojosa H.S.S.
Espinosa Ote. 851
64000 Monterrey, N. L.
Tel.: (81) 83 43 25 30

Oaxaca

P. Juan Ruiz
Parroquia de los Siete Príncipes
González Ortega 415
68000 Oaxaca, Oax.
Tel.: (951) 516 34 58

Tabasco

Miguel Ángel García Trinidad
Av. Madero 645
86000 Villahermosa Tab.
Tel.: (993) 31 20 9 18

Yucatán

Nancy Walker y M. Cristina Muñoz
Calle 31 N° 200A
García Ginerés
97070 Mérida, Yuc.

Christus, Teología y Ciencias Humanas

Número 733 Año LXVII, Noviembre-Diciembre, 2002

Editor: Luis G. del Valle/Centro de Reflexión Teológica, A.C.

Director: Luis G. del Valle.

Dirección de este número: Luis Arturo García Dávalos; Magdalena Cubas Carlin

Administradora: Magdalena Cubas Carlin.

Consejo de Redacción: Raúl Cervera, Magdalena Cubas C., Abel Fernández, Luis Arturo García, Mario Armando González, Sebastián Mier, Luis G. del Valle.

Consejo Asesor: Miguel Álvarez G., José Álvarez I., Rafael Álvarez, Magdalena Cubas C., Luis Arturo García, Mario Armando González, María Luisa Lalinde, Mario Monroy, Rebeca Montemayor, Luis Ramos, Javier Rojas, Ángel Sánchez, Alfredo Zepeda.

Diseño: Jorge Arturo Vargas López

Tipografía: Carmen Ramos de Castañeda

Diagramación: Guadalupe Correa Rivera y Raúl Arias Cubas

Suscripciones: Leticia Cervantes

Una publicación del Centro de Reflexión Teológica, A.C. y órgano de la diócesis de la Tarahumara. Está registrada como artículo de 2ª clase en la Administración de Correos N° 1 de México, D.F., el 3 de enero de 1936. Registro de Propiedad Intelectual en la SEP, N° 998, otorgados ambos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas de la Secretaría de Gobernación, el día 15 de julio de 1982. Permiso N° 0020136, características: 228241205.

Autorizado por SEPOMEX. Registro postal PP09-0074, publicación bimestral. A partir del 1 enero 2003, cada número: \$50.00, suscripción anual (seis números) para el país: \$340.00, \$910 por tres años; para América Latina y África (correo aéreo): 45 dls.; para otros países: 65 dls.

Librería: Miguel Laurent 340-A, Col. del Valle, Benito Juárez, 03100 México, D.F.;

Tel.: 55 59 61 55, 55 59 61 56, Fax: 55 59 54 84

Correspondencia: Apdo. 21-272
Coyoacán
04021 México, D.F.

Correo-e: christus@sjsocial.org

Página WWW: <http://www.sjsocial.org/crt/christus.html>

Impresa en Fototipo, S.A.

Las opiniones expresadas en la revista son responsabilidad de sus autores.

Puede reproducirse cualquier material, si se cita la fuente, y después se nos envían dos ejemplares de la publicación.

El Consejo de Redacción se reserva el derecho de publicación de artículos recibidos.

Las fotografías son cortesía de Archivo CRT.

El 11 de octubre pasado fue el cuadragésimo aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II. Este número de CHRISTUS está dedicado a ese acontecimiento. El cuaderno con este tema ocupa todas las páginas dedicadas a artículos. Pareció a los editores que se debía publicar junto todo el material recolectado. Otras veces hay lugar para colaboraciones en otro tema o para documentos. Ahora habíamos pensado ofrecer el texto completo de Raúl Cervera "Reflexión eclesiológica en clave de fidelidad crítica" que salió incompleto y sin una última revisión en el número anterior. Lo publicaremos en el número siguiente, esperando que no sea tanto el material del tema del cuaderno. Ofrecemos al autor aquí nuestras disculpas.

Otros han sido los acontecimientos de los que se ha ocupado la Iglesia por estos días, y poco se ha atendido a este cumpleaños del Concilio. Poca atención en los medios eclesiales y civiles. Este número se esfuerza por llamar la atención de los agentes de pastoral que sirven a los pobres sobre la importancia de un acontecimiento que sucedió hace ya cuarenta años y que aún no produce todos sus frutos.

Quizá se explique esta especie de olvido o de falta de atención por un miedo inconsciente a caer en la cuenta precisamente de eso: que sucedió hace 40 años y que aún no se generalizan muchos de los frutos que esperamos de que se hayan abierto las ventanas de la Iglesia para que entrara el aire fresco. Se renovó la Iglesia pero hay un temor que muchos expresan, siguiendo la metáfora, como que el aire frío le produjo resfrío y hasta pulmonía a la Iglesia.

Pretendemos ayudar a un balance que sea al mismo tiempo impulso para proseguir en las principales líneas de renovación que nos trajo el Vaticano II. Cuarenta años después no basta la renovación de entonces. La antigua Iglesia siempre se renueva, se hace nueva ante y en la historia. Católica en cuanto que tiene la fuerza y capacidad de portar a Jesucristo y su mensaje de manera que impregne cualquier cultura también en los cambios de ésta.

Ser fiel al concilio no es querernos anclar en él. Ser fiel al concilio es recibir y empujar sus dinamismos, por ejemplo, el de tomar en serio las realidades de este mundo porque se fundamentan en Dios creador de ellas sin necesidad de que dependan de alguna otra instancia en la tierra. Pero hay otros. Esperamos haber señalado los principales en las páginas que siguen. ☪

En este número

EDITORIAL

CUADERNO

- 8 Herencia y realidades desde el Vaticano II
Sebastián Mier
- 12 A 40 años del Vaticano II, una mirada al proceso eclesial acontecido
Roberto Oliveros
- 18 Estructura y ministerios en la Iglesia a los 40 años del Concilio Vaticano II
José Sánchez Sánchez
- 25 ¿Una liturgia de cara al pueblo pero de espaldas a la cultura?
Luis Arturo García Dávalos
- 30 El diaconado indígena en la Diócesis de San Cristóbal
Samuel Ruiz
- 32 En fidelidad creativa
Georgina Zubiria Maqueo
- 39 El ecumenismo: un providencial escollo
Ignacio Díaz de León
- 45 El conflicto Básico del Concilio
Gary MacEoin
- 47 Más allá del Concilio Vaticano II
Luis G. del Valle

DOCUMENTOS

- 51 Petición al Papa. Hacia un nuevo Concilio
Varios

PALABRA

- 53 La palabra a fondo
José Luis Calvillo Esparza, Ignacio Martínez Espinoza y Ángel Sánchez Campos

ÍNDICE GENERAL

- 67 Índice general 2002

Editorial

Nos parece observar que cada vez menos gente tiene una esperanza de ir viviendo bien en un mundo que poco a poco va restando a más y más personas y grupos humanos sus oportunidades de trabajo, habitación, alimentos, tiempo libre para los cariños y el descanso.

Y es el mismo mundo en el que se produce mucha riqueza que va concentrándose en menos dueños. Las estadísticas sobre bienes y servicios nos indican en momentos determinados cómo se distribuyen para su aprovechamiento. O también nos pueden explicar las enormes diferencias entre el producto interno bruto de las grandes naciones y de los pueblos subdesarrollados.

Todo eso nos impresiona. Y nos puede desalentar despertándonos pensamientos y sentimientos de impotencia: "¿Y yo qué puedo hacer en contra?" Así está organizado el mundo y no puede ser de otra manera. Hay fuerzas económicas, políticas, culturales y aun militares contra las que no se puede hacer nada. Al menos contra las que nosotros, y mucho menos los que menos recursos tienen, puedan hacer algo.

Un panorama así plantea una pregunta realmente punzante. ¿Tenemos esperanza en que este mundo tiene remedio para los pobres? Y si la tenemos, ¿está fundamentada? ¿En que motivos? ¿De qué fuentes brota?

Quien es rico, no muy rico o simplemente no es pobre suele dar por supuesto que no hay ningún problema de futuro para él. No se plantea la pregunta por la esperanza para él. ¿Se la plantea para los pobres? Nosotros, lectores de CHRISTUS, somos probablemente de esos no ricos, pero tampoco muy pobres. Y si nos estamos preguntando por la esperanza de los pobres, de los verdaderamente pobres y menos que pobres.

La primera respuesta se nos presenta como negativa: este mundo, con sus leyes y mecanismos económicos, con su organización de la sociedad civil y de la sociedad política, con sus instrumentos de coerción violenta, con el funcionamiento de los sistemas educativos y de los medios masivos de transmisión de mensajes e informaciones,... este mundo no tiene remedio para los pobres.

¿Qué les podría resolver su futuro?

El mercado -dicen- que con su mano invisible equilibra toda su actividad, si verdaderamente compiten los que participan en él como actores libres. Y con eso se oculta que son desiguales. El mercado, basado en la máxima ganancia a costa del que se deje o de aquél al que se le fuerza, no beneficia al débil en cualquier sentido de esta palabra. El mercado no iguala a los desiguales.

La democracia que da a cada persona el mismo valor y el mismo poder para configurar los órganos de gobierno. ¿Hemos realmente comprobado que porque un funcionario público es elegido democráticamente (supongámoslo) por eso atiende a las necesidades y derechos de quienes lo eligieron y de todos aquellos en cuyo favor fue elegido?

Y así podríamos recorrer otras instancias que en la teoría resuelven el futuro de todos los ciudadanos.

Y por esto parece que nos confirmamos en que este mundo no ofrece ninguna esperanza para los pobres. Cuanto más pobres, menos.

Y sin embargo se encuentra uno con que los pobres viven y viven abiertos al futuro y tienen esperanza: celebran, festejan, saben hacer a un lado momentáneamente lo que los abruma. Si no hay esperanza para ellos deberían simplemente renunciar a vivir, suicidarse. Casos se dan. Pero los pobres como colectivo tan grande que son siguen viviendo y esperando en la vida.

Al entrar en contacto con ellos nos renovamos nosotros mismos en la esperanza. Y así nuestras fuentes y motivos de esperanza son los mismos pobres. Ellos nos comunican esperanza.

No han puesto su esperanza en las leyes del mercado, no la han puesto en los poderes ni del dinero, ni de la organización política, ni en su prestigio social. La han puesto y siguen poniendo en que se saben y sienten amados por Dios. Sí, despreciados, o simplemente hechos a un lado por quienes tienen algún poder; pero se crecen ante sí mismos con la realidad y la conciencia de que Dios está en ellos. Y desde allí pueden y saben amar y ser amados. Y las fuentes y motivos de su esperanza están en ellos mismos; no en lo externo, como estábamos pretendiendo en las primeras líneas de esta editorial: que la esperanza les viniera de las leyes y mecanismos del sistema global. Pero no es allí donde la buscan ni

donde la encuentran. Está dentro de ellos mismos, como individuos y como grupos. Dentro de ellos está Dios.

Gran lección que hemos aprendido de los pobres, cuando nos hemos atrevido a ser evangelizados por ellos.

Pero ¿se compondrá el mundo para que todo él sea impregnado por ese amor que los pobres descubren en ellos? Mientras lo que predomine sean los mecanismos y las leyes económicas, sociales, políticas, culturales... apenas si cabrá el amor que Dios nos comunica entregándose a nosotros. Donde el amor no sea el centro de todas las relaciones humanas, allí es donde verdaderamente no hay esperanza. La que se pone en los éxitos de los diversos poderes es sólo aparente. Son oropeles que parecen satisfacer y al final dejan vacío a quien en ellos espera.

Nos habíamos dejado llevar por el espejismo de que el éxito, la eficiencia, la acumulación de bienes, los mejores servicios, las técnicas, son las que dan la esperanza. Habíamos olvidado que la esperanza es una virtud teologal; que no puede subsistir al margen de la fe y de la caridad; que junto con ellas son el modo de relacionarnos los humanos con Dios recibiendo su entrega y su comunicación que nos hace de él mismo.

Quienes tienen esperanza viven caminando hacia el futuro confortados con la presencia de Dios en ellos pero sin la seguridad de que a final de cuentas ese amor de Dios va a vencer los mecanismos inhumanos del poder. Pero ésa es su apuesta y también su

esperanza en un sentido ya no teologal. Saben que otro mundo y otro México y otro sistema de producir y distribuir toda clase de bienes es posible. No fácil. No rápido. Quizá no de esta generación, ni de la que sigue. Pero de todos es intentar que sea el amor de Dios el que prive para que nos relacionemos como humanos y no como mercancías, ni como fichas del ajedrez del gobernante, ni como sin pensamiento propio manipulados por los mensajes de los medios.

Quienes tienen esperanza no desean llegar al puesto de poder. Se da la tentación de querer el poder para imponer el amor. El poder sólo encuentra su justificación si renuncia a imponerse para servir. Si renuncia a ser servido para servir.

El poder es violencia, precisamente porque obliga. La respuesta de quienes verdaderamente tienen esperanza al poder violento es la no-violencia como actividad confrontadora del poder violento para que deje de serlo y se haga servicio.

Gandhi comprendió muy bien que si se responde a la violencia con otra violencia sólo se duplica y luego triplica y cuadruplica la violencia inicial. Convenció a multitudes que por el camino de la no violencia activa, de la desobediencia civil en obediencia a la conciencia se podía y debía confrontar a la autoridad-poder inglesa. Quería luego construir un país que no imitara a los dominadores. Aún está por realizarse un proyecto así, pero es el que pretenden todos aquellos que verdaderamente han puesto la esperanza en sí mismos en cuanto amados por Dios.





CUADERNO

Herencia y realidades desde el Vaticano II

Sebastián Mier

A 40 años del Vaticano II, una mirada al proceso eclesial acontecido

Roberto Oliveros

Estructura y ministerios en la iglesia a los 40 años del Concilio Vaticano II

José Sánchez Sánchez

¿Una liturgia de cara al pueblo pero de espaldas a la cultura?

Luis Arturo García Dávalos

El diaconado indígena en la Diócesis de San Cristóbal

Samuel Ruiz

En fidelidad creativa

Georgina Zubiria Maqueo

El Ecumenismo: un providencial escollo

Ignacio Díaz de León

El conflicto básico del Concilio

Gary MacEoin

Màs allá del Concilio Vaticano II

Luis G. del Valle

Introducción al Cuaderno

El cardenal Angelo Giuseppe Roncalli contaba con 76 años cuando el 28 de octubre de 1958 era elegido para suceder a Pío XII. El nuevo Papa quiso asumir el nombre del Apóstol Juan, el discípulo amado.

A pesar de su edad —por la que muchos quisieron considerar su pontificado como uno «de transición»— el Beato Juan XXIII se preparaba para asumir un gran reto: convocar un nuevo Concilio Ecuménico, lo que tomó por sorpresa a más de uno. Ya en tiempos de su predecesor el Papa Pío XII se había venido preparando un concilio universal, pero por diversas razones el proyecto quedó interrumpido.

Juan XXIII supo acoger la inspiración del Espíritu Santo, y, mostrando una vez más su paternal bondad y su gran energía y vitalidad llevó adelante la convocatoria del Concilio Vaticano II. Supo ver la necesidad de que la Iglesia reflexionara sobre sí misma para poder responder adecuadamente a las necesidades de todos los hombres y mujeres pertenecientes al mundo de la modernidad, y del cual se alejaba cada vez más.

El espíritu del Concilio fue definido por él mismo en junio de 1959, con el término: *aggiornamento* (poner al día), que se esclarecerá mejor en el radiomensaje *Ecclesia Christi lumen gentium*, del 11 de septiembre de 1962, en vísperas de la apertura Concilio. Era el deseo del nuevo Papa y de la Iglesia toda prepararse para responder con fidelidad a los nuevos desafíos del mundo de esos días.

Así, pues, el «Papa bueno», un 25 de enero de 1959 (poco más de dos meses de iniciado su pontificado), tomaba por sorpresa a propios y extraños convocando a todos los obispos del mundo a la celebración del Concilio Vaticano II. La tarea primordial era la de prepararse a responder a los signos de los tiempos buscando, según la inspiración divina, un *aggiornamento* de la Iglesia que en todo respondiese a las verdades evangélicas. «¿Qué otra cosa es, en efecto, un Concilio Ecuménico —decía Juan XXIII— sino la renovación de este encuentro de la faz de Cristo resucitado, rey glorioso e inmortal, radiante so-



bre la Iglesia toda, para salud, para alegría y para resplandor de la humanidad?».

Para el Beato Juan XXIII cuatro habían de ser los principales propósitos de este gran Concilio.

1. Buscar una profundización en la conciencia que la Iglesia tiene de sí misma.
2. Impulsar una renovación de la Iglesia en su modo de aproximarse a las diversas realidades modernas.
3. Promover un mayor diálogo de la Iglesia con todos los hombres de buena voluntad en nuestro tiempo.
4. Promover la reconciliación y unidad entre todos los cristianos.

El segundo Concilio Vaticano, luego de una larga y concienzuda preparación, se inició

el 11 de octubre de 1962, fue el acontecimiento más importante de la Iglesia en el siglo XX. Es por eso que Christus, a cuarenta años de este acontecimiento, quiere hacer una revisión y presentar en perspectiva lo que significó el Concilio, lo que aportó, lo que dejó pendiente y plantea también a sus lectores el reflexionar sobre la posibilidad de un nuevo Concilio Ecuménico, que tenga un carácter participativo.

En un primer momento Sebastián Mier nos presenta las Cuatro Constituciones del Concilio Vaticano, sus logros y aplicación en la Iglesia; luego Roberto Oliveros nos ubica en la evolución de la Iglesia en estos 40 años desde que inició el Vaticano II.

Abordaremos a continuación distintos aspectos centrales en el Concilio como es el caso de la ministerialidad que reflexiona José Sánchez de Ciudad Guzmán; pasamos a ver qué ha quedado y qué queda por hacer de la renovación litúrgica por Luis A. García; vemos una de las grandes realizaciones del Concilio que fue la Iglesia autóctona de Chiapas —hoy

fuertemente cuestionada—, describiéndonos su proceso uno de los pocos actores y testigos del Concilio que aún vive, Don Samuel Ruiz García, obispo emérito de San Cristóbal de las Casas. Vemos cómo afectó a la Vida Religiosa el Concilio a través de la reflexión de Georgina Zubiría; Ignacio Díaz de León, ex presidente del Consejo Interreligioso de México revisa la evolución en estos 40 años del decreto de Ecumenismo, particularmente en el caso mexicano.

Reproducimos un artículo de Christus de 1963, en el

que presenta las tensiones que se daban al inicio de la segunda sesión del Concilio. El cuaderno lo cerramos con una evaluación a cargo de Luis del Valle de lo que quedó y las tareas pendientes del espíritu del Vaticano II, terminando el cuaderno con la carta a la Iglesia Universal encabezada

por un grupo

de obispos latinoamericanos invitando a iniciar un nuevo Concilio Ecuménico.

Qué Dios escuche nuestro clamor —convertido hoy en grito angustioso y urgente—, unido al del Beato Juan XXIII, que en 1959 al convocar el Concilio decía: «Renueva en nuestro tiempo los prodigios como de un nuevo Pentecostés, y concede que la Iglesia santa, reunida en unánime y más intensa oración en torno a María, Madre de Jesús, y guiada por Pedro, propague el Reino del Salvador divino, que es Reino de verdad, de justicia, de amor y de paz». ☐



Herencia y realidades desde el Vaticano II

Sebastián Mier
Teólogo del CRT

En este artículo echo un vistazo a los principales documentos del Vaticano II (sus cuatro constituciones) para recoger sus aportes más relevantes y luego ver cómo han influido de hecho en la vida de nuestra iglesia en México (y América Latina) y de ahí captar algunos desafíos pastorales y teológicos aún presentes. Para el influjo ejercido me fijo por una parte en los documentos posteriores al Concilio y sobre toda en la vida misma de nuestra iglesia. Al hablar de nuestra Iglesia, considero dos ámbitos: uno que se refiere «al conjunto» de nuestra iglesia mexicana y otro que se centra en los sectores que quieren inspirarse expresamente en el «espíritu de Medellín y Puebla».

En el número de noviembre-diciembre de 1990, con motivo de los 25 años de la clausura del concilio, publicamos en *Christus* varios artículos para recoger su memoria. El de Casiano Floristán recuerda el desarrollo del Concilio, haciendo notar las tensiones entre grupos de obispos: unos que deseaban imponer desde la curia vaticana un mantenimiento de la situación establecida y otros que buscaban la renovación exigida por una auténtica fidelidad al evangelio de Jesús y convocada por Juan XXIII. Esas tensiones marcan también el postconcilio en diferentes fases hasta nuestros días.

Sacrosanctum Concilium sobre la renovación de la liturgia

Constituye sin duda uno de los símbolos más claros de la renovación conciliar con el paso de la celebración uniforme en latín a la celebración en la lengua de cada país (y dio pie al contrasímbolo del obispo Lefevre y sus seguidores que se aferraron a la misa en latín y rompieron su comunión con la iglesia católica). Paso llevado a cabo con mucha cautela autorizando paulatinamente a largo de varios años la traducción de las distintas partes de la misa, empezando por las menos «sagradas» hasta llegar a la introducción de nuevas anáforas. Y permitiendo también la utilización de diversos instrumentos musicales más allá del órgano y el violín que tenían la exclusiva dentro de los templos.

Esta renovación litúrgica ha dado ciertos frutos: algunas celebraciones más vivas con verdadero significado para la vida de los participantes individual y comunitariamente, un mayor conocimiento de los principales pasajes bíblicos para quienes escuchan las lecturas con atención, una mayor participación de la mujer en funciones antes exclusivamente clericales y/o masculinas, una abundante composición de cantos con letras y melodías más actuales...



En el ámbito de las «CEB's» encontramos muchas liturgias muy vitales que realizan aquello de ser «cumbre y fuente de la vida cristiana» tanto a lo largo del año como sobre todo en las ocasiones especiales. Se han difundido las celebraciones de la palabra en los lugares a donde no llega el sacerdote, realizadas por laica/os y religiosas con mucha satisfacción del pueblo, que llega a comentar que «son mejores que las misas del padrecito».

En algunas etnias de nuestro país se han hecho avances significativos en la inculturación de la liturgia, incorporando la lengua y ritos indígenas que expresan en forma adaptada los sentimientos y actitudes cristianas para con Dios y con su pueblo. Una pequeña muestra de ello la tuvimos en las ceremonias de la canonización de Juan Diego y sobre todo

en la beatificación de los oaxaqueños Jacinto y Juan Bautista. Pero desafortunadamente es muy poco lo que se ha avanzado en esa línea.

Recién terminado el Concilio hubo en muchos clérigos y laicos ilustrados un menosprecio por las expresiones de la religiosidad popular (RP) que llevó incluso a enfrentamientos. Ya en 1968 el documento de Medellín realiza una revaloración de la RP y Puebla la profundiza señalando muchos de sus valores e invitando a una purificación de los elementos no conformes con el evangelio. (A este respecto, cabe referirse al amplio documento que sobre RP publicó en diciembre del 2001 la Congregación Vaticana para el Culto Divino, que la aprecia muy positivamente y anima a cultivarla en cuidadosa vinculación con la liturgia oficial y el conocimiento de la Biblia; pero desgraciadamente con muy escasas relaciones con la vida ordinaria y con los criterios fundamentales que Jesús nos deja para su seguimiento: el amor al prójimo y la justicia a él inseparable.)

En esta línea es evidente que a muchas de nuestras eucaristías y demás actos de culto les falta mucho para ser plenamente cristianas. Todavía encontramos en muchos que prevalece la mentalidad de obligación y cumplimiento, y que no experimentan un verdadero encuentro con el Padre común, con Jesús nuestro hermano mayor y con la comunidad. Un encuentro que recoge el amor vivido en todos los ámbitos de lo cotidiano, lo purifica y lo fortalece con esperanza para continuar fraternalmente la lucha diaria.

***Dei Verbum* sobre la divina revelación**

De los años del Concilio para acá se ha ampliado en mucho la difusión del conocimiento de las Sagradas Escrituras en todos los niveles de la vida de la iglesia. En los programas de formación teológica para sacerdotes, religiosa/os y laica/os hay cursos sobre cada conjunto de libros sagrados y las materias de sistemática y ética se nutren significativamente de ellos. Los catecismos de diversa índole y para diferentes edades suelen incluir un mayor contenido bíblico. Se han multiplicado los cursos de Biblia en muchas parroquias y centros de enseñanza y los hay también por correspondencia.

A nivel más académico hay una gran variedad de métodos exegéticos que por una parte conducen a un mejor conocimiento del mensaje de las Escrituras; aunque con su abundancia y diversidad de opiniones, a veces producen más bien confusión. Con todo hay una confluencia básica en los tópicos más importantes. La Comisión Pontificia Bíblica publicó

un documento en el que presenta las principales corrientes exegéticas y señala sus líneas de aporte y limitación.

En las CEB's ocupan un lugar muy importante los grupos de reflexión bíblica con el método de ver, juzgar, actuar y celebrar. Y a nivel más amplio se ha desarrollado un método y práctica de lectura popular de la Biblia que no sólo lleva el mensaje revelado a los grupos de gente pobre sino que también recoge el aporte que estos grupos ofrecen para una comprensión de la Biblia que tome en cuenta esta perspectiva privilegiada. En un comienzo se hizo mayor énfasis en los pasajes bíblicos más directamente conectados con la justicia y la liberación social, pero poco a poco se han ido incluyendo los otros libros sagrados.

A pesar de esta mayor difusión de la Biblia, quedan aun amplios sectores de católicos que la conocen muy poco y en particular en la RP es una de las tareas pendientes para darle a esas expresiones múltiples y profundas una vinculación más consciente con el misterio de Jesús de Nazaret.

***Lumen Gentium* sobre el ser y la misión de la iglesia**

Entre los aportes de esta Constitución destacan dos de sumo relieve: el sentido del Pueblo de Dios y la colegialidad.

La expresión pueblo de Dios y sobre todo el colocar el capítulo correspondiente antes del que trata sobre la «estructura jerárquica» de la iglesia, nos recuerda que según Jesús todos los que creemos en Él tenemos la misma dignidad fundamental, que delante del Padre todos somos iguales y que entre cristianos no deben darse subordinaciones o privilegios. Que el sacramento fundamental es el del bautismo y que el del orden es complementario, que la autoridad no ha de ser privilegio ni imposición, sino servicio.

Este reconocimiento, junto con otros factores, ha llevado como símbolo a que la manera de vestir y presentarse tanto del papa como de otros cargos eclesiales sea menos lujosa y también a que en la vida ordinaria muchos pastores compartan más de cerca las condiciones del pueblo, sus anhelos y luchas. Sin embargo tanto el documento de Puebla como el de Sto. Domingo —contra la tendencia eclesial, poco habituada a la autocrítica— reconocen que todavía hay mucho clericalismo. Y, aunque es muy frecuente repetir que la Iglesia la formamos toda/os los creyentes, al hablar de iglesia tanto entre los católicos como en los medios de difusión masiva

se sigue pensando en el clero y sobre todo en los obispos.

Por lo que toca a la colegialidad, vivió un gran impulso a diversos niveles recién acabado el Concilio. Quizá la más notable fue la colegialidad episcopal que se despertó en varias naciones (P. ej. Holanda, Alemania, Francia, Australia, Brasil...) y tuvo un expresión significativa en torno a la publicación de la *Humanae Vitae* en 1968 cuando varias conferencias episcopales publicaron comentarios pastorales sobre la encíclica. Pero pronto fue siendo frenada por la centralidad del Vaticano.

En nuestro continente hay que destacar la realización de las CELAM de Medellín, Puebla y Sto. Domingo que por una parte retoman los impulsos del Concilio y las orientaciones posteriores del papa y por otra recogen las inquietudes y los aportes de nuestra iglesia y nuestro pueblo. El control fue creciendo por parte de las autoridades vaticanas de Medellín a Sto. Domingo con tensas discusiones antes, durante y después de la reunión de los obispos. Los documentos elaborados engloban los aspectos más importantes de la vida del nuestro continente con enfoques diversos y a veces opuestos, y entre ellos sobresale la preocupación por la justicia social y la opción evangélica por los pobres al estilo de Jesús, que ha llegado a ser una contribución relevante para otros continentes y que ha sido asumida también por el magisterio papal. Con todo, en medio de las limitaciones de estos documentos, hay que reconocer que están muy por delante de la vida real de nuestras iglesias, que son relativamente poco conocidos y menos puestos en práctica.

En México fue relevante el impulso de Unión de Mutua Ayuda Episcopal de los obispos de la región del Golfo que se proyectó en los sectores de sus respectivas diócesis; pero también fue perdiendo impulso después de no muchos años. Otra expresión importante fue la creación de diversos seminarios regionales para la formación presbiteral que vivieron momentos de auge y creatividad comunitaria y pastoral, cuyos rescoldos aún perviven en algunas diócesis; pero dificultades externas e internas los han vuelto a la atomización de los seminarios diocesanos.

En las diócesis y parroquias el impulso de la colegialidad ha llevado a la constitución de consejos de diverso nivel que propician la participación de personas y sectores en la vida eclesial y en la toma de decisiones. En algunos lugares su funcionamiento es más democrático y efectivo, pero prevalece en general la opinión y a veces la imposición del clero y

falta una participación más cualificada de las religiosas y laica/os.

Además de estos aportes fundamentales, comento brevemente otros dos complementarios: el llamado universal a la santidad y el lugar eclesial de María la madre de Jesús.

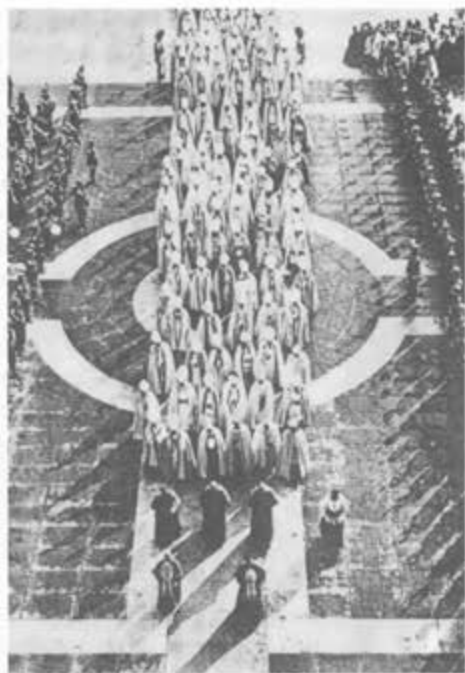
En un primer momento recuerda que la vocación a la santidad es para toda/os los creyentes en Cristo, no sólo para los consagrados; que la invitación al crecimiento continuo en el doble amor al Padre sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos debe alentarnos a toda/os los bautizados. Santidad no significa alejamiento de las actividades profanas, sino vivirlo todo en la dinámica del Espíritu fraterno y solidario. Así han de hacerlo en su vocación propia tanto la/os laicos como la/os religiosos. Luego se detiene en lo que toca a la vida religiosa.

Sobre la respuesta de muchos laicos me extiendo en el próximo apartado, aquí señalo la renovación que experimentó el apostolado de los consagrados. Una de sus principales manifestaciones en nuestro continente fue la multiplicación de comunidades que se lanzaron a una «inserción» más cercana a la vida de «la gente»; primero más en general y después con énfasis en los medios populares. Esto ha llevado por una parte a una convivencia y servicio más cercanos con los pobres con un mutuo enriquecimiento espiritual; pero también ha sido fuente de fuertes tensiones al interior de los Institutos Religiosos y con otros sectores de la iglesia. Con el paso de los años y el cambio de las circunstancias sociopolíticas, las tensiones tienden a disminuir, pero también el impulso apostólico.

La LG, huyendo los extremos del maximalismo mariano y del minimalismo, ubica la figura de María en vinculación con la iglesia y con énfasis en los datos bíblicos, procurando también un acercamiento con las iglesias separadas. Después del Concilio se produjo una disminución notable en el fervor mariano en algunos sectores y se mantuvo en los ámbitos donde prevalece la RP. La teología latinoamericana ha resaltado el significado del cántico de María vinculando la alabanza de Dios con las exigencias de justicia social, y también ha buscado una mejor comprensión del lugar de la Madre de Dios —en sus diversas advocaciones— en las vivencias de la RP, en lo que aún queda bastante por andar.

Gaudium et Spes sobre el diálogo de la iglesia con el mundo

Esta Constitución pastoral aborda con amplitud la proyección de la vida en Cristo más allá de las estructuras eclesiales en todos los ámbitos de la sociedad. Para hacerlo sigue el método de escrutar los signos de los tiempos e iluminarlos con la luz del Evangelio, y en esta línea impulsa un cambio de actitud frente al «mundo» con el que ahora desea dialogar reconociendo expresamente la «autonomía de las realidades temporales» tanto en lo científico-tecnológico como en lo sociopolítico. Y con este espíritu examina los gozos, esperanzas, angustias y problemas en torno a la familia, el ámbito cultural, la justicia económico-social, la política y la grave cuestión de la guerra y la paz.



Sería muy prolijo considerar cada uno de estos temas en detalle, pero si podemos apreciar en conjunto que el impulso del Concilio produjo en nuestro continente una rica renovación teológica y pastoral. Uno de sus primeros frutos lo encontramos en los documentos de Medellín que, como ya comenté en el punto de la colegialidad episcopal, se continuó en los de Puebla y Sto. Domingo. Y, al seguir el método de los signos de los tiempos aplicado a América Latina con una problemática profunda distinta de la del primer mundo, dio el enorme aporte —como también señalé— de rescatar la importancia de la justicia social en el Éxodo y los profetas y la opción

por los pobres en el evangelio de Jesús, válidos con diversidad de matices para la Iglesia universal.

Esos documentos tienen una estrecha vinculación con la vida, el trabajo, las luchas y la teología de nuestro continente: en parte recogen sus frutos, en parte los profundizan y relanzan. Hay que destacar la entrega vital y comprometida de numerosas personas (laica/os, religiosa/os, sacerdotes y obispos) y grupos en la evangelización y liberación de nuestros pueblos, muchos de los cuales llegaron al martirio. En las décadas de los 60-70 destacó el compromiso de muchos jóvenes tanto obreros como estudiantes y en los 80 más de los sectores populares en particular de los vinculados a las CEB's. A partir de los 90 se incrementó el número de los que concretan su anhelo de seguir a Jesús participando activamente en muchas organizaciones no eclesiales, en particular en las llamadas ONGs. De ellos algunos mantienen un vínculo eclesial significativo, pero otros muchos se ha diluido en buena medida. Vivimos esas ricas experiencias en medio de la generosidad, los conflictos y las traiciones; que aún marcan a nuestra iglesia.

Conclusión

A pesar de esos abundantes frutos, hay que reconocer no obstante que el influjo del «espíritu del Vaticano II» es aún muy limitado.

En términos generales, en su trabajo ordinario los clérigos —que están en ello de tiempo completo y tienen mayor capacidad de influjo— dedican aún un buen porcentaje a una labor sacramentalista desconectada del evangelio y de la vida, muchos agentes de pastoral sí conocen lo principal de los documentos pero no los difunden ni los practican suficientemente.

Cierto que hay en la actualidad, puntos que requieren un urgente esclarecimiento teológico y ético; pero, a la luz de estas experiencias, me parece más urgente aún encontrar caminos pastorales —en toda su amplitud eclesial y social— para que los documentos pasen en una mayor medida del papel a la vida y la praxis.

Es fundamental para ello aumentar el número de los evangelizadores bien capacitados y más importante todavía darle a su trabajo la debida orientación, inspirada en los documentos conciliares que han recuperado una mayor fidelidad al Espíritu de Jesús y superado tradiciones explicables y venerables pero que no responden a las exigencias actuales. ☐

A 40 años del Vaticano II, una mirada al proceso eclesial acontecido

Roberto Oliveros

A las puertas de la conmemoración de los 40 años de inicio del Concilio Vaticano II, conviene recordar que los consultores del Papa Juan XXIII no veían necesaria su convocación. Argumentaban que si se requiriera definir alguna verdad, bastaba con la palabra del Pontífice. Además, consideraban que el núcleo central para la doctrina y vida cristiana ya estaba claramente definido por el Concilio de Trento y el Concilio Vaticano I. La iglesia católica no estaba sufriendo una crisis por nuevas posturas cismáticas o heréticas que la amenazara. ¿Por qué un Concilio?

Sin embargo, Juan XXIII y un grupo de pensadores y pastores de gran talla consideraban la necesidad de renovar la iglesia en sus estructuras, su pensamiento y práctica pastoral, de manera que respondiera de manera adecuada y sólida a los retos de la nueva situación social y religiosa que se vivía en el planeta tierra. La palabra clave que sintetizaba esta postura era: «aggiornamento». Se quería abrir las ventanas y puertas de la iglesia para que respondiera a la sociedad y mundo modernos.

Después de discernir el asunto, Juan XXIII convocó a Concilio ecuménico por la constitución apostólica «*Humanae Salutis*», del 25 de diciembre de 1961. Juan XXIII y su equipo convidaron a cristianos de oriente y de las iglesias históricas de occidente. Con ello, el Papa dejó claro que pretendía un Concilio incluyente, que favoreciera la unidad entre los cristianos. Además, favoreció que los obispos de las diversas partes del mundo aportaran sus puntos de vista y desafíos pastorales al servicio evangelizador de la iglesia. A la muerte de Juan XXIII, el 3 de junio de 1963, es elegido sumo pontífice Paulo VI,

el cual da continuación y lleva a buen puerto el Concilio.

El Concilio Vaticano II tenía como punto de partida doctrinal las posturas teológicas y pastorales surgidas a raíz de los Concilios de y Vaticano I; además, la realidad social y religiosa del siglo XX, posterior a la llamada II Guerra Mundial. Como sabemos, los padres conciliares, a la luz de la palabra, la tradición y los signos de los tiempos llegaron a conclusiones que representaban un cambio «revolucionario»,

«copernicano», sobre el ser y misión de la iglesia. Basta recordar que el eje de comprensión y vida de la iglesia cambia de la «iglesia jerárquica», hacia la «iglesia pueblo de Dios» (capítulo 2 de la *Lumen Gentium*); así mismo, la consideración del mundo como lugar de pecado del cual debemos huir y apartarnos, muda radicalmente para ser considerado como lugar e historia de salvación, al servicio del cual está la iglesia como sacramento de unidad y salvación del género humano.

Es normal en los textos conciliares, como lo muestra la historia de los mismos, que aparezcan expresiones que manifiestan diversas corrientes de pensamiento y teología. En el Vaticano II, dada las circunstancias de formación y

experiencia eclesial de la mayoría de los padres conciliares, también aparecen en los documentos del Vaticano II tesis y afirmaciones propias de la teología escolástica prevaticana, como se puede apreciar en la *Lumen Gentium*, en su capítulo 3. aunque estas posturas no son las propuestas conciliares hegemónicas, en asuntos importantes y delicados, aparecen en los textos conciliares dos posturas teológicas y eclesiológicas diferentes y aún en contradicción. Dadas las posibilidades y naturaleza del Vaticano II,



priorizó el buscar la unidad sobre el excluir ciertas afirmaciones encontradas que podían llevar a debates y distanciamientos que dañarían la comunión. El Vaticano II, sin duda marcó con toda claridad una renovación de la comprensión y vivencia del ser y misión de la iglesia, desde el modelo eclesial pueblo de Dios, al servicio de la vida humana. Y que desde este eje, en el tiempo posterior al Concilio, se continuara el trabajo de avanzar críticamente en la renovación de la vida, de las estructuras, del pensamiento y pastoral de la iglesia.

Las nuevas posturas teológicas y pastorales del Concilio Vaticano II representaron para un amplio grupo de cristianos y sus pastores, una verdadera primavera eclesial, la cual, en general, fue alentada por Paulo VI. La arcaica estructura eclesial, para sorpresa de buen grupo de sociólogos y escépticos, recibió por el Concilio y su espíritu, una infusión de vitalidad y juventud que provocó abrirse a nuevas experiencias y campos pastorales; la búsqueda de renovar la vida en el espíritu; renovado aprecio del mundo, la humanidad, la política, la cultura; una revitalización de los estudios bíblicos y su aprecio; el surgimiento de nuevas y encarnadas corrientes teológicas; nueva forma de relacionarse con otras denominaciones cristianas y dar pasos de acercamiento hacia otras expresiones religiosas.

Sin embargo, como es conocido y estudiado en múltiples trabajos, el modelo eclesial de corte prevaticano, más propio de la iglesia que se comprende desde el modelo eclesial de «iglesia jerárquica», retomó mucha fuerza, en las pasadas dos décadas, bajo el pontificado de Juan Pablo II. Este reciente tiempo eclesial ha estado marcado por un fuerte centralismo romano; el privilegiar al clero y su protagonismo en la comunidad eclesial; la preocupación de lo doctrinal, comprendida según posturas teológicas prevaticanas, sobre lo pastoral en un amplio grupo de nombramientos episcopales y de autoridades en los seminarios; fuerte ataque a las nuevas corrientes de pensamiento bíblico y teológico; distancia y desconfianza de una vida religiosa inserta en medios populares.

La vida eclesial en estos últimos 40 años ha tenido una intensidad notable. La descripción de alguno de sus muchos aspectos significativos, sería material abundante para variadas tesis doctorales y especializaciones que llevarían la vida entera. ¿Qué puedo ofrecer para este memorial, a 40 años del Concilio Vaticano II? consideré que podría ayudar una mirada al proceso eclesial en algunos de sus rasgos importantes, y los avances y deficiencias en los mismos hacia el cambio estructural propuesto. dicha presentación la ofrezco en una síntesis apretada, en

forma esquemática. Al buscar una conveniente y correcta perspectiva para el tratamiento del tema, me pareció que metodológicamente debería partir de la propuesta eclesiológica fundamental que se propuso por los padres conciliares en la constitución *Lumen Gentium*, en contraposición a la anterior propuesta eclesiológica fundamental prevaticana. Y posteriormente examinar dichos rasgos eclesiales a la luz de la propuesta fundamental.

Propuesta eclesiológica (modelo eclesial) prevaticana

Diversos motivos sociales y eclesiales (como la reforma gregoriana en el siglo XI) llevaron a que en la edad media se formara una práctica eclesial centrada en el romano pontífice y la jerarquía. Esto facilitó el que buena parte de las reflexiones eclesiológicas tuvieran ese enfoque y se les acogiera oficiosamente. La contrarreforma llevada adelante por el Concilio que requería del fortalecer la autoridad jerárquica, lo cual alimentó todavía más una vida eclesial y su reflexión bajo la óptica clerical, como se puede verificar en la síntesis eclesiológica pionera del cardenal Roberto Bellarmino, la cual propiamente debemos reconocer y llamar de Jerarcología. Esta postura se agudizó en el Vaticano I, interrumpido por las tropas garibaldinas, como reacción ante el movimiento social de la modernidad y su ataque a la iglesia.

Para tener presentes los trazos fundamentales de dicha eclesiología, baste recordar el tratado «de *Ecclesia Christi*», del año 1956, de la colección BAC (Nº.61). En este texto, al fundamentar y explicar las funciones de la jerarquía en la iglesia se dedican las primeras 21 tesis, de las 31 que lo componen. La organización y presentación del tema que ofrece dicho texto «de *Ecclesia Christi*» es:

Libro I: sobre la constitución social de la iglesia

- Cap. 1 sobre la constitución jerárquica de la iglesia.
- Cap. 2 sobre la institución de la iglesia monárquica.
- Cap. 3 sobre la perpetuidad de la iglesia.

Libro II: del magisterio de la iglesia y sus fuentes

Libro III: de la naturaleza sobrenatural y las propiedades de la iglesia.

Esta concepción que consideraba y vivía la **eclesiología como jerarcología monárquica**, marcó fuertemente las estructuras de la iglesia y su práctica evangelizadora.

Propuesta eclesiológica fundamental del Vaticano II

El gran vuelco eclesiológico en la iglesia católica viene propuesto en la *Lumen Gentium*. Tres son las afirmaciones sustanciales que marcan esta nueva propuesta y modelo eclesial:

1. La Iglesia es el pueblo de Dios.
2. La Iglesia es el sacramento de unidad y salvación para el género humano.
3. Todos estamos llamados a la santidad

Estos tres elementos de la propuesta y modelo eclesiológico fundamental del Vaticano II se complementan y enriquecen mutuamente. Esta propuesta se obtiene por los padres conciliares, de una relectura sólida de la sagrada escritura y la tradición (particularmente de la etapa patrística). En la forma gráfica muy usada, se quiere pasar de un esquema eclesial piramidal, a un esquema circular.

El horizonte eclesiológico fundamental propuesto por el Vaticano II en la constitución *Lumen Gentium* viene a exigir la reforma (conversión) en estructuras básicas de la Iglesia. En esta mirada al proceso eclesial, a 40 del Vaticano II, valoro los avances y deficiencias alcanzados en apenas seis elementos eclesiales significativos para llevar a la práctica dicha conversión eclesial.

1. Superar el verticalismo y centralismo en las estructuras y decisiones de la iglesia y llegar a nuevas formas que favorezcan la participación y comunión

Avances

- Se han logrado espacios y formas (no existían, prácticamente, antes del Vaticano II) que pueden facilitar la puesta en marcha de la colegialidad y la participación:
 - Sínodos universales cada tres años.
 - Sínodos regionales.
 - Conferencias generales del episcopado latinoamericano.
 - Las conferencias episcopales nacionales.

– Los «colegios» presbiterales.

– Las conferencias nacionales y regionales de religiosos(as).

- Se ha profundizado en la vida y teología de la iglesia como comunión y revalorado sus diversos carismas y ministerios.
- La comprensión y participación del laico presenta logros importantes en varias regiones del mundo e iglesias locales.
- La participación de la mujer y su teología van en ascenso en la comunidad eclesial.

- El proceso de las comunidades pequeñas o Ceb's, ha suscitado la revaloración de los pobres y su justicia, nuevos ministerios, y mayor participación de los laicos.

Deficiencias

- Creciente y reforzado centralismo protagonizado en la curia vaticana en el actual pontificado.
- Ordinariamente, al menos en América latina, los nuncios aparecen situados por encima de las conferencias nacionales y obispos locales.
- Modo del nombramiento de los obispos y el perfil del mismo, pues ordinariamente no corresponde a las necesidades y peticiones de la comunidad eclesial local.

- Poca comprensión y aprecio en la práctica, en partes del episcopado, de la eclesiología de comunión y consiguientes conflictos con grupos y sectores sensibles a la justa participación y valoración del laico(a) y la vida religiosa.

2. Superar el clericalismo y consiguiente revaloración del laico

Avances

- Gestación y puesta en marcha de planes orgánicos de pastoral en buen número de iglesias locales. Ordinariamente, en este proceso eclesial se busca conjugar la participación laical, la vida religiosa, y la de los presbíteros y diáconos.
- Ampliación y profundización en la teología del laico.



- Creciente empuje de avanzar en una correcta valoración del ser y servicio de la mujer en una porción de la iglesia. Ha surgido recientemente contribuciones teológicas desde las propias mujeres teólogas.
- Surgimiento y valoración de los ministerios laicales en algunas iglesias locales.

Deficiencias

- No es raro que párrocos y obispos todavía sostengan una práctica como dueños de la iglesia y comunidad, con rasgos de corte feudal, con el consiguiente centralismo autoritario.
- Poca promoción eficaz del sacerdocio común de todos los que formamos el pueblo de Dios.
- Falta de sensibilidad y claridad para promover la participación de la mujer en el cuerpo eclesial.

3. Renovación de la conciencia cristiana, los estudios bíblicos y el pensamiento teológico

Avances

- Señalado avance en los estudios bíblicos, tanto a nivel de la investigación, como en su comunicación popular. La Sagrada Escritura a llegado a manos de millones de familias. Su lectura es alimento básico en familias y comunidades cristianas de base.
- Profunda renovación cristológica. Destacan la recuperación del horizonte en nuestra vida humana del misterio de la encarnación, la misión profética de Jesucristo para implementar el Reino del Padre, su pascua que integra la resurrección, la historia perdida y recuperada de Jesús de Nazaret y su seguimiento a partir de ese paradigma.
- Recuperación del fundamento trinitario de nuestra vida cristiana y eclesial. Dios es comunión de amor. Es el fundamento último del por qué la iglesia es comunión-comunidad.
- Revaloración de nuestra vida en el espíritu. Los avances en la espiritualidad y teología del espíritu Santo lo manifiestan. Es el conductor de la iglesia y su misión. Esto ha facilitado que en algunos grupos se readquiera el sentido contemplativo y de discernimiento de nuestra vida en la misión de implementar el Reino de Dios.
- El carácter profético de la comunidad y misión eclesial. Es claro cómo en la práctica y lenguaje de sectores eclesiales aparece asumida esta dimensión de nuestra vida y ministerio cristiano.

- La dimensión escatológica de la iglesia, como presencia ya del Reino y en tensión a la plenitud que todavía no se realiza.
- Surgimiento de nuevos métodos y corrientes teológicas, como son la moderna y la de la liberación. De esta manera se va enriqueciendo la profundización de los temas teológicos fundamentales en nuestra fe.

Deficiencias

- La reciente reforma a los seminarios y centros de formación teológica prioriza una visión teológica escolástica. La selección de rectores y profesores en buena parte de los centros de formación de la iglesia, obedece a criterios de una eclesiología prevaticana.
- La postura oficial sobre el servicio del teólogo en la iglesia, en el pontificado actual, regresa a moldes preconciarios. Aún se han suscitado dolorosas exclusiones.
- En variados asuntos, las autoridades eclesísticas dan más realce a la legislación canónica que al ministerio profético.
- La curia vaticana considera sospechosos y silencia a teólogos y teología de la liberación y a los que van abriendo nuevos campos en las nuevas fronteras teológicas.

4. Participación de la vida religiosa en la misión de la iglesia

Avances

- Se han abierto caminos en la comprensión de la iglesia como comunidad de carismas, y en ella, la comprensión de la vida religiosa en su ser y dimensión proféticas. En general, las órdenes y congregaciones «clásicas» y las congregaciones misioneras aparecen con un recuperado dinamismo profético.
- Se ha facilitado de ambas partes una legislación canónica que favorece la participación orgánica de los religiosos y religiosas en la pastoral de las iglesias locales.
- Fuerte avance de la vida religiosa en su conjunto, en la recompreensión vital de sus carismas y consiguiente misión. Se va dando una vuelta a los fundadores. Y con la comprensión de los signos de los tiempos, un Buen grupo de congregaciones van efectuando una relectura actualizadora de sus constituciones.

Deficiencias

- En la congregación romana para la vida religiosa se prioriza una vida religiosa de corte prevaticano, que impulsa el centralismo autoritario.
- En un conjunto amplio de parroquias y aún diócesis aparece un trato a la vida religiosa femenina, como de «mano de obra barata». Aún se propicia que ocupen cargos de servidumbre en los seminarios.
- En sectores conservadores se ataca y busca excluir la comprensión de la vida religiosa en su perspectiva profética.

5. Conversión de la jerarquía y la comunidad eclesial, hacia un estilo de vida sencillo y fraterno

Avances

- En comunidades eclesiales como las CEB's se ha logrado que domine un trato sencillo y fraterno entre todos.
- En diversas formas se ha ido avanzando en prácticas de fraternidad y solidaridad y la teología de la misma. Se han logrado que iglesias más favorecidas económicamente establezcan apoyos orgánicos para iglesias locales con muchas carencias v.g. *Misereor*, *Adveniat*, etc.
- Grupos y centros eclesiales de variado rostro y en gran parte del planeta van impulsando el crecer en la fraternidad eficaz, la defensa y promoción de los derechos humanos personales, comunitarios y sociales.

Deficiencias

- En general, los modos litúrgicos pontificios y de buen grupo de jerarcas de alto nivel, aparecen fastuosos y complejos. En muchas iglesias locales, las celebraciones litúrgicas son formales y desencarnadas.
- Con ciertas personalidades eclesiásticas, todavía en el inicio de este nuevo milenio, el trato viene marcado por la diplomacia y los títulos.
- El estilo de trato en algunas congregaciones religiosas, particularmente femeninas, aparece más bien rígido y formal.

6. Apertura hacia una conciencia y actitudes ecuménicas

Avances

- Ya se realizan tareas solidarias en favor de los necesitados y oprimidos de manera conjunta y fraterna por miembros de diversas iglesias v.g. cen-

tros ecuménicos en favor de los derechos humanos.

- Inicio y avance de la conciencia y teología con clara dimensión ecuménica. Comisiones de teólogos de diversas denominaciones, que ayudan a avanzar hacia la unidad en la diversidad v.g. la declaración conjunta, de católicos y luteranos, respecto a la justificación.
- Expresiones sinceras de altos miembros de las jerarquías eclesiásticas en favor de la unidad entre los cristianos.

Deficiencias

- Para un conjunto amplio de cristianos de otras denominaciones todavía aparece nuestra iglesia católica muy marcada por el centralismo romano.
- Dificultad de priorizar en nuestra mentalidad, que primero somos hermanos cristianos, sobre considerarnos herejes con errores dogmáticos.
- La mentalidad agresiva de proselitismo y sin sensibilidad para el diálogo de algunos de los nuevos movimientos religiosos.

EN RESUMEN, ¿Se va logrando un cambio estructural en la iglesia católica, según las orientaciones y modelo eclesial propuesto por el Vaticano II?

Considero que a partir de lo anteriormente expresado podemos constatar lo siguiente:

- El pontificado de Paulo VI, en su conjunto, impulsó el surgimiento de procesos eclesiales que favorecieran la puesta en práctica de un modelo eclesial conforme al paradigma «pueblo de Dios». En esta orientación, sectores relevantes de la iglesia en Europa occidental, han puesto en marcha un rostro de iglesia que revaloriza el papel protagónico del laico en la comunidad eclesial. En la África subsahariana, por este impulso conciliar, se han dado pasos significativos en «africanizar la iglesia», es decir, en avanzar en la evangelización inculturada que logre iglesias locales inculturadas, en oriente, recientemente se van dando avances en el diálogo interreligioso y una relectura sobre el ser y misión de la iglesia en esa situación social de pequeña minoría. En América latina destaca el proceso evangelizador, con grande sensibilidad por la justicia y fraternidad, que llevó adelante «la iglesia de los pobres», acompañado e impulsado por la teología de la liberación.
- En el pontificado de Juan Pablo II, por el contrario, en su conjunto se ha favorecido la reconsolidación de un modelo eclesial jerarcológico, con un incremento del papel y fuerza de una curia ro-

mana con dicha mentalidad. En este, como acontece, se prioriza el centralismo romano y del clero, con detrimento del laicado y la mujer. Se ha favorecido a obispos de corte autoritario y sumiso, a grupos eclesiales que propician este modelo eclesial, como el Opus Dei o los Legionarios de Cristo. Consecuentemente, se dificulta el avance en procesos y grupos eclesiales que favorecen la iglesia de los pobres.

- Estas dos corrientes y modelos eclesiales conviven en diferentes proporciones a lo largo y ancho del cuerpo de la iglesia, ya sea a nivel de las iglesias locales, como a niveles de grupos eclesiales y personas. Esta convivencia tiene zonas de relativa coexistencia pacífica, pero otros muy importantes que se encuentran enfrentadas y atrapadas en busca de adecuadas y serias soluciones. Por ejemplo, en las cuestiones referentes al servicio profético de la iglesia ante la globalización neoliberal; dinamizar la participación de los pobres al fomentar el nivel de las pequeñas comunidades eclesiales de base; la forma de elección de los obispos; el ministerio del presbiterado y sus formas; los ministerios laicales; la participación de la mujer; la forma y conveniencia del estado Vaticano y sus nuncios; dinamizar el ecumenismo y el macroecumenismo; etc.



Prospectiva

Al terminar esta breve y esquemática mirada a nuestra vida eclesial, a 40 años del inicio del Vaticano II, deseo otear hacia el presente y futuro próximo, en el cual considero que será de especial relieve:

1. Dar continuidad y seguir haciendo crecer los procesos evangelizadores y de pensamiento que van en la orientación del modelo eclesial "pueblo de Dios". Por mencionar algunos pocos elementos:

el rejuvenecimiento de la vida cristiana en el espíritu, los procesos pastorales que dignifican y sitúan a los pobres como sujetos eclesiales y sociales en las CEB's; las corrientes bíblicas y teológicas que se sitúan en ese dinamismo; la vida religiosa profética. Cuando se convoque a un nuevo Concilio ecuménico, como voces tan significativas como la del cardenal Martini sugiere, una parte importante del cuerpo eclesial estará en una situación de vida y conciencia, como Pueblo de Dios, muy adelante respecto a la realidad eclesial prevaticana del año 1961. Tomar conciencia de esta realidad nos debe impulsar, en medio de dificultades y problemas, a seguir sembrando y haciendo crecer en nuestra sociedad, la iglesia que Jesús y su espíritu quieren, sacramento de fraternidad y solidaridad.

2. Seguirá siendo muy importante el tipo de Pontífices que se elijan en las próximas décadas. La estructura eclesiástica, sin llevar ahora los títulos reales y principescos, es todavía altamente centralista y monárquica. Por ello, las orientaciones y determinaciones de los siguientes sumos pontífices tendrán mucha influencia. La convocación o no convocación a un nuevo Concilio ecuménico, es decisión del sucesor de Pedro. La historia nos muestra que se equivocan quienes al predecir quién y cómo será el siguiente Papa, no toman en cuenta también al espíritu santo.
3. La escasez creciente de vocaciones al presbiterado celibatario y a la vida religiosa en Europa, usa, y los sectores enriquecidos de los diversos pueblos, se conjuga con la abundancia de ellas en las minorías católicas de Asia, en el África negra, y en los medios populares latinoamericanos. Además, nuevos dinamismos y consiguientes desafíos sociales y eclesiales surgen en esas comunidades cristianas jóvenes. El rostro de reuniones y comunidades eclesiales, de una clara predominancia más bien europea, se va tornando plural y universal, no sólo en el aspecto físico exterior, sino también en las temáticas y perspectivas de acercamiento a las mismas. Por ejemplo, en la teología de la mujer, la pluralidad de tonos y énfasis es palpable en los aportes de teólogas Africanas, de Sudcoreanas, de Filipinas, de la India, de Latinoamérica. Estos acontecimientos van abriendo a nuevas situaciones eclesiales, inmersas en los nuevos dinamismos y formas sociales.

El señor de la historia sigue trabajando con nosotros, pueblo de Dios, a veces dóciles y siempre necesitados de conversión, para cosechar y elaborar nuevo vino, y fabricar y colocarlo en odres nuevos. ☛

Estructura y ministerios en la iglesia a los 40 años del Concilio Vaticano II

José Sánchez Sánchez
Cd. Guzmán, Jal.

Todos los analistas de la Iglesia católica están de acuerdo en afirmar que el Concilio Vaticano II ha sido el acontecimiento más relevante y de mayor trascendencia en los dos últimos siglos y en los primeros años de este milenio. Se dio un cambio de paradigma, de una vivencia de Iglesia de Cristiandad y Nueva Cristiandad se pasó a una concepción de Iglesia según el Nuevo Testamento y los Santos Padres, a una Iglesia en diálogo con el mundo moderno.

El paradigma anterior de la Iglesia estaba inspirado fundamentalmente en el Concilio de Trento, por tanto, tenía la tendencia de una contrarreforma frente a los cambios exigidos por la dinámica eclesial interna y por la reforma protestante. En este modelo de Iglesia, en cuanto a las estructuras y los ministerios, se tenía como centro el Sacramento del Orden, de tal suerte, que la Iglesia se entendía a partir de los clérigos y se desconocía casi por completo el sacerdocio bautismal de los fieles. Por tanto, era una Iglesia clerical, centralista.

El cambio histórico de una cultura medieval a una cultura moderna tomó a la Iglesia identificada con el «Antiguo Régimen», de tal suerte, que los valores destacados de la Modernidad, no embonaron en ella, y así tomó una actitud de estar «frente y contra el mundo moderno». La mayoría de los pontificados del Siglo XIX, especialmente el de Pío IX, y el Concilio Vaticano I son la expresión de esta actitud agresiva y de condenación del mundo de parte de la Iglesia. (Cf. Syllabus de Pío IX).

Un cierto respiro en esta confrontación se tuvo en el pontificado de León XIII, quien se abrió a la problemática obrera que surgía potente en ese fin del siglo XIX. La actitud del Papa Pío X vino a alimentar la contradicción entre el Modernismo, movimiento de apertura en la teología y exégesis de la Sagrada Escritura y la Iglesia.

En esta situación, la Iglesia se concebía a sí misma como «el Arca de Noé» fuera de la cual no hay salvación. Ella tenía el monopolio de la verdad y de la salvación. Venía desde tiempo atrás concibiéndose como Sociedad perfecta, por lo tanto, con todos los

derechos de la sociedad civil de tener los medios necesarios para cumplir su misión. Era pues, una sociedad eclesial frente a la sociedad civil y en competencia con ella.

Desde el siglo XIX se habían venido suscitando concepciones alternativas de la Iglesia. La eclesiología de Scheeben, que en alguna forma había inspirado el documento sobre la Iglesia del Vaticano I y tenía como centro de la reflexión la presencia y acción del Espíritu Santo, pero como el Concilio no tuvo una pacífica conclusión, por las circunstancias históricas que se vivían en ese momento, esta concepción eclesiológica no tuvo mayor influencia y se apagó. Posteriormente en tiempos de Pío XII, destacó la concepción de la Iglesia como «Cuerpo Místico de Cristo», pero haciéndose hincapié sobre todo en la dimensión litúrgica.

Todas estas concepciones tenían como denominador común el partir de la Jerarquía como el elemento central de la Iglesia. Las actitudes fundamentales eran el centralismo y el clericalismo. El papel hegemónico lo tenían los jerarcas, los laicos y laicas, a lo sumo, podía ser la mano operativa de los pastores. Por tanto, su papel se reducía a colaboradores sumisos de los jerarcas.

Cuando el 25 de Enero de 1959, el Papa Juan XXIII convocó a un Concilio Ecuménico todos los círculos eclesiásticos, sobre todo, del Vaticano se sorprendieron. La Iglesia estaba centrada en sí misma y era necesario el que volviera a su verdadero centro: Cristo, el Señor.

Los documentos que prepararon las comisiones nombradas para preparar el Concilio, tenían la tónica de una Iglesia Jerárquica, más estructural que carismática, más centralizada que participativa. El documento sobre Iglesia que se presentó al pleno del Concilio iniciaba la exposición sobre la Iglesia por la «Constitución jerárquica de la Iglesia». Se pensaba que el Concilio vendría sólo a confirmar el paradigma eclesial que se venía viviendo de siglos anteriores.

El Espíritu sopló sobre los Padres Conciliares y se dio un vuelco de 180° a la discusión conciliar. Se partió de una concepción de Iglesia Misterio, fundado en la misma comunidad Trinitaria, una Iglesia Pueblo de Dios, en donde el Bautismo es el sacramento fundamental, que da identidad a todos los miembros de ella. Una Iglesia en participación, en la que los Obispos son un Colegio y tienen como cabeza al Papa y organizado en Conferencias Episcopales, una Iglesia ministerial, llamada a la santidad. Una Iglesia universal, comunión de las Iglesias particulares; una Iglesia en diálogo con el mundo y en él con las otras Iglesias cristianas y con las otras Religiones.

Este nuevo paradigma de una Iglesia moderna pero al mismo tiempo, tradicional (no tradicionalista) no tuvo la anuencia de todos los Padres Conciliares; algunos de ellos aceptaron, pero no obedecieron. Esta actitud de apego al paradigma anterior, se manifestará posteriormente en el movimiento de restauración en la Iglesia, que actualmente estamos viviendo.

Para entender el Concilio Vaticano II, hay necesidad de tener en cuenta este cambio de paradigma, de otro modo se nos habrá escapado de las manos lo más importante de dicho Sínodo universal. Es ésta una de las llaves de interpretación de los documentos conciliares.

1. La obra del Concilio

Para apreciar la obra del Concilio Vaticano II, bastaría con comentar los diversos documentos de él emanados. Tal propósito sobrepasa el objetivo del presente trabajo, por lo que nos reduciremos, ya que otros los harán en otros espacios, a comentar los puntos sobresalientes de la Constitución sobre la Iglesia (*Lumen Gentium*) y el espíritu de la Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual (*Gaudium et Spes*).

Una Iglesia, misterio de comunión

Ya en el capítulo primero de la Constitución dogmática sobre la Iglesia encontramos el fundamento de la nueva concepción de Iglesia: El misterio de la Iglesia. Se parte de la concepción de que la Iglesia es un misterio, es decir, una expresión visible de la realidad infinita y eterna de Dios, Trinidad. La Iglesia no es una sociedad perfecta, es más bien la expresión terrena de la comunión eterna de Dios, que es Padre, Hijo y Espíritu Santo. La Iglesia, es por tanto, una comunidad trinitaria, que ofrece, como Sacramento, la Salvación a todos los humanos.

La voluntad salvífica de Dios realizada a través de signo por Jesús, él la llamó el Reino de Dios. La Iglesia es el signo de los inicios de este Reino y el anticipo de su Plenitud, es el «germen y el principio de ese reino» (LG. 5). Con este inicio el Concilio está descentrando la Iglesia de sí misma, ahora su centro está en el Reino de Dios, del cual también es servidora.

La Iglesia está íntimamente ligada a la Trinidad. Es el Pueblo de Dios, el cuerpo de Cristo y el tiempo del Espíritu Santo. Está compuesta de un doble principio: uno invisible, el Espíritu de Dios, que habita en ella como en su cuerpo y el visible, que es la articulación social de los creyentes, que sirve al Espíritu Santo, que la vivifica, para el acrecentamiento de su cuerpo (Cf. LG. 8). Por esto la Iglesia es, al mismo tiempo santa y necesitada de conversión, por lo que con humildad reconoce que tiene que recorrer la senda de la penitencia y de la renovación constante.

La Iglesia aparece como un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (Cf. LG.4). Por lo que ella es el Sacramento, es decir, signo e instrumento de la unidad del género humano con Dios y entre sí. El rostro de la Iglesia que presenta al mundo es y debe ser el de una comunión creciente de los humanos entre sí y con Dios.



La Iglesia, pueblo de Dios

El que el capítulo de la Constitución sobre la Iglesia sea el de «El pueblo de Dios» fue fruto de un gran debate en el aula conciliar. Los documentos preparados por la Sagrada Congregación de la Doctrina de la Fe partían de la Constitución Jerárquica de la Iglesia y sólo posteriormente, sin darle mucha importancia, hablaban de la Iglesia, Pueblo de Dios. Después de un intenso debate, los Padres conciliares lograron que se partiera de la Identidad común de todos los discípulos de Jesús, por tanto, se pusiera en claro el Sacerdocio común bautismal y posterior-

mente se hablara de la constitución jerárquica de la Iglesia.

La Iglesia es el Nuevo Pueblo de Dios. Con esta afirmación el Concilio quiere subrayar la dimensión histórica de la comunidad de los discípulos de Jesús. Es un pueblo que vive y camina en la historia y, por tanto, le importa todo lo que acontece en el mundo. Camina hacia la plenitud del Reino. Además es una Iglesia testigo de las maravillas de Dios, misionera por naturaleza y en todos sus miembros. Si está en el mundo, quiere decir que debe estar atenta a los signos del Reino, «signos de los tiempos», que se manifiestan en la historia y debe entablar el diálogo con los hombres y mujeres de su tiempo para aprender y colaborar con ellos en la construcción de un mundo más justo y fraterno. Es un pueblo, sacramento de la salvación, no su monopolio.

El bautismo es el sacramento fundamental, el sacramento de incorporación a Cristo, que es profeta, sacerdote y pastor. Por el bautismo, todos los bautizados participamos de la dignidad y la misión de Cristo, por tanto, la Iglesia es un pueblo sacerdotal. Este sacerdocio lo ejercita al celebrar la salvación en los sacramentos y al hacerla presente a través de la Evangelización. Todos los fieles participan del sacerdocio de Cristo y tienen una dignidad en la Iglesia, los fieles, por tanto, tienen derecho y obligación de evangelizar. El sacerdocio ministerial es otra forma de participar del sacerdocio de Cristo, quien recibe el Sacramento del Orden, se convierte en servidor del Pueblo de Dios.

Por esta participación en la vida de Cristo, el Pueblo de Dios, goza de una cierta infalibilidad en la profe-

sión de su fe. Se adhiere indefectiblemente a la fe confiada de una vez para siempre a los santos, penetra más profundamente en ella con juicio certero y le da más plena aplicación en la vida, guiado en todo por el sagrado Magisterio» (LG.12). Con esta concepción se supera aquella dicotomía que existía anteriormente: «la Iglesia que aprende y la Iglesia que enseña» (*Ecclesia discens et Ecclesia docens*).

Este pueblo de Dios subsiste en la Iglesia católica, pero también en las demás Iglesias y congregaciones cristianas. Por lo que debe haber un diálogo entre ellas conducente a la unidad.

La Iglesia de los pobres

La intuición y anhelo del Papa Juan XXIII, expresado en el discurso de anuncio del Concilio (25 de Enero de 1959) de que la Iglesia fuera sobre todo en los países pobres, la Iglesia de los pobres, tuvo en los documentos del Concilio un eco, que posteriormente sería retomado sobre todo por los Obispos de Latinoamérica.

Es importante transcribir un trozo de la Constitución sobre la Iglesia, donde se habla del espíritu de pobreza con el que Cristo cumplió su misión y del amor con que abraza la Iglesia a los afligidos. "Pero como Cristo realizó la obra de la redención desde la pobreza y persecución, de igual modo la

Iglesia está destinada a recorrer el mismo camino a fin de comunicar los frutos de la salvación a los hombres. Cristo Jesús, existiendo en la forma de Dios, se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo, y por nosotros se hizo pobre, siendo rico; así también la Iglesia, aunque necesite de medios humanos para cumplir su misión, no fue instituida para buscar la gloria terrena, sino para proclamar la humildad y la abnegación, también con su propio ejemplo" (LG 8). La Iglesia, por tanto, debe ser pobre y con medios pobres cumplir su misión. La riqueza y la gloria no



son instrumentos de los que tenga que echar mano la Iglesia en el cumplimiento de su tarea evangelizadora.

Pero además debe con amor acoger a los pobres. Cristo fue enviado por el Padre a evangelizar a los pobres, y levantar a los oprimidos, para buscar y salvar lo que estaba perdido; así también la Iglesia abraza como amor a todos los afligidos por la debilidad humana; más aún, reconocer en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y paciente, se esfuerza en remediar sus necesidades y procura servir en ellos a Cristo. (LG 8). En estas palabras, encontramos el preludio de lo que posteriormente la Iglesia latinoamericana y luego mundial llamará «La opción evangélica por los pobres».

La sinodalidad y colegialidad en la Iglesia

El ser misterio de comunión comporta para la Iglesia el tener estructuras de participación. En el capítulo III, en el que habla sobre la constitución jerárquica de la Iglesia, el Concilio pone en claro la dimensión colegial del episcopado. Para vivir esta colegialidad, se instituyeron estructuras de participación como las Conferencias Episcopales, los Consejos presbiteriales, los consejos pastorales y los Consejos de economía tanto diocesano como parroquiales.

Estas estructuras de participación en el gobierno de la Iglesia responden a la concepción comunitaria de la Iglesia. La Iglesia universal es la comunión de las Iglesias particulares, de tal suerte, que se puede afirmar que la Iglesia universal está presente en cada una de las Iglesias locales. Esta constitución de la Iglesia no es a través de una federación de las Iglesias particulares, sino de la comunión que se basa en la identidad de las Iglesias. (Cf. LG. 23) Cada Iglesia particular debe tener los elementos de la Iglesia, de tal forma, que se reconozca en la Iglesia hermana. Esta dimensión comunitaria se debe reflejar en el mismo pastoreo de la Iglesia. Es por esto, que el gobierno de la Iglesia debe tener una dimensión constitutiva comunitaria, a esto se le llama colegialidad episcopal.

Hay dos estructuras que manifiestan esta participación en el pastoreo de la Iglesia: El Sínodo de Obispos y los Sínodos diocesanos. El primero expresa la colegialidad episcopal, con ciertas limitantes, que es el que es consultivo y no deliberativo. Los segundos expresan la sinodalidad de la Iglesia, ya que en ellos participan los pastores y los seglares con una debida representación.

La ministerialidad de la Iglesia

Expresión de que la Iglesia es templo del Espíritu Santo, por tanto, espacio para su acción son los ministerios, tanto ordenados como no ordenados. El Concilio insiste en la labor de apostolado que los laicos y laicas deben desarrollar en el mundo. Ellos tienen el derecho y la obligación de evangelizar. Hay todo un capítulo, el IV, dedicado a los laicos y un documentos sobre el Apostolado de los laicos (AA).

Con esta concepción de comunión autónoma de los laicos con relación a la jerarquía, el Concilio pone los fundamentos para los Ministerios laicales, que posteriormente se han reconocido en la Iglesia. El Concilio destaca sobre todo «la índole secular» del trabajo de los laicos, es decir, ellos están llamados a trabajar en el mundo porque sus estructuras estén impregnadas del Evangelio. El Concilio manifiesta una nueva concepción de los laicos y laicas, ya no colaboradores dependientes de la jerarquía, sino corresponsables con los pastores de la labor evangelizadora de la Iglesia. El laico y laica son cristianos adultos en la Iglesia, debe superarse, recomienda el Concilio, el clericalismo y el centralismo que los considera como menores de edad. Los consejos de pastoral, tanto parroquiales, como diocesanos, son uno de los espacios en los que los seglares deben participar de la toma de decisiones junto con los pastores.

Entre seglares y pastores debe haber una comunicación frecuente, por esto recomienda: *"Por su parte, los sagrados Pastores reconozcan y promuevan la dignidad y responsabilidad de los laicos en la Iglesias. Recurran gustosamente a su prudente consejo, encomiéndenles con confianza cargos en servicio de la Iglesia y denles libertad y oportunidad de actuar; más aún, anímenles incluso a emprender obras por propia iniciativa. Consideren atentamente ante Cristo, con paterno amor, las iniciativas, los ruegos y los decesos provenientes de los laicos. En cuanto a la justa libertad que a todos corresponde en la sociedad civil, los Pastores la acatarán respetuosamente"* (LG 38). La relación entre los pastores y los laicos y laicas debe ser madura, de diálogo y respeto.

La Iglesia en el mundo

La Constitución sobre los «Gozos y esperanzas» (*Gaudium et Spes*) realiza de una forma paradigmática aquel anhelo del Papa Juan XXIII de «Abrir las ventanas de la Iglesia». Por su postura de eclesio-centrismo, la Iglesia se había olvidado que vivía en el mundo y estaba enviada a él, por tanto, todo lo que aconteciera en él, interesaba o debía interesar a los discípulos de Cristo. El Concilio considera a la Iglesia solidaria de los gozos y las esperanzas, las

angustias y las alegrías de los hombres y mujeres de su tiempo. El No. 1 de la constitución describe una actitud insospechada en los primeros años del siglo XIX: *"Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón... La Iglesia por ello se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia"* (GS 1).

La participación en las tareas de la construcción de la comunidad humana y la justa autonomía de las realidades temporales son dos de las afirmaciones fundamentales del Concilio en la relación de la Iglesia con la sociedad. En el modelo de Cristiandad se vivía una identificación entre las estructuras eclesiales y las políticas. Esta relación condujo a una infidelidad de la Iglesia en su misión, porque se dedicó a tareas que no le eran propias y descuidó las que sí le correspondían. Hizo alianza con el poder económico y político. Incluso llegó a pensar que podía intervenir con autoridad para sanar discusiones de las nascentes ciencias humanas. Ahora el Concilio afirma que en las cuestiones sociales, la humanidad tiene autonomía y, por lo tanto, no le toca a la Iglesia intervenir en dichas cuestiones.

Pero si la Iglesia tiene que respetar la autonomía de las realidades terrenas, no debe considerar que las tareas de la construcción de un mundo justo y en paz le son ajenas. *"Se equivocan los cristianos que, pretextando que no tenemos aquí ciudad permanente, pues buscamos la futura, consideran que pueden descuidar las tareas temporales, sin darse cuenta que la propia fe es un motivo que les obliga al más perfecto cumplimiento de todas ellas, según la vocación personal de cada uno. El divorcio entre la fe y la vida diaria de muchos debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestra época... El cristiano que falta a sus obligaciones temporales, falta a sus deberes con el prójimo, falta, sobre todo a sus obligaciones para con Dios y pone en peligro su eterna salvación."* (GS 43). La Iglesia debe colaborar a la solución de los graves problemas que aquejan a la humanidad.

En todo esto, la Iglesia no debe olvidarse que al final de los tiempos se hará la consumación de la tierra y de la humanidad. En la espera de esta manifestación gloriosa del Señor Jesús cuando lleve a plenitud su obra de salvación, la Iglesia se compromete en el progreso humano, si bien hay que distinguir cuidadosamente progreso temporal y crecimiento del reino de Cristo, sin embargo, el primero interesa

en gran medida al reino de Dios y, por tanto, a la Iglesia que es servidora del mismo.

2. A los 40 años del Concilio

La pregunta que surge espontánea al cumplirse los 40 años de la iniciación del Concilio Vaticano II es ¿Qué tanto se ha puesto en práctica de los documentos del Concilio? ¿Se ha llevado a la práctica el nuevo paradigma surgido del Concilio? Para responder a esta pregunta es conveniente hacerlo en dos partes; en la primera, es necesario ver los elementos de renovación que se han puesto en práctica, y en la segunda parte, ver cuáles se han quedado en letra muerta, o de cuáles habiéndose iniciado su puesta en práctica se ha detenido el proceso.

La renovación del Concilio en la iglesia

El proceso de actualización (aggiornamento) de la Iglesia inició desde antes de que se concluyera el Concilio Vaticano II. La primera reforma fue la litúrgica. Se dio un giro de 180° en las celebraciones de los Sacramentos, especialmente de la Eucaristía. El sólo hecho de la entrada de las lenguas modernas en la liturgia revolucionó la Iglesia.

No sin dificultades, por el choque con la mentalidad conservadora, la renovación en la Iglesia se tomó en serio. Se comenzaron a crear los organismos de participación en el gobierno pastoral de las diócesis. Se dio un movimiento, en momentos incontrolable, de cuestionamiento de las estructuras anteriores en la Iglesia. Soplaron vientos de libertad.

Las diócesis comenzaron a tener conciencia de ser Iglesias particulares. Los obispos se comenzaron a organizar en las Conferencias episcopales. Comenzaron a crearse nuevos organismos en el gobierno central de la Iglesia. Se prosiguió profundizando algunos puntos doctrinales que quedaron pendientes en el aula conciliar. Se iniciaron los Sínodos de Obispos.

La Iglesia fue aclarando la conciencia de su misión evangelizadora. En 1974, el Papa Paulo VI convocó a un Sínodo de Obispos con el tema de la Evangelización del mundo contemporáneo y con las conclusiones de los obispos, dio a conocer una exhortación postsinodal que ha tenido mucha influencia en el caminar postconciliar de la Iglesia: La evangelización del mundo contemporáneo (*Evangelii nuntiandi*).

Surgieron movimientos laicales que promovían la puesta en práctica de la renovación conciliar. Los laicos comenzaron a tener clara conciencia de ser Iglesia y de tener derecho y obligación de participar corresponsablemente en la misión evangelizadora.

Una iniciativa muy importante que ha tenido sus repercusiones en toda la Iglesia, fue tomada por la Iglesia latinoamericana, cuando en 1968, los Obispos se reunieron en Medellín para aplicar la renovación del Concilio a la realidad de América Latina.

Lo que no se ha renovado después del Concilio

La mayor parte de las reformas sugeridas por el Concilio, en los años inmediatamente posteriores al acontecimiento eclesial, se les puso en marcha. En general, podemos decir que el pontificado de Paulo VI fue un período de renovación en la Iglesia. La vista estaba puesta más en el futuro. Pero el movimiento de conservación no desapareció, sino que poco a poco, aprovechando algunas coyunturas comenzó a aparecer en escena. Pronto círculos de obispos se dieron a la tarea de desprestigiar el movimiento de renovación de la Iglesia. Se dieron a la tarea de dar una «interpretación ortodoxa» a los documentos conciliares. Las Congregaciones romanas, sobre todo la de la Doctrina de la fe comenzó desprestigiar algunas de las tendencias pastorales y teológicas. Así nació el movimiento restaurador en la Iglesia, que tocaba las fibras más sensibles de la

renovación conciliar. Se ha vuelto significativamente en algunos campos a posiciones anteriores al Concilio.

El espíritu de participación en la Iglesia ha sufrido serios descabros. En cuanto a la participación de los laicos se ha vuelto a posiciones de centralismo y clericalismo. Los seglares han vuelto a ser —en algunos espacios nunca se les dejó de considerar— como colaboradores sumisos de los jerarcas. Los pastores hacen demasiado hincapié en su autoridad y no permiten la participación de los laicos y laicas en la toma de decisiones. Les gusta que colaboren en la realización de las tareas que los pastores deciden, pero no que participen con sus opiniones en la toma de decisiones. En muchas diócesis no ha sido posible la instalación del Consejo Diocesano de Pastoral, y en muchas parroquias no se tiene el Consejo parroquial de pastoral, ya no se diga los Consejos diocesano y parroquial de economía. En los seminarios se está dando una formación que induce en los seminaristas una mentalidad de prepotencia y autoritarismo.

Los Movimientos laicales que han tenido mucho auge después del Concilio, no tienen mucha ingerencia en el caminar de la comunidad. Son movimientos de renovación personal en la Iglesia, pero no renuevan



la misma comunidad, que dejan intacta; ésta es la razón por la que los pastores no tienen inconveniente en que se multipliquen y tengan amplio espacio en la Iglesia.

Las mujeres son las que tienen una participación cuantitativa más grande en la Iglesia, sin embargo, no la tienen cualitativa. Desarrollan muchas tareas y servicios dentro de la comunidad, pero no tienen acceso a la toma de decisiones.

En cuanto a los presbíteros en las diócesis, los organismos que se instituyeron para su participación, son sólo consultivos, no tienen un carácter resolutivo. Así los obispos escuchan la opinión de sus colaboradores pero con toda tranquilidad la pueden desechar. En cuanto a los obispos, las Conferencias episcopales han venido disminuyendo su importancia. Las decisiones se toman en Roma y a ellos les toca únicamente someterse. Las Congregaciones romanas se sienten con la autoridad suficiente para intervenir en asuntos internos de las diócesis; ante esto los obispos se encuentran indefensos.

El método de los Sínodos de los obispos es de participación limitada. Los aportes de los padres sinodales quedan en simples «proposiciones» que luego se retoman en la exhortación postsinodal, pero sólo aquellos, que a juicio de los redactores puedan ser aceptadas. Así se ha dado el caso de propuestas que tienen el respaldo mayoritario de los obispos participantes en el Sínodo y no se toman en cuenta en el documento final. Se ha dado últimamente un movimiento centralizador en la Iglesia universal. Todo lo que se realice en otros espacios debe tener el beneplácito de la Curia romana, de otra forma, se le desconoce. Parece que el principio de subsidiaridad que fue recomendado por los Padres conciliares ha venido cayendo en el olvido.

Resumiendo, se puede decir que el espíritu de participación en la misión evangelizadora se quiere, se promueve pero de una forma centralizada. Se quiere la participación, pero no la autonomía en las estructuras eclesiales. Se olvida de la estructura circular de la Iglesia y se vuelve a posiciones piramidales.

Lo que no alcanzo a renovar el Concilio

La Iglesia es peregrina, por tanto, hay una reserva escatológica en su comprensión y vivencia del misterio de salvación. Es por esto, que el Concilio Vaticano II no visualizó algunos de los acuciantes problemas que actualmente preocupan a la humanidad.

Los temas que requieren una reflexión actualizada por parte de la Iglesia son: Los derechos humanos dentro de la Iglesia; la participación de la mujer en el sacerdocio ministerial; el celibato sacerdotal opcional; la revisión del método de los Sínodos de Obispos de forma que se tomen más en cuenta las opiniones de los Sinodales y no tengan que pasar por el cedazo de las Congregaciones romanas; la formación de los futuros pastores en los seminarios; el ejercicio de la Colegialidad episcopal de forma que haya una mayor participación de las Conferencias Episcopales en gobierno de la Iglesia universal, evitando el centralismo romano; la colaboración de la Iglesia en la superación del neoliberalismo, sistema que aumenta la desigualdad y la pobreza en el mundo; la fundamentación teológica de una acción a favor de la ecología. La institución de más ministerios laicales que promuevan una participación cualitativa de los seglares en la pastoral. Todos estos temas solicitan una reflexión a fondo y actual, por lo que son muchos los que están pidiendo que otro Concilio ecuménico los trate.

Conclusión

El Concilio Vaticano II supuso un cambio de paradigma en la Iglesia. La renovación que nació de él en muchos puntos se ha quedado a medias, y en otros ha dado pasos atrás. La gran limitación de este esfuerzo renovador fue que renovó el nivel de concepción de la Iglesia (teología), no así las estructuras (organización); éstas han permanecido en lo fundamental intactas, y habiendo surgido en un paradigma distinto, por la inercia natural han tratado de volver a los fundamentos eclesiológicos de cristiandad o nueva cristiandad, que les dieron origen.

El gran reto de la Iglesia en este principio del III milenio es ser sensible a la problemática del mundo actual, sobre todo, del mundo de los excluidos, y tener la creatividad y osadía necesarias para encontrar las estructuras que le den movilidad y capacidad de responder a la situación actual. Son muchos los que afirman que la Iglesia está volviendo a cerrarse en sus posiciones anteriores al Concilio, ¿no será posible que se vuelvan a abrir las ventanas de la Iglesia para que se viva un espíritu de renovación interior? ¿No será posible que se vuelva la mirada al presente y al futuro y no tanto al pasado, teniendo posturas de renovación más que de conservación? ☒

¿Una liturgia de cara al pueblo pero de espaldas a la cultura?

La liturgia a 40 años del Concilio

Luis Arturo García Dávalos
Presidente de la ATEM.

La primera Constitución pastoral del Concilio Vaticano II fue la de la Liturgia, llamada *Sacrosanctum Concilium* (SC). Llevando a cabo la reforma de la Liturgia, el Concilio realizó de modo muy concreto la finalidad fundamental que se había propuesto: «Acrecentar de día en día entre los fieles la vida cristiana, adaptar mejor a las necesidades de nuestro tiempo las instituciones que están sujetas a cambio, promover todo aquello que pueda contribuir a la unión de cuantos creen en Jesucristo y fortalecer lo que sirve para invitar a todos los hombres al seno de la Iglesia» (SC 1). Hay que recordar que el próximo 4 de diciembre de 2003 estaremos conmemorando 40 años de esta Constitución.

A partir del Concilio, y sobre todo en los últimos años han ocurrido grandes cambios en el mundo y en la Iglesia. La reforma Litúrgica permitió a los fieles superar formas de celebración centradas totalmente en la persona del sacerdote, el cual no tenía ningún contacto directo con el pueblo. También permitió el paso del Latín a las lenguas vernáculas (o idiomas del país). Posibilitó el paso de un «asistir» u oír misa a buscar una participación un poco más consciente y activa dando paso al surgimiento y el crecimiento de diversos ministerios en la Iglesia como fue la restauración del diaconado, las/los ministros de la Eucaristía, lectores, salmistas, comentaristas, etc.

La reforma de la Liturgia respondía a una esperanza general de la Iglesia. En efecto, desde principios del siglo XX, el espíritu litúrgico se había difundido cada vez más en casi todos los ambientes, junto con el deseo de una «participación activa en los sagrados misterios y en la oración pública y solemne de la Iglesia»¹, y junto con la aspiración, asimismo, de escuchar la Palabra de Dios de modo más

completo. La reforma de la Liturgia, unida a la renovación bíblica, al movimiento ecuménico, al impulso misional, a la investigación de la eclesiología, debía contribuir a la renovación total de la Iglesia. Esto lo recuerda Juan Pablo II en su Carta *Dominicae Cenae*:

«Existe, en efecto, un vínculo estrechísimo y orgánico entre la renovación de la Liturgia y la renovación de toda la vida de la Iglesia. La Iglesia no sólo actúa, sino que se expresa también en la Liturgia y saca de la Liturgia las fuerzas para la vida»².

La reforma de los ritos y de los libros litúrgicos fue emprendida casi inmediatamente después de

la promulgación de la Constitución *Sacrosanctum Concilium* y fue llevada a cabo en pocos años

1 Pío X, *Motu proprio Tra le sollecitudini dell'officio pastorale* (22 de noviembre de 1903): Pii X Pontificis Maximi Acta, I, p. 77.

2 Carta *Dominicae Cenae* (24 de febrero de 1980), 13: AAS 72 (1980), p. 146.



merced al trabajo intenso y desinteresado de un gran número de expertos y de pastores de todo el mundo (SC 25).

Independientemente de estos logros, la experiencia nos hace sentir incómodos en muchas de las celebraciones litúrgicas. Nuestras Iglesias al inicio del siglo XXI, que dicen encontrarse entre el templo y el exilio, tropiezan con enormes obstáculos para vivir una Liturgia que evangelice. Aunque antes del Concilio, el sacerdote de espaldas al pueblo, trataba con el Altísimo, mientras el pueblo se dedicaba a sus devociones. A pesar de los cambios nos preguntamos: ¿No continuamos celebrando de espaldas a la cultura? Con el correr de los años se van haciendo más profundas las diferencias entre la cultura postmoderna y la Liturgia. Esto está pidiendo a gritos una conversión radical, que creo sólo un nuevo Concilio Ecuménico puede lograr.

El Espíritu de la *Sacrosanctum Concilium*

La *Sacrosanctum Concilium* fue un documento que tuvo afirmaciones profundamente renovadoras, como la que nos dice que aunque la Liturgia no agota toda la actividad de la Iglesia (SC 9), sino que es ciertamente su fuente y su culmen (SC 10). Es su fuente porque, sobre todo en los sacramentos, los fieles reciben abundantemente el agua de la gracia, que brota del costado de Jesús crucificado. Evocando una imagen usada por el Papa Juan XXIII, la Liturgia es como la fuente del pueblo a la que cada generación va a sacar el agua siempre fresca y vivificante. Y es también su culmen, sea porque toda la actividad de la Iglesia tiende hacia la comunión de vida con Cristo, sea porque en la Liturgia es donde la Iglesia manifiesta y comunica a los fieles la obra de la salvación, realizada por Cristo una vez para siempre.

Esta afirmación fue innovadora, pues hasta ese momento la Liturgia había sido vista dentro de la Iglesia como algo meramente ritual, se destacaba su sentido legal: una serie de prescripciones —las rúbricas para ceremonias eclesásticas—, o bien, su aspecto estético: ceremonias imponentes y bellas, en ambientes arquitectónicos majestuosos, con vestiduras y objetos preciosos. Así las cosas, era algo interesante, pero secundario. El Concilio Vaticano II la coloca como una realidad central.

Juan Pablo II en una reflexión posterior afirma que «Existe un vínculo estrechísimo y orgánico entre la

renovación de la Liturgia y renovación de toda la vida de la Iglesia» (DC 13). Es decir, la Iglesia no sólo actúa, sino que se expresa también en la Liturgia, vive de ella y saca de la Liturgia las fuerzas para la vida. La consecuencia de esto es que la renovación litúrgica, realizada conforme al espíritu del Vaticano II, es, en cierto sentido, la medida y la condición para poner en práctica las enseñanzas del Concilio Vaticano II.

Los principios inspiradores de la Constitución, que sirvieron de base a la reforma, son fundamentales para conducir a los fieles a una celebración activa de los misterios:

- El primer principio es la actualización del Misterio pascual de Cristo en la Liturgia de la Iglesia. La muerte de Cristo en la Cruz y su resurrección constituyen el centro de la vida diaria de la Iglesia (RH 7) y la prenda de su Pascua eterna (DC 4), la Liturgia tiene como primera función hacer seguidores de Jesús.

Al revisar la realidad concreta encontramos que este principio es muy ajeno a la realidad general de la Iglesia, pues encontramos hombres y mujeres religiosos, piadosos pero pocos seguidores de Jesús. La Liturgia hoy es un fenómeno religioso que se contrasta poco con la revelación del Reino en Jesús de Nazaret.

- El segundo principio es la presencia de la Palabra de Dios. En efecto, la Constitución *Sacrosanctum Concilium* ha querido también restablecer «una lectura de la Sagrada Escritura más abundante, más variada y más apropiada» (SC 35). La razón profunda de esta restauración está expresada en la Constitución litúrgica: «para que aparezca con claridad la íntima conexión entre la palabra y rito en la Liturgia».

Ciertamente la Palabra de Dios es ahora más conocida en las comunidades cristianas, pero una verdadera renovación pone hoy y siempre nuevas exigencias: por ejemplo las traducciones oficiales de los libros litúrgicos tienen un español muy pobre. Con un lenguaje ampuloso y rimbombante, muy lejano a la sencillez que se busca. Los textos son cortados algunas veces sin criterio de la teología bíblica, y a veces sin un nexo de las lecturas entre sí. La homilía en su gran mayoría es un discurso moralizante, pobre en diálogo con la cultura y en gran parte —y lo más grave— sin referencia a los textos bíblicos y la realidad.

- El tercer principio es que en la Liturgia la Iglesia se manifiesta a sí misma, es decir que es una epi-

fanía de la Iglesia, pues la Liturgia es la Iglesia en oración. Celebrando el culto divino, la Iglesia expresa lo que es: una, santa, católica y apostólica (SC 10).

De estos principios se derivan algunas orientaciones que deberían inspirar la renovación de la vida litúrgica.

la Iglesia, que es «sacramento de unidad» (SC 26). Al ser una celebración de la Iglesia, la Liturgia requiere una participación activa, consciente y plena por parte de todos, según la diversidad de órdenes y funciones (ídem). Por esto la Iglesia da preferencia a la celebración comunitaria, cuando lo requiere la naturaleza de los ritos (SC 27); alienta la formación de ministros, lectores,



- Puesto que la Liturgia es el ejercicio del sacerdocio de Cristo, es necesario mantener constantemente viva la afirmación del discípulo ante la presencia misteriosa de Cristo: «Es el Señor» (Jn. 21,7). Nada de lo que hacemos en la Liturgia puede aparecer como más importante que vivir una Liturgia reinocéntrica que conduzca al seguimiento de Jesús. Y este ejercicio exige la participación de todos los sacerdotes-bautizados, no solamente de los sacerdotes ordenados.
- Ya que la Liturgia está enteramente impregnada por la Palabra de Dios, conviene que cualquier otra palabra esté en armonía con ella, ante todo la homilía, pero también los cantos y las moniciones; ninguna otra lectura podrá ocupar el lugar que corresponde a la lectura bíblica; las palabras de los hombres han de estar al servicio de la Palabra de Dios, sin oscurecerla, que sea Palabra de vida y liberadora.
- Teniendo en cuenta que «las acciones litúrgicas no son acciones privadas, sino celebraciones de

cantores y comentadores, que desempeñan un auténtico ministerio litúrgico (SC 29) y también ha restablecido la concelebración (SC 57).

- Ya que la Liturgia es la gran escuela de oración de la Iglesia, se consideró oportuno introducir y desarrollar el uso de la lengua común para que cada uno pueda entender y proclamar en su propia lengua materna las maravillas de Dios (Cf. Hch 2, 11); igualmente se consideró oportuno aumentar el número de prefacios y de las Plegarias eucarísticas, para enriquecer el tesoro de la oración y ayudan a entender los misterios de Cristo, para que el pueblo pueda comprenderlas fácilmente por medio de celebraciones plenas, activas y comunitarias (SC 21).

Una evaluación crítica

Si revisamos lo que ha habido de reforma Litúrgica, el balance no es muy positivo. El mismo Juan Pablo

II en su carta a los 25 años de la *Sacrosanctum Concilium* dice:

«Conviene reconocer que la aplicación de la reforma litúrgica ha encontrado algunas dificultades debidas sobre todo a un contexto poco favorable, caracterizado por una tendencia a privatizar el ámbito religioso, por un cierto rechazo de toda institución, por una menor presencia visible de la Iglesia en la sociedad, por un cuestionar la fe personal. Se puede suponer también que el pasar de una mera asistencia —a veces más bien pasiva y muda— a una participación más plena y activa haya sido para algunos una exigencia demasiado fuerte; por lo cual han surgido actitudes diversas e incluso opuestas ante la reforma. En efecto, algunos han acogido los nuevos libros con una cierta indiferencia o sin tratar de comprender ni de hacer comprender los motivos de los cambios; otros, por desgracia, se han encerrado de manera unilateral y exclusiva en las formas litúrgicas anteriores, consideradas por algunos de éstos como única garantía de seguridad en la fe. Otros, finalmente, han promovido innovaciones fantasiosas, alejándose de las normas dadas por la autoridad de la Sede Apostólica o por los Obispos, perturbando así la unidad de la Iglesia y la piedad de los fieles, en contraste, a veces, con los datos de la fe.»³

Partiendo del criterio central de que en la Liturgia se busca la participación plena, activa y consciente, encontramos que en estos cuarenta años, la mayoría de los habitantes de nuestras grandes ciudades —que es donde está la mayoría de la población— han abandonado la práctica litúrgica. Ha habido una caída en picada de la participación. Normalmente se aducen razones que tienen que ver con la inculturación.

- El lenguaje litúrgico es opaco a la cultura. No bastó con traducir del latín. En la Liturgia hablamos todavía un lenguaje de cristiandad que el ciudadano de hoy no entiende. Se ha creado una subcultura cenacular con lenguaje esotérico, accesible sólo a los iniciados o especialistas. Nuestro lenguaje litúrgico-teológico es a menudo abstracto y sin fuerza.
- El mundo litúrgico con sus revistas especializadas nos hace entrar en un mundo paralelo. Las traducciones de los textos litúrgicos no han llevado

a la participación plena. La renovación debe ser más profunda. En general la gente percibe que lo celebrado no trasciende a su vida de cada día. Se vive como si se tratara de un mundo paralelo, en el que no hay lugar para la vida, de un mundo espiritual y angélico, que distrae o evade del mundo real.

- El mundo litúrgico es un mundo sin lucha que se desarrolla a menudo lejos de los gozos, las alegrías y esperanzas de la humanidad (GS 1). En un mundo mayormente empobrecido, en el que el hambre, la pobreza, la tortura y la exclusión es lo que les ha tocado vivir, la Liturgia se sitúa con frecuencia en un terreno neutral.
- La Liturgia es un mundo de gente bien. En una sociedad plural, secular y multicultural, la práctica ortodoxa de la Liturgia es minoritaria. Los que están al margen de la práctica litúrgica son mayoría: divorciados, amancebados, problemas afectivos, se sienten excluidos de las celebraciones. Si revisamos a las publicaciones especializadas sobre este tema, encontramos que insisten mucho en un cierto esteticismo litúrgico y un neo-rubicismo en donde en la celebración no se preocupa o se es ajeno al dolor de vivir en la marginalidad.
- La Liturgia tiene una pobre participación. El sacerdote es todavía en la asamblea el «hacelotodo». Los asistentes a la celebración no toman parte en su preparación. A lo más una participación simbólica leyendo textos fijos. Pero lo que el pueblo vive tiene apenas lugar en lo que se dice y en los ritos. El sacerdote está pendiente de las rúbricas y teme que una creatividad pueda sentar precedentes.
- La Liturgia en general no impulsa a un compromiso para la construcción del Reino de Dios. Son ceremonias sin mañana que no alimentan el deseo de ponerse en camino de seguir a Jesús. La Liturgia es la memoria de un Dios salvador y liberador, fundamento de nuestra esperanza. No es fácil ir más allá de la pura emoción-estética litúrgica y afrontar las fuerzas de muerte en su propio terreno.
- Unos ritos vacíos. Los ritos a menudo nos significan nada: las partes de la Misa, las moniciones, las vestiduras, el incienso, etc. Los esfuerzos que se hacen ¿Tienen porvenir? Existe todavía una mentalidad mágica. Los ritos son intocables y la comunidad no se lanza a la creatividad. Más bien hay una tendencia al uniformismo y como en el caso del diaconado permanente indígena, evidentes tendencias a la involución.

³ Carta apostólica en el XXV aniversario de la constitución *Sacrosanctum Concilium* sobre la Sagrada Liturgia, 11

Viendo al futuro

Aunque los principios enunciados en la Constitución están vigentes, La Liturgia de la Iglesia va más allá de la reforma litúrgica. No estamos en la misma situación de 1963; una generación de sacerdotes y de fieles, que no ha conocido los libros litúrgicos anteriores, pide a gritos ante los cambios que vivimos una nueva reforma que inspirada en la anterior, termine lo que se detuvo o lo que ni siquiera ha comenzado aún en la vida de la Iglesia.

Prestar atención a los nuevos problemas

El esfuerzo de la renovación litúrgica debe responder y no posponer las exigencias de nuestro tiempo. La Liturgia hoy está desencarnada, desfasada. Durante estos cuarenta años han surgido nuevos problemas o han tomado un nuevo aspecto como, por ejemplo: el ejercicio del diaconado accesible a hombres casados; las funciones litúrgicas que puedan ser confiadas a los laicos, hombres o mujeres; el ejercicio del ministerio sacerdotal a hombres casados, las celebraciones litúrgicas para indígenas, jóvenes, niños y personas con alguna discapacidad; la modalidad de composición de los textos litúrgicos apropiados para un país y cultura determinada.

Una Liturgia de cara al pueblo en sus culturas

Otra tarea urgente también es la de la adaptación de la Liturgia a las diferentes culturas. Se debe romper el centralismo romano dando libertad a las Conferencias Episcopales para construir sus rituales propios. La adaptación de las lenguas ha sido rápida, pero ahora se debe hablar en los idiomas de la cotidianidad, no en traducciones literales del latín, incluir las lenguas indígenas, etc. Después adaptar los ritos, cosa más delicada, pero igualmente necesaria, de acuerdo a las necesidades del pueblo de Dios.

Es aún arduo el esfuerzo que se debe hacer para enraizar la Liturgia en algunas culturas, tomando de éstas las expresiones que pueden armonizarse con el espíritu de la Liturgia. No es éste un problema nuevo en la Iglesia; en efecto, la diversidad litúrgica puede ser fuente de enriquecimiento

Biblia y litúrgica

El uso de la palabra de Dios en la Liturgia, tiene que ser revalorizado, haciendo nuevos leccionarios que respeten la estructura interna de los textos y la intención del autor, incorporando los avances que la ciencia Bíblica ha adquirido. En su traducción que se inspiren en las mejores versiones y que se elimine el uso del vosotros donde no sea de uso común.



Liturgia y religión popular

La religión popular no puede ser ignorada ni tratada con indiferencia o desprecio, pues es rica en valores y expresa de por sí la actitud religiosa ante Dios; pero tiene necesidad de ser contrastada continuamente con los valores del Reino de Dios, para que la fe que expresa llegue a ser un acto cada vez más maduro y auténtico. Tanto

los actos religiosos del pueblo cristiano. La Liturgia del futuro si quiere ser significativa sabrá apoyarse en las riquezas de la religión popular, purificarlas y orientarlas hacia la Liturgia como contribución de los pueblos.

Conclusión

Parece llegado el momento de dar nuevo rostro e impulso al hábito que empujó a la Iglesia cuando la Constitución *Sacrosanctum Concilium* fue preparada, discutida, votada y promulgada, y cuando comenzó a aplicarse. El grano sembrado ha tenido que soportar el rigor del invierno. Pero si queremos que esa semilla sea significativa, es necesaria y urgente una nueva reforma, que creo que sólo un nuevo Concilio Ecuménico puede dar. ☛

El Diaconado Indígena en la Diócesis de San Cristóbal

Una realización concreta del Vaticano II

+ Samuel Ruiz García

Obispo Emérito de S. Cristóbal de L.C., Chis.

Lo siguiente es la Presentación al Directorio Diocesano para el Diaconado Indígena Permanente. Lo presentamos como un logro de estos 40 años de post-concilio, aunque hoy, desgraciadamente, se vea amenazado por tendencias involucionistas.

Al acercarse el cuadragésimo año del Concilio Euménico Vaticano II, no puede acallarse la experiencia de gozo y agradecimiento al Señor Dios, de quien todo bien procede, por habernos concedido vivir en la Diócesis de San Cristóbal de las Casas una experiencia que se gesta en todo el Continente, de manera parecida a como se dio en la Iglesia Primitiva.

En efecto: ya el apóstol Pablo descubría el misterio del llamamiento de Cristo a todos los pueblos del mundo, como algo subordinado al rechazo mayoritario del Pueblo Judío al mensaje de Jesús. Este rechazo, descrito en detalle en el libro de los Hechos de los Apóstoles, conduce a Pablo a dirigirse a los «paganos» para anunciarles la Buena Nueva, después de que los judíos no aceptaban a Jesús, obteniendo una aceptación imprevista. Pablo explicita este ministerio en diversas ocasiones. Una de ellas es en el primer capítulo de su carta a los de Éfeso, escrita desde la cárcel.

Pero el llamamiento debía ser leído y comprendido, no como cosa meramente coyuntural, sino como algo pensado para el mundo desde que Dios es Dios.

El Concilio I de Jerusalén determina que a los «paganos» convertidos, no se les imponga la ley mosaica para que sean reconocidos como cristianos. Como dice Pablo, Dios llama a todos los pueblos por un camino de salvación. Se manifestó de muy diversas maneras a cada uno de ellos y dejó que recorrieran su propia historia, para luego convocarlo a formar un Pueblo de Pueblos, constituidos por todos los pueblos de la tierra, con toda la riqueza de sus valores étnicos y religiosos, denominados por los Padres Griegos y Latinos: «Semillas del Verbo».

De esta manera el Mensaje Cristiano llega a Occidente como una vestidura oriental que ha de encarnarse, dando lugar a que se origine la así llamada «Cultura Occidental Cristiana».

Cuando se dio la Guerra de la Conquista del Nuevo Mundo (Guerra llamada eufemísticamente: «Encuentro de dos mundos»), aconteció algo parecido a lo sucedido al principio en la Iglesia Primitiva. Esto es: se impu-

so a los «naturales» de estas tierras la Cultura Occidental como única manera de manifestar su fe. Si bien es preciso reconocer que, por obra de numerosos misioneros, «la Iglesia católica, movida por la fidelidad al Espíritu de Cristo, fue defensora infatigable de los indios, protectora de los valores que había en sus culturas, promotoras de humanidad frente a los abusos de colonizadores a veces sin escrúpulos»¹. Gracias a la intervención de los Obispos Africanos en el Concilio Euménico Vaticano II, se llegó a señalar en el Documento de las misiones «*Ad gentes divinitus*» (AG) que, por la actividad misionera, el Evangelio anunciado, ha de encarnar en cada cultura.



«El fin propio de esta actividad misionera es la evangelización y la plantación de la Iglesia en los pueblos o grupos en los cuales no ha arraigado todavía. De este modo deben crecer de la semilla de la Palabra de Dios en todo el mundo *Iglesias particulares autóctonas* suficientemente fundadas y dotadas de propias energías y maduras, que, provistas suficientemente de **jerarquía propia**, unida al pueblo fiel, y de medios apropiados para llevar una vida plenamente cristiana, contribuyan, en la parte que les corresponde, al bien de toda la Iglesia (AG 6 § 3).

«La razón de esta actividad misionera se encuentra en la voluntad de Dios, que quiere que todos sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad... aunque Dios, por

¹ Discurso inaugural del Papa Juan Pablo II en la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Santo Domingo, no. 4).

los caminos que él sabe, puede traer a la fe, sin la cual es imposible complacerle, a los hombres que sin culpa propia desconocen el Evangelio, incumbe, sin embargo, a la Iglesia la necesidad, a la vez que el derecho sagrado, de evangelizar, y, en consecuencia, la actividad misionera conserva íntegra, hoy como siempre, su fuerza y su necesidad» (AG 7 § 1)

Hacer presente a Cristo, autor de la salvación es la tarea de la actividad misionera y ésta la lleva a cabo por la palabra de la predicación y por la celebración de los sacramentos, cuyo centro y cima es la **santísima Eucaristía** (AG 9 § 2)

Es evidente que la implantación de la Iglesia, en nuestro caso en las comunidades indígenas, requiere del Sacerdocio autóctono. Más aún, «la Iglesia echa raíces cada vez más firmes en cada grupo humano cuando las varias comunidades de fieles tienen entre sus miembros los propios ministros de la salvación en el orden de los Obispos, de los presbíteros y de los **diáconos** al servicio de los hermanos» (AG 16 § 1). «Por nuestra adhesión radical a Cristo en el bautismo nos hemos comprometido a procurar que la fe, plenamente anunciada, pensada y vivida, llegue a hacerse cultura» (Doc. de Santo Domingo, 229).

Los diáconos «reciben la imposición de las manos 'no en orden al sacerdocio, sino en orden al ministerio'. Así confortados con la gracia sacramental, en comunión con el Obispo y su presbiterio, sirven al pueblo de Dios en el ministerio de la liturgia, de la palabra y de la caridad. Es oficio propio del diácono, según le fuere asignado por la autoridad competente, administrar solamente el bautismo, reservar y distribuir la Eucaristía, asistir al matrimonio y bendecirlo en nombre de la Iglesia, llevar el viático y exhortar al pueblo, presidir el culto y oración de los fieles, administrar los sacramentos, presidir el rito de los funerales y sepultura» (LG 29).

El Documento del Concilio Ecuménico Vaticano II «*Lumen Gentium*», indica que se «podrá restablecer en adelante el diaconado como grado propio y permanente de la Jerarquía. Con el consentimiento del Romano Pontífice, este diaconado podrá ser conferido a varones de edad madura, aunque estén casados» (LG 29 § 2).

Pero en forma muy comprensiva se dice en el Documento de las Misiones: «... es justo que aquellos hombres que desempeñan un ministerio verdaderamente diaconal, o que como catequistas predicán la palabra divina, o que dirigen, en nombre del párroco o del Obispo, comunidades cristianas distantes, o que practican la caridad en obras sociales o caritativas, sean fortificados por la imposición de las manos transmitida desde los Apóstoles y unidos más estrechamente al servicio del altar para que cumplan con mayor eficacia su ministerio por la gracia sacramental del diaconado» (AG 16 § 6).

Sentimos el peso de nuestra responsabilidad no sólo para traducir a nuestra realidad indígena diocesana al Directorio Nacional para el Diaconado Permanente; si-

no también conscientes de prestar un servicio a otras Diócesis en México y a nuestro Continente, y contribuir al urgente surgimiento del sacerdocio indígena, según las perspectivas del Concilio Ecuménico Vaticano II.

La urgencia de este paso está abundantemente requerida por 500 años de acción evangelizadora; por el mensaje guadalupano que pide se construya la Iglesia al lado de los indios vencidos, siendo Santa María de Guadalupe un ejemplo de evangelización perfectamente inculturada²; pero además por la actual emergencia de los indios en el Continente como sujetos de su historia, como lo aseguró el Papa Juan Pablo II en mayo de 1993 en Yucatán.

En estas circunstancias, si el avance de la acción pastoral indígena retarda todavía más su meta de llegar a la firme plantación de las Iglesias Autóctonas en el Continente, no se dará la unidad de las comunidades indígenas en torno al cristianismo, donde se vive una dicotomía (entre la propia cultura aún sobreviviente y la cultura occidental impuesta como vehículo de expresión de la fe); sino que se dará, y ya se está dando, una vuelta a la religión precolombina y cultura, planteándose después de 500 años la necesidad de un diálogo interreligioso entre las religiones indígenas y el cristianismo, que no se dio en tiempos de la conquista.

Presentamos, pues, con sencillez y humildad, este Directorio, normativo para nuestra Diócesis; indicativo, tal vez, para otras Diócesis de México; posible guía de un Directorio Nacional para el Diaconado Indígena Permanente; servicio eventual para otros Directorios semejantes en el Continente Latinoamericano.

Varios pastores en el Continente, cargamos en nuestros corazones la angustia de ver cómo nuestros hermanos indígenas, maduros en la fe, agotan su esperanza de tener sacerdotes y ministros que florezcan dentro de su cultura, y que de esta manera se termine una etapa de Iglesia colonial, a tenor de lo que el Concilio Vaticano II auguraba.

Si el esfuerzo que hacemos para formalizar una experiencia que sentimos significativa dentro de la Iglesia, contribuye a que se dé un paso en el proceso del surgimiento de Iglesias Autóctonas, por bien retribuidos damos dichos esfuerzos. ☪

2 Santo Domingo, Juan Pablo II, *Discurso Inaugural* n. 24-52.

En fidelidad creativa

La búsqueda de la vida religiosa a partir del Vaticano II

Georgina Zubiría Maqueo
Religiosa del Sagrado Corazón

Al mirar hacia atrás y reconocer los caminos que el Espíritu ha seguido para recrear la vida religiosa, dos llaman particularmente mi atención. Por un lado, el camino de la obediencia eclesial a nuestros obispos que, reunidos en el II Concilio Vaticano, invitaron a los institutos de vida consagrada a renovarse volviendo «a las fuentes de toda vida cristiana, a su primitiva inspiración y a adaptarse a las diversas condiciones de los tiempos».¹ Por otro lado, el camino de la experiencia vital de quienes se resistieron a aceptar, sin cuestionar, la convivencia de los cristianos y la injusticia.

El Decreto *Perfectae Caritatis* y el clamor de nuestros pueblos empobrecidos se encontraron para impulsar la vida religiosa hacia la realidad cotidiana y a dejarse cuestionar por ella. El dolor de las mayorías de nuestro continente y la fuerza del Espíritu presente en el Concilio se fusionaron para orientar la vida religiosa en la dirección de la buena noticia proclamada y realizada en Jesucristo.

Hoy, después de cuatro décadas, confesamos con gratitud reverente que es un regalo vivir en un siglo que nos ofrece tantas posibilidades. Es una gracia habitar en un continente y en una «aldea global» que nos presenta tantos desafíos; es una oportunidad situarnos en un tiempo que quiere nuestra iniciativa y en un momento de cambio de época que nos impone actualizar la razón de nuestra esperanza.

Durante mucho tiempo la vida religiosa fue concebida y valorada como un «estado de perfección». La apertura a la realidad, el cruzar los muros de los conventos que nos protegían y el discernimiento de los signos de los tiempos nos han regalado una experiencia de profundo realismo, doloroso pero confiado, que ha generado constantes cuestionamientos a nuestras prácticas y convicciones y que nos está obligando a reexpresar nuestra fe y a actualizar el sentido de nuestra opción en favor de la vida religiosa.

Inserción en el mundo y cambios en la vida religiosa

Con el impulso del Espíritu la vida religiosa ha cambiado irreversiblemente su modo de ser en el mundo. Al abrir las puertas de nuestros claustros para que entraran los gozos y los sufrimientos de la humanidad nos dimos cuenta de que era necesario abrir también todos nuestros sentidos a Dios que nos llama a seguir a Jesús junto con su pueblo empobrecido y creyente.

Así comenzó la migración masiva de religiosas y religiosos a la periferia de las ciudades y a las comunidades marginadas de nuestros países. Nuestros ojos se abrieron a sus dolores y nuestros oídos al clamor de las mayorías empobrecidas. Empezamos a ir a sus casas y a compartir sus tortillas; así, nuestro corazón se abrió para acoger el evangelio y para creer que Dios revela su querer desde la gente sencilla. ¿Cuántas veces hemos constatado, con gozo agradecido, que «los pobres nos evangelizan»?

La experiencia de Dios se renovó y se fortaleció de manera insospechada. Por un lado, nos acercamos a Jesús, a la kénosis de Dios que asumió la condición humana y que se identificó privilegiadamente con las mayorías hambrientas, con los crucificados y las crucificadas de la historia. Por otro lado, experimentamos y nos sentimos parte de la iglesia como Pueblo de Dios junto con un número significativo de pastores y obispos. Como en el comienzo del cristianismo, las comunidades eclesiales de base crecieron y se multiplicaron para leer la realidad a la luz de la Palabra e, impulsadas por ella, colaborar en la transformación de estructuras que generan pobreza, enfermedad y muerte. Hemos compartido y damos testimonio de numerosos signos, pequeños pero consistentes, que anticipan ya el querer de Dios para su creación.

En este marco eclesial y social, las estructuras internas de la vida religiosa también sufrieron transformaciones. Los gobiernos de muchas congregaciones se descentralizaron, las provincias comenzaron a vivir en mayor autonomía, y las pequeñas comunidades buscaron distintos caminos para vivir la autoridad como servicio.

¹ PC, 2

La uniformidad reglamentada que prevalecía en los conventos se transformó en diversidad rica y plural haciendo posible que cada hermana y cada hermano descubriera y aportara su realidad única y original.

La novedad en los ritmos y tiempos, la diversidad en las formas de orar y convivir, la experiencia de inserción, la actualización en la formación teológica, espiritual y apostólica, la vivencia eclesial, el trabajo compartido con personas laicas y, en ocasiones, la experiencia de persecución y martirio como consecuencia de la búsqueda de la justicia, nos han dado la oportunidad de conocer y acoger nuestra propia condición humana limitada y falible, en la vivencia cotidiana de nuestra opción y nos han ayudado a descubrir y potenciar los dones que hemos recibido de Dios. Nos sabemos y nos vivimos como personas humanas siempre en proceso que, deseamos, sea un itinerario humanizante y humanizador.

Desde esta perspectiva antropológica, religiosa y social, nuestra comprensión y vivencia de los votos también ha sido cuestionada y modificada.

La situación de pobreza —extrema en muchos casos— en que vive la mayor parte de la gente con la que convivimos y trabajamos, cuestiona la profesión pública de este voto por parte de quienes tenemos cubiertas no sólo nuestras necesidades básicas sino también las necesidades creadas por nuestro estilo de vida o, lamentablemente, por la influencia del sistema que promueve el consumo de bienes innecesarios o superfluos.

La apertura a relaciones profundas que nacen desde la vida y el trabajo compartidos, el reconocimiento sencillo y honesto de nuestras carencias y necesidades afectivas, el hecho real de la soledad ontológica y circunstancial que en ocasiones se agudiza, la formación y la mayor conciencia de nuestro dinamismo sexual y afectivo, plantea cuestionamientos profundos a un celibato comprendido y vivido como negación y represión.

El descubrimiento del valor de la propia conciencia, el ejercicio cotidiano del discernimiento, la oportunidad de valorar con realismo las posibilidades y limi-

taciones personales y la búsqueda de la participación democrática, dificultan la vivencia de la obediencia como sumisión o dependencia.

Efectivamente, al abrir las puertas de nuestros conventos abrimos los ojos a otras realidades individuales, corporativas, sociales, culturales y religiosas. Creemos que así también abrimos nuestro corazón, nuestra mentalidad y nuestra vida toda al Espíritu de Dios. Y el Espíritu, aunque nos desinstala, nunca es una amenaza para la vida; al contrario, la fecunda, la dinamiza, la posibilita. Pero siempre requiere discernirse y cotejarse.

Después de cuatro décadas

Han transcurrido ya cuarenta años² desde que el Papa Juan XXIII convocó al Concilio Vaticano II asegurando profundas

mutaciones. Desde entonces la vida religiosa presente en los cinco continentes ha buscado caminos nuevos para recuperar la novedad del evangelio en el mundo actual, para actuar como una «especie de terapia de shock del Espíritu Santo para la gran Iglesia».³

Sin embargo, a veces pareciera que nos hemos cansado y que el desaliento nos vence. Algunos sectores de la jerarquía eclesial defienden tendencias restauracionistas, nuestras congregaciones envejecen y las vocaciones disminuyen, el peso institucional recae sobre algunos de sus miembros más jóvenes sofocando la pasión por su opción, la formación de las nuevas generaciones exige tiempos más prolongados y procesos más pausados, en ocasiones los conflictos con los párrocos nos mantienen en permanente itinerancia e inestable presencia; se ha gastado la novedad de la inserción; el deseo de colaborar en la creación



de la inserción; el deseo de colaborar en la creación

2 Recordar la dimensión simbólica del número cuarenta en la Biblia: ¡Ha transcurrido ya toda una generación!

3 Metz, J.B. *Las órdenes religiosas*. Barcelona: Herder, 1978, p. 12.

de realidades justas y fraternas se ha debilitado al constatar la tremenda fuerza del mal que agudiza la pobreza y la injusticia y que genera muerte por doquier; a veces la vida comunitaria se convierte en una carga difícil de llevar en el día a día; el mundo cuestiona nuestra identidad, nuestro aporte, nuestra razón de ser; la diversidad de carismas personales y corporativos se percibe en ocasiones como dispersión de fuerzas...

Tal vez no hemos llegado todavía a lo más profundo del caos⁴. Tal vez todavía es necesario descender a lo más doloroso de nuestra pobreza humana personal, corporativa, eclesial. Tal vez todavía nuestro miedo al cambio⁵ es mayor que nuestro deseo de responder en fidelidad a Dios y a su proyecto para la humanidad. O, tal vez, no sabemos cómo, hacia dónde.

Con confianza esperanzada creemos, sin embargo, que también éstos son signos de los tiempos para la vida religiosa que el Espíritu nos ayuda a nombrar. Dios Trinidad está trabajando, impulsando, alimentando una nueva forma de vida religiosa que, en fidelidad creativa, quiere ser un signo de su presencia en esta historia nuestra.

Continuamos la búsqueda

Es muy sorprendente constatar la cantidad de congregaciones religiosas que hoy cuestionan su identidad y su misión. Puede ser que las motivaciones no siempre sean muy claras. Se alcanza a percibir miedo ante la posibilidad de desaparecer,⁶ sobre todo por la considerable reducción en el número de vocaciones. Sin embargo, el proceso de refundación es bastante generalizado.⁷

4 Arbuckle, G.A. *Refundar la Iglesia. Disidencia y liderazgo*. Santander: Sal Terrae, 1998.

5 Arnold, S.P. *El riesgo de Jesucristo. Volverse humano al estilo de Jesús, ante Dios, en el tiempo actual*. Revista CLAR No. 216, Septiembre-Octubre, 2000.

6 He sugerido que una de nuestras mayores dificultades hoy en la vida religiosa es el hecho de que no todos somos igualmente conscientes de lo que se está muriendo y mucho menos de lo que ya está muerto entre nosotros, así que persistimos en conservarlo e incluso en venerarlo.» Fiand, B. *Luchando con Dios. La vida religiosa en busca de su alma*. Madrid: Claretianas, 2002, p. 17.

7 La CLAR ha propuesto, para la vida religiosa de América Latina, caminar "Por el camino de Emaús" y así avanzar hacia la refundación. Es un signo de esperanza constatar que, al menos en México, muchas congregaciones —sobre todo femeninas— se han incorporado a esta marcha.

Para un número importante de congregaciones, la «refundación» implica todavía abrir aún más las puertas y las ventanas a la realidad y dejar que aires nuevos transformen estructuras asfixiantes y relaciones enfermizas. Cada día es más fuerte el clamor de religiosas jóvenes que se preguntan:⁸ ¿Por qué, al entrar al instituto, se frena el compromiso, se ahoga al Espíritu y se castiga la alegría? ¿Por qué hay tantas estructuras que infantilizan a las jóvenes y alimentan luchas de poder entre las personas mayores? ¿Por qué tanta gente deprimida, amargada, insatisfecha o instalada? ¿Por qué el miedo a que vayamos siendo gestadoras de nuestro propio proceso? ¿Por qué conservamos obras que acaban a la gente? ¿Por qué nos hacemos indiferentes a la realidad y cobardes ante un mundo que genera tanta muerte injusta? O, como formula Barbara Fiand: «Los sistemas y tradiciones no criticados pueden impedir la llegada de lo nuevo. En su ceguera acaban a veces por asfixiarse también a sí mismas, pero ese desastre es fruto de su elección. ¿Hasta qué punto somos conscientes de este riesgo? ¿Estamos dispuestos a entrar en los dolores del parto y dar a luz una vida nueva o vamos a sofocar la vida incipiente entre nosotros porque no queremos dejarla libre?»⁹

Estas, y muchas más, son preguntas que nacen desde experiencias de dolor —y de amor— vividas por religiosas jóvenes en su mayoría. Hay un grito, a veces silencioso, que clama por una vida religiosa más coherente con el evangelio y por una presencia de mayor calidad en el servicio al mundo de hoy.

Los grupos religiosos que en la década de los setenta dejaron que el mundo entrara en sus espacios y que sus gentes fueran al mundo tienen, entre otros, el reto de poner a dialogar la premodernidad, la modernidad y la postmodernidad.¹⁰

Lucidez sobre lo real y deseo de seguir a Jesús

La convivencia de estas corrientes con sus diferencias en estilos de vida, filosofías, intereses y modos de ver y vivir la historia y la experiencia religiosa no sólo no es fácil sino que condiciona las posibilidades de diálogo y hace muy pesada la vida compartida. Hacer frente a nuestras incoherencias es fuente de

8 Las siguientes preguntas han sido formuladas en diversos cursos y seminarios sobre teología de la vida religiosa.

9 Fiand, B., op. cit. p. 18.

10 Las principales corrientes actuales y su significado para la labor evangelizadora. Conferencia dada en el Capítulo General de la Orden de Predicadores, Julio 2001. Resumen y traducción de Robert Schreiter, SPPS.

mucho dolor porque, en ocasiones, evidencia la debilidad de nuestros buenos deseos. Pero así como tenemos la certeza de que Dios se moviliza ante el dolor humano, también mantenemos viva la esperanza de que es posible crear una cultura de tolerancia, de respeto y de paz desde el seno de nuestras relaciones más próximas, desde el interior de nuestras comunidades e institutos.

La práctica del discernimiento, la lucidez sobre nuestras posibilidades y limitaciones, la conciencia de nuestros deseos, nos han dado mayor realismo sobre nuestra verdad individual y corporativa. Queremos seguir a Jesús hoy, queremos ser signo de su buena nueva, queremos dar razón de nuestra esperanza, queremos gastar la vida en favor de la vida que quiere Dios para la humanidad y para la creación entera.

¿Cómo combinar la lucidez sobre lo real y el deseo de totalizar nuestra vida en Dios y en su proyecto desde la opción de vida religiosa?

Encontrar lo que nos apasiona

En un mundo en el que el sentido de la vida es tan frágil, fugaz y relativo,¹¹ es importante que la persona encuentre aquello que le apasiona¹² y pueda darle cauce desde el instituto al que pertenece. Dios hace posible que los deseos profundos de la persona humana coincidan con los suyos.¹³ Y los deseos de Dios siempre serán en favor de la vida.

De esta manera, la persona sellará con un fuerte acento lúdico la dimensión apostólica —servicial— misionera de su vida, gustará y amará su trabajo y vivirá más unificada y armónicamente su ser y su

quehacer.¹⁴ Asimismo, el sufrimiento que antes se imponía como principio de la vida religiosa, ahora será una consecuencia de la entrega libre y lúcida en favor de la vida desde aquello que apasiona.

La comprensión del trabajo a partir de las resonancias personales cuestiona la uniformidad de las obras y la «propiedad» sobre las mismas al tiempo que presenta grandes retos a la corporatividad y a la inclusión.



Encontrar el área de resonancia profunda y darle cauce en la vida cotidiana, puede totalizar la vida y relativizar —o llenar de sentido— las dificultades. En la medida de la profundidad del deseo, en la medida de la pasión que nos moviliza, en esa misma medida se irá abriendo camino y ofreciendo orientación a nuestra afectividad.¹⁵

Este modo de ver la dimensión misionera y apostólica de la vida religiosa quiere ser expresión de fide-

11 Condicionado por biografías personales, contextos familiares, sociales y culturales.

12 Citando un artículo de Joan Chittister publicado en «The National Catholic Reporter», B. Fiand recuerda que «donde no hay pasión, la vida está muerta». *op. cit.* p. 21.

13 Adolfo Ma. Chercoles, sj, en su artículo *La globalización, ¿Qué es? ¿En qué nos afecta?* publicado por Confer, al referirse al acceso al estado adulto dice recordando a Freud, que «se da el paso cuando nos regimos por el principio de realidad y no por el principio de placer? Todo él (el evangelio) que es el anuncio de la apuesta de Jesús por la vida, está planteado desde dos grandes preguntas: ¿Qué os parece? y ¿Si quieres?? La primera va dirigida a la inteligencia y la segunda a la libertad, las dos coordenadas que nos definen como personas. Sólo desde estas dos perspectivas tendremos un acceso válido, adulto a la realidad. Tiene que parecerme válido a mí como persona, no a la apetencia que ha suscitado en mí el estímulo en turno».

14 «Sólo apostando con toda la vida por algo, ésta nos llenará. Y esto es lo que denominamos consagración». Chercoles, A.M. *op. cit.*

15 Es preciso, como señala Barbara Fiand, tomar en serio nuestras emociones: «Los sentimientos están heridos en una época que se mofa de la ternura y rinde culto a la agresividad, que exalta la razón y apenas se interesa por la afectividad. Nuestra cultura valora la claridad en los objetivos, la seguridad, la lucidez y lo preciso. Tiene miedo al corazón. Teme la ambigüedad.» *op. cit.* p. 22.

dad creativa. Por un lado, el retorno a las fuentes de los distintos institutos ha liberado la riqueza de la diversidad de carismas y la ilimitada creatividad del Espíritu para concretizarlos como servicio de iglesia en el mundo. Por otro lado, la atención a las personas y el reconocimiento agradecido de la diversidad de dones y posibilidades que cada una ha recibido, ofrece la oportunidad de diversificar los modos y los lugares desde los cuales encarnar el carisma y realizar el servicio de iglesia.

Esta doble fidelidad nos conduce, necesariamente, a la solidaridad, al trabajo compartido, a la creación de redes entre congregaciones y con otras organizaciones civiles. No podemos crear cada quien una obra propia para dar cauce a aquello que nos apasiona. En nuestro hoy, esta postura puede tener su carga de egoísmo individualista. Sí podemos, en cambio, incorporarnos a otros grupos y equipos, trabajar en colaboración, aprender en reciprocidad con nuestras hermanas y hermanos laicos.

La pasión de Dios

La vida religiosa hoy está llamada a compartir con Dios su pasión por la vida, especialmente la de quienes la tienen más amenazada. En un mundo como el nuestro que genera tanta muerte violenta o progresiva, cada vez más prematura, la pasión de Dios ni es negociable ni es optativa. La experiencia de su amor trinitario, amor gratuito, entregado sin condiciones y derramado en nuestra humanidad, nos conduce con ternura y con firmeza a sumarnos a la causa de la vida y, por lo mismo, a solidarizarnos compasivamente para compartir la misma pasión.

En nuestro mundo globalizado, en el que crece sin límite la pobreza, es urgente que la vida religiosa masculina y femenina tomemos conciencia del tremendo potencial que tenemos si nos sumamos, si nos solidarizamos, si asumimos como propia la pasión de Dios.

La vida es el deseo más deseado de Dios y ha querido contar con la humanidad para defenderla, cuidarla, alimentarla. Precisamente ahí podemos encontrar hoy el sentido de la vida en cuanto opción personal por Dios y su proyecto. Sin embargo, como institutos parece que nos hemos apegado a la imagen, a las obras, al prestigio, a los bienes. Al parecer, nos da inseguridad adherirnos totalizantemente al evangelio. Al parecer, es importante optar por «lo razonable» a pesar y por encima de la «locura» del Hijo de Dios. Hay disposición para desprendernos de algo pero no de todo. Queremos seguir a Jesús con la condición de conservar nuestras seguridades. Al interior de nuestros institutos hay diversos grados de entrega y diferentes justificaciones razonables¹⁶. El mal también tiene sus tretas para con la vida religiosa. Gastamos nuestra vida en «pasiones» divisorias y cerramos los ojos a la urgencia de la solidaridad en favor de la

causa de Dios. A veces, incluso, bloqueamos los esfuerzos de unión intentando escapar de lo que pueden ser grupos de presión, control o manipulación, o buscando huir del riesgo de perder el poder que hemos tenido.

Discernimiento corporativo

Desde aquí podemos comprender que los medios, los modos y los tiempos son, entre otros, materia de discernimiento. Discernimiento que en la medida de lo posible debe hacerse con gran apertura para escuchar lo nuevo, lo diferente, lo que altera la rutina, lo que desinstala y moviliza las cuerdas más vitales de nuestra humanidad.

Compartir desde nuestras convicciones más hondas para discernir corporativamente es una condición de

¹⁶ Quienes conocemos la espiritualidad ignaciana reconocemos que en la vida religiosa también hay «tres tipos de gentes» y diversos grados de amor.



posibilidad para que exista la comunidad de vida, de intereses y de pasiones que tanto anhelamos.

Queremos buscar y participar conjuntamente en las decisiones que afectan el futuro de nuestros pueblos, nuestras congregaciones y nuestras personas. Sólo así asumiremos apasionadamente las consecuencias de nuestras opciones.

Realizar este deseo nuestro trae consigo muchas inquietudes, cuestionamientos, obstáculos. ¿Qué hacer con las personas que conservan mentalidades y comportamientos premodernos? Es importante acoger la diferencia como riqueza para el grupo; sin embargo, también es necesaria la lucidez y la valentía para enfrentar corrientes que frenan, condicionan o, simplemente, neutralizan el caminar.

¿Cómo facilitar el diálogo entre modernidad y postmodernidad incluso en el interior de nuestras propias conciencias? Es preciso reconocer que la globalización ha modificado nuestra vida personal, —individual y corporativa—, y que, con la cultura postmoderna corremos el riesgo de minimizar la responsabilidad que tenemos ante la realidad que vivimos. Las grandes utopías han caído, ya no creemos que a más trabajo mejores resultados y personas más valiosas, pero tampoco podemos conformarnos con la felicidad de lo fragmentario, de lo inmediato, de lo efímero.

Abrir las puertas de nuestros conventos y facilitar el flujo de fuera hacia adentro y de dentro hacia fuera nos ha expuesto para que la realidad nos envuelva y nos invada. La lucha a muerte entre modernidad y postmodernidad nos rodea por todos lados con el riesgo, incluso, de convertirnos en una más de sus víctimas. Esta lucha, además, va invadiendo nuestras congregaciones quizá con métodos propios de una guerra de baja intensidad:

Jesús Álvarez, citando a Baget Bozzo, dice: «La modernidad lucha por sobrevivir a quienes pretenden enterrarla; y, en realidad, sigue muy viva en sus prometeos, los ejecutivos dominantes que trabajan, se preparan, se desloman, organizan las multinacionales, configuran el tren.»¹⁷ Y Álvarez continúa: «La modernidad, sobre todo, lucha muy astutamente contra la postmodernidad, halagándola, asumiéndola, instrumentalizándola, poniéndola a su servicio... en cuanto que los convierte en unos seres absolutamente acríticos y pasivos.»¹⁸

17 Hasta aquí la cita de Baget Bozzo, G., *La evolución del catolicismo*, «El País», 2.8.1987

18 Álvarez Gómez, J., *Vida Consagrada para el tercer milenio. De la renovación a la refundación*. Madrid: Claretianas, 1999, p. 94.

En medio de esta lucha la vida religiosa se sabe enviada a ser signo de la buena nueva de Dios, a mantener viva la esperanza, a confesar prácticamente nuestra fe en Dios-Trinidad.¹⁹ No tenemos la respuesta sobre el «cómo». Hay que fraguarla con constancia y amor, hay que intentarla exponiéndonos incluso al error. Tampoco se trata de comenzar desde cero; llevamos un camino recorrido tanto hacia dentro de nuestros institutos como en nuestro servicio de iglesia y en nuestro compromiso político y social. Sin embargo, en todas las dimensiones es urgente alimentar y favorecer una cultura del diálogo con lo que supone de escucha, de apertura, de verdad y reciprocidad.

Es muy lamentable ver cómo van desfilando hermanas y hermanos que dejan sus congregaciones porque sienten cansancio ante las luchas internas de poder, ante el peso de las obras que hoy pueden realizar otras personas, ante las etiquetas que se han puesto a las nuevas generaciones. Es doloroso acoger tantos intentos frustrados, tantos deseos domesticados, tanta vida des-apasionada.

Al mismo tiempo es esperanzador intuir que estas inconformidades atizan el fuego de las cenizas²⁰ e intensifican la búsqueda. El dolor moviliza lo mejor de lo humano para erradicarlo o para asumirlo y transformarlo. El dolor ya está dentro de nuestras congregaciones. Porque las amamos y porque creemos en ellas es preciso tocar sus heridas y desenmascarar las tretas que se han estructurado con el paso del tiempo.

Eclosión de la vida religiosa femenina

Barbara Fiand cita en el prefacio de su libro el comentario de un amigo: «La vida religiosa es hoy como un huevo a punto de eclosión, con una nueva vida, impaciente por aflorar. Lo malo es que seguimos cubriendo con cinta adhesiva las fisuras del cascarón allá donde aparecen, porque queremos preservar el huevo en su integridad».²¹

Es muy probable que la eclosión de la vida religiosa femenina sea más dolorosa y al mismo tiempo más fecunda.²² La mayor visibilidad de las mujeres, los

19 Cf. mi artículo *Espiritualidad trinitaria para la vida religiosa hoy*, de próxima publicación en la Revista Diakónia.

20 Cf. Chittister, J., *El fuego en estas cenizas. Espiritualidad de la vida religiosa hoy*. Santander: Sal Terrae, 1998.

21 Op. cit. p. 5

22 Históricamente, la vida religiosa femenina ha sido más reprimida, controlada e infantilizada que la vida religiosa

nuevos protagonismos femeninos, los estudios de género y otros aportes de la revolución feminista que vivimos, están ejerciendo su influencia en la vida religiosa. Esta, aunque a veces ha sido comprendida y vivida como espacio de protección, dependencia y sumisión, también es reconocida históricamente como alternativa de autonomía y libertad frente al matrimonio que, hasta hace unas décadas, era la otra alternativa aceptada socialmente para las mujeres.



El encuentro de muchas religiosas con diversas experiencias vividas en perspectiva de género está transformando sustancialmente la vida religiosa femenina y, con ella, el lugar de las mujeres en la iglesia. Este es un signo del Espíritu en nuestro tiempo que, en la medida en que se acoja como oportunidad y desafío, puede generar y alimentar la esperanza de que es posible realizar cambios de trascendencia en nuestras relaciones, en el modo de gobernar, en la manera de administrar los bienes y de cuidar la tierra.

masculina. Pero también es cierto que la vida religiosa masculina se ha autoexcluido de instancias de participación, formación y búsqueda que deseamos sea más compartida.

La inserción de muchas religiosas en las pequeñas comunidades y en sus iglesias locales ha abierto sus ojos a la perspectiva de género. El contacto con otras mujeres, con sus dolores y sufrimientos, ha despertado una conciencia colectiva que empuja, irreversiblemente, a luchar contra toda marginación, opresión o discriminación generadas por el sistema patriarcal y por las estructuras sexistas que hasta hoy imperan en la sociedad y, lamentablemente, en la iglesia.

Esta toma de conciencia comienza a tener su impacto al interior de nuestros institutos religiosos. Estamos buscando formas más adultas y evangélicas de vivir la relación con la jerarquía eclesial; estamos diversificando y asumiendo mayor protagonismo en los ministerios; estamos creando formas dinámicas, inclusivas y ecuménicas de celebrar comunitariamente la fe; estamos participando comprometida y solidariamente en la elaboración y ejecución de proyectos que defienden los derechos humanos, la integridad de la creación, la paz y la justicia. Al mismo tiempo, favorecemos el desarrollo de cualidades —conocidas como femeninas— para colaborar en la creación de una cultura de diálogo, de respeto y tolerancia.

La vida sigue surgiendo

Hay lugares, hay institutos, hay experiencias que nos dicen que no siempre «parchamos el cascarón para resguardar su integridad.» La vida está surgiendo aquí y allá con la fuerza del Espíritu que vivifica y que recrea con paciencia y amor al ritmo de Dios.

El proceso en el que decidimos participar desde el Vaticano II permanece abierto, inacabado, a la espera activa. Los cambios acelerados de la realidad, la dinámica de Dios que mantiene su comunicación siempre actual y la confluencia de factores internos a nuestras órdenes religiosas se nos ofrecen como posibilidad gratuita y como compromiso ineludible de participar en las decisiones que orientan y ofrecen dirección y sentido a nuestra vida como vida religiosa. ☐

El ecumenismo: un providencial escollo

Ignacio Díaz de León.

Ex-presidente del Consejo Interreligioso de México.

La *Unitatis Redintegratio* (UR) es quizás el Decreto que significa el cambio de actitud y de orientación más notable en la Iglesia Católica. El decreto sobre ecumenismo marca oficial y solemnemente el fin de la Contrarreforma, fin de toda una época, y el comienzo de otra, la del diálogo. La Iglesia Católica entra, oficial y solemne, en el gran movimiento de unidad emprendido por casi todas las iglesias cristianas.

Antes del Concilio Vaticano II ya existía el movimiento ecuménico, pero se necesitaba una palabra que orientase y estimulase, «aggiornando» a la Iglesia, ese movimiento ya existente. La UR recoge y da forma oficial a las ideas fundamentales del movimiento, a deseos de los pioneros y a los estudios eclesiológicos ya existentes.

Pienso que la instancia más apremiante es la misma voluntad del Señor. Él quiere la unidad de las Iglesias cristianas «para que el mundo crea».

En el Decreto sobre el Ecumenismo, del Vat. II, con toda valentía se afirma: «La división de los cristianos contradice abiertamente a la voluntad de Cristo, es un escándalo para el mundo y daña la causa santísima de la predicación del Evangelio a todos los hombres» (UR No.1).

Todos los bautizados contemporáneos debemos reconocer que tenemos una vocación histórica a actuar en favor de la unidad de las Iglesias.

Porque es un hecho la división, y porque Cristo nos quiere unidos. Además de su vehemente oración al Padre (Jn 17-21); da a los suyos el nuevo mandamiento del amor mutuo. Una hora antes de su muerte en la cruz instituye el sacramento de la Unidad que es la Eucaristía. Nos promete y nos da el Espíritu Santo que es el principio de la unidad de la Iglesia: «El Espíritu Santo, que habita en los creyentes y llena y gobierna a toda la Iglesia, realiza esa admirable unión de los fieles, y tan estrechamente une a todos en Cristo, que es el principio de la unidad de la Iglesia» (UR No.2).

Todas estas instancias nos hacen entender la sacratísima voluntad del Señor de que su Iglesia sea una, testimonio y sacramento de unidad para el mundo.

Ahora bien, ningún bautizado, ni siquiera los niños entrados ya al uso de la razón, pueden vivir ignorantes de estos dos hechos: los cristianos viven divididos, pero Cristo quiere que vivan en unidad. Una catequesis actualizada los haría aceptar su vocación histórica a hacer algo por la restauración de la unidad. Pero así como a los niños se les debe introducir en este camino, con una catequesis a su alcance, así a todos los seglares y a los pastores conviene formarlos a la oración y al trabajo por esta nobilísima causa: «La preocupación por el restablecimiento de la unión es cosa de toda la Iglesia, tanto de los fieles como de los pastores, y afecta a cada uno según su propia capacidad, ya sea en la vida cristiana diaria, ya en las investigaciones teológicas e históricas» (UR No.5).

En otros países o continentes la formación al ecumenismo ha sido un elemento de su misma inercia histórica. Hablemos de Europa central, hablemos de Inglaterra o de Alemania. Hace siglos que en esos países conviven católicos y protestantes. Al tiempo de la ruptura la división causó persecuciones y martirios; luego vinieron tiempos más serenos y ahora la convivencia es casi en todas partes aceptable. Quienes nacieron en esos países pronto se dieron cuenta que unos eran protestantes y otros católicos, y aprendieron a convivir unos con otros como lo hacían sus abuelos y sus padres.

En México, y en América no ha sido así. Los cristianos de las iglesias históricas no se hicieron presentes sino hasta mediados del s. XIX, de modo que no había lugar para un movimiento ecuménico; todos eran católicos. Los primeros misioneros protestantes fueron recibidos con mal talante por parte de los pastores y los fieles. En un principio, por 1828 sólo vinieron distribuidores de biblias protestantes, más tarde vinieron también misioneros anglicanos, metodistas y presbiterianos. En tiempos de Juárez, y sobre todo en la presidencia de Calles entraron profusamente los protestantes de varias denominaciones, pero los pastores y los fieles católicos no tenían idea del ecumenismo, y más bien que buscar con ellas la colaboración y la unidad, se les persiguió en muchas ocasiones.

No había, pues, formación ni oportunidad para promover la unidad cristiana.

Se puede afirmar que actualmente si bien tenemos en nuestra patria una mayoría católica, y el Decreto a favor de la Unidad del Vaticano II va ha cumplir 40 años (1964-2004), nos hace mucha falta asimilar la teoría y la práctica del ecumenismo. La podemos considerar como una «asignatura pendiente». En nuestro tiempo no se puede dejar para más tarde el conocimiento y el quehacer ecuménico.

Ahora bien, «las situaciones de que se ocupa el ecumenismo son a menudo sin precedentes, varían de un lugar a otro, de una a otra época (...) por eso se precisa un discernimiento atento y constante. Incumbe sobre todo a los pastores, a los que tienen la última responsabilidad de la doctrina y de la disciplina de la Iglesia. A estos corresponde animar las iniciativas responsables y asegurar que se lleven a cabo según los principios católicos del ecumenismo» (Dir. 30¹).

Pero, el ecumenismo o la promoción de unidad de los cristianos atañe a la Iglesia entera; todos los fieles, pero en especial, los pastores, deben orar por esta plena unidad de la Iglesia deseada por el Señor, y trabajar con sabiduría en esta tarea, participando en la labor ecuménica suscitada por la gracia del Espíritu Santo (CIC 902).

Ahora bien, sin la formación al ecumenismo no llegaríamos lejos, no basta la buena voluntad. «Es necesario que las instituciones teológicas y las demás disciplinas, en especial, las históricas, se enseñen también bajo el aspecto ecuménico, para que respondan con mayor exactitud a la realidad. Es de gran importancia que los futuros pastores y sacerdotes dominen la teología, elaborada según este criterio con toda exactitud, sin espíritu polémico, sobre todo en lo que se refiere a las relaciones de los hermanos cristianos no católicos con la Iglesia católica. Porque la necesaria

instrucción y formación espiritual de los fieles y de los religiosos depende sobre todo de la formación de los sacerdotes» (UR. 10).

Teniendo en cuenta, pues, la naturaleza de la Iglesia católica, los fieles hallarán en su fidelidad a las indicaciones del Concilio Vaticano II los medios para contribuir a la formación ecuménica de cada uno de los miembros, y a la vez de toda la comunidad a la que pertenecen. La unidad de todos en Cristo será así el resultado de un crecimiento común y de una común maduración, pues la llamada de Dios a la conversión interior y a la renovación en la Iglesia, tan importantes para la búsqueda de la unidad no excluyen a nadie (Dir. 55)

Ecumenismo en México

Del movimiento ecuménico no se podía hablar en México antes de 1964, pues apenas en noviembre de ese año los padres conciliares firmaron el Decreto *Unitatis Redintegratio* en Roma.

En nuestro país el ecumenismo comenzó en 1967 con ocasión de los juegos olímpicos, celebrados en la Ciudad de México en octubre de 1968. En el Arzobispado de México 1967 se empezó a diseñar el organigrama de servicios para ese acontecimiento tan complejo: transportes, hospedaje, servicios religiosos, etc. El Arzobispo Miguel Darío Miranda citó a reuniones en sus oficinas a los responsables de los distintos departamentos. Fue

entonces cuando se empezó a usar la palabra ecumenismo y a familiarizarnos con ella; en poco tiempo se recorrió mucho camino.

En un principio el departamento se llamó «Servicios Religiosos» simplemente. Sólo cuando se integraron al equipo inicial los párrocos de las colonias alemana, francesa y americana surgió la idea de ofrecer servicios religiosos ecuménicos. El siguiente paso fue convocar a todos los ministros o líderes de Iglesias y asociaciones religiosas para exponerles el pro-



¹ Directorio para la aplicación de los principios y normas sobre el ecumenismo (1993).

yecto de un trabajo conjunto para servir sobretodo en la Villa Olímpica a los atletas, y en la Zona Hotelera, en los templos y en las sinagogas cercanas, a los turistas en general.

Hubo una reunión en el templo del Buen Pastor, atendido por un ministro luterano de habla inglesa, éramos unos 60 líderes religiosos: protestantes, ortodoxos y judíos. Se expuso el proyecto, y el Sr. Cardenal, quien se hizo presente en forma muy discreta, no como presidente de la reunión, les hizo la invitación a formar un grupo ecuménico de servicios religiosos para la Olimpiada.

El archimandrita Pablo de Ballester, griego ortodoxo, propuso dos cosas: 1ª que este equipo de servicios ecuménicos fuera autónomo, es decir, que no fuera parte del organigrama católico, y 2ª que el P. Díaz de León fuera el coordinador del equipo: esto era sensato no por méritos míos, sino por ser yo católico, el enlace natural con el Arzobispado, y por ser mexicano, el enlace indicado con las autoridades de gobierno; casi todos los demás invitados eran extranjeros.

Empezamos a trabajar al ritmo de una reunión cada quince días, rotando en las diversas iglesias; se fue formando una relación amistosa, fraternal muy sincera; fundamental para los trabajos que se tenían que realizar.

Menciono sólo, entre otros, dos importantes logros:

1. Una Jornada Interreligiosa por la paz, celebrada en el Estadio de la Ciudad de los Deportes, el 10 de octubre, dos días antes de la inauguración de los juegos olímpicos.
2. La publicación de 100,000 ejemplares del folleto de Servicios Religiosos; se publicó en español, francés e inglés y se distribuyó en la Villa Olímpica y en la zona hotelera del centro de la ciudad, con el horario de servicios de culto, y el directorio de templos, sinagogas y embajadas.

Las faenas interreligiosas y los contactos correlativos permitieron la comunicación y la amistad ecuménica, a tal grado que durante varios años se organizó la semana de oración por la unidad, programándola en los templos de las diversas iglesias, usando como guía el folleto que elabora cada año por el Consejo Mundial de Iglesias y el Pontificio Consejo para la promoción de la Unidad de los Cristianos, que por otra parte se distribuía oportunamente en todas las diócesis de la CEM; se imprimían 10,000 ejemplares. Durante unos 10 años, allá por los setentas se publicó una revista de ecumenismo llamada Convergencia, la financiaba la CEM, era trimestral, colaboraban hermanos protestantes y cató-

licos; pero vino el tiempo en que se recortó el presupuesto y se interrumpió su publicación. Se distribuía en todas las diócesis.

En los años ochentas arreció el proselitismo de los nuevos grupos religiosos en los medios católicos, sobrevino también por falta de sacerdotes en nefasto ausentismo pastoral en las comunidades eclesiales, y tal vez a eso se debió el que desapareciera del organigrama de la CEM, el departamento de Ecumenismo, esto fue de 1990 a 1996. Se le dio más importancia a combatir a las sectas. Sólo en 1997 se reinstauró el departamento de ecumenismo, como una dependencia de la Comisión Doctrinal de la Fe.

Con auténtico compromiso desde 1974 se reúne, el Grupo Ecuménico de México cada ocho días; están incorporados ortodoxos, anglicanos, católicos, luteranos, presbiterianos y bautistas. Lo fundó la M. Delia Canales, Misionera de Jesús Sacerdote. Son casi todos laicos.

El Dr. Roberto Hübner, luterano, fundó en 1988 otro grupo ecuménico de ministros y sacerdotes. Se reunían cada tres meses el 1er miércoles de mes, y el contenido de dichas reuniones era la intercomunicación sobre asuntos como los ritos de iniciación, el bautismo, el matrimonio y el divorcio, el orden sacerdotal, etc. Con la muerte del P. Francisco Organista, sacerdote diocesano, su secretario ejecutivo, en 1997 dejó de reunirse.

Al presente tenemos que reconocer que el movimiento ecuménico ha perdido el ritmo que había alcanzado en las dos décadas posteriores al Vaticano II ¿las causas?

Como principal causa del letargo en el Ecumenismo en México, desde 1990, está la supresión del Departamento de Ecumenismo en el organigrama de la CEM; era parte de la Comisión Episcopal para Doctrina de la Fe. Desapareció para que ocupara su lugar un departamento para combatir las Sectas. Este cambio ha sido tan severo que varios señores obispos y arzobispos no quieren saber nada de ecumenismo; ahora bien, si el pastor piensa así, también así pensará su clero y su seminario y miles de fieles enterados.

El Sr. Obispo Lázaro Pérez, actual titular de la Comisión Episcopal de Doctrina de la Fe, está entusiasmado por reconstruir lo que se había edificado: se propone reestructurar el Departamento de Ecumenismo, nombrar delegados regionales de Ecumenismo con sus respectivas comisiones, de religiosos (as) y laicos. Promover a la luz del Directorio para los principios y normas del Ecumenismo, la formación al Ecumenismo en los seminarios, en las universidades católicas, y en cursos a sacerdotes. Esta será una

en que todos los hombres deben estar inmunes a la coacción, tanto de personas como de grupos sociales y de cualquier potestad humana, y ello de tal manera que en materia religiosa no se obligue a nadie a obrar contra su conciencia, ni se le impida que actúe conforme a ella en privado y en público, solo o asociado con otros, dentro de los límites debidos» (DH no. 2).

La Constitución Política Mexicana, por su parte, en el artículo 24 dice: «Todo hombre es libre para profesar la creencia religiosa que más le agrade, para practicar las ceremonias, devociones o actos de culto respectivo, en los templos o en su domicilio particular, siempre que no constituyan un delito o falta penados por la ley». Ambos documentos, que nos conciernen por ser católicos y por ser mexicanos, coinciden admirablemente y se complementan. Dejan en claro la legitimidad de la presencia y la acción de los nuevos grupos religiosos y de las Iglesias históricas no católicas en nuestra patria.

Parecería que estoy haciendo una defensa abierta de las sectas. No; es sencillamente un examen sereno y objetivo de este problema que se ha hecho ahora molesto para los católicos. Pero hay que aceptar que también los problemas molestos, que de que los hay los hay, nos exigen encontrar una solución adecuada.

En seguida intentaré trazar algunas pistas para afrontar lo que el Documento del Vaticano sobre las Sectas atinadamente llama: «un desafío pastoral para los católicos».

Pienso que antes que nada nos convendría investigar las causas del éxito de estos grupos en su acción misionera. Eso es lo que «Puebla 79» sugería ya hace años: «Estudiar diligentemente el fenómeno de los movimientos religiosos libres» y las causas que motivan su rápido crecimiento, para responder en nuestras comunidades eclesiales a los anhelos y planteamientos a los cuales dichos movimientos buscan dar una respuesta, tales como liturgia, vida, fraternidad sentida y activa participación misionera. (Pue. 1124).

Los católicos, es verdad, debemos, desde una actitud de humildad sincera, reconocer nuestras debilidades y flaquezas; despojarnos de ciertas actitudes triunfalistas, ya pasadas de moda. No vamos a ganar nada con alusiones a una potencia extranjera que apoya secretamente o se sirve de estos grupos para dividir y desnacionalizar a los mexicanos. Una campaña orquestada en diversos niveles sociales para que la Secretaría de Gobernación los expulse del país o los aniquile sería enteramente inútil.

Sin pretender dar una respuesta exhaustiva, creo que el éxito de su proselitismo se debe a dos series de hechos. La primera serie describe la situación actual de la Iglesia católica en México:

- Un alto porcentaje de católicos están bautizados pero no están evangelizados; ignoran la doctrina de la Iglesia; no tienen identidad religiosa, por eso son tan vulnerables.
- Hay una gran escasez de agentes laicos y ordenados de evangelización; de aquí resulta el vacío o la ausencia de los pastores en miles de comunidades donde se hace indispensable su presencia, su palabra y su testimonio.
- En general, la pastoral que se realiza es tradicionalista, preconiliar; hay buen número de sacerdotes renuentes a toda especie de renovación, sea litúrgica, sea bíblica, sea teológica.
- La celebración de los sacramentos, es fría, formalista, poco amable y muy pasiva para los fieles.
- No siempre aprovechamos los medios modernos de comunicación tanto como debiéramos en nuestra pastoral, en la difusión del Evangelio y de la doctrina de la Iglesia.
- Como resulta de todo, esto hay 80 por ciento de católicos no practicantes (56 millones aproximadamente) en nuestro país, a los cuales la Iglesia no puede llegar, motivarlos, instruirlos, hacerles vivir las exigencias de su bautismo.
- La segunda serie de hechos nos presenta el espíritu misionero y la buena organización de ciertos grupos sectarios que, al conjugarse con las debilidades de la Iglesia católica, explica su exitoso proselitismo:
- Su espíritu misionero es, en muchos aspectos, admirable. Y, como decíamos arriba, mientras no se demuestre lo contrario, no podemos juzgar su buena fe.
- Los Mormones, por ejemplo, al cumplir los 18 años brindan dos años o por lo menos año y medio a la tarea de misionar en todo el mundo.
- Hay gran participación de los laicos en sus ministerios. Entre los Testigos de Jehová todos son misioneros de medio tiempo o de tiempo completo.
- Ofrecen, desde sus visitas a domicilio, una cálida fraternidad religiosa y social, y una convivencia afectuosa y personalizante en pequeñas comunidades.
- Sus servicios de culto (en especial los de los Pentecostales) son muy alegres y participados.

Los cantos y la espontaneidad son elementos importantes en el desarrollo de sus asambleas.

- Su predicación es sencilla en su contenido. Los Pentecostales y los Bautistas fascinan a los católicos por su fuerte insistencia en la predicación del Kerigma, el núcleo de la fe cristiana que anuncia a Cristo muerto y resucitado como único Salvador y Señor de nuestras vidas.
- Usan a profusión la prensa, la radio y la TV. Los Adventistas, que sólo son dos millones en todo el mundo, tienen 44 casas de publicaciones. Imprimen su literatura en más de 200 idiomas y dialectos, y en Braille para los invidentes.

Pistas para la superación de este providencial escollo

Eso me parece que son el desafío ecuménico y los grupos sectarios hoy para los católicos: un escollo, un desafío que providencialmente viene a despertarnos y a estimularnos a una renovación profunda de nuestra acción pastoral.

Aunque la solución de este problema sea a largo plazo, hay que empezar ahora. El objetivo central sería la evangelización integral de todos los fieles, que lleve a la conversión y al reconocimiento amoroso del Reino de Dios en Jesucristo. Y en orden al crecimiento de los fieles en la fe una catequesis continua.

Ante la escasez del clero, que también se ve como algo providencial, urge reconocer que los laicos son corresponsables en la misión de la Iglesia para que evangelicen a sus hermanos. Si los sacerdotes no les hacemos confianza a los laicos y no los invitamos a integrarse en este proyecto de evangelización total, no llegaremos muy lejos.

Los obispos y los sacerdotes debemos renovarnos en la exigencia de nuestra vocación apostólica: predicar, enseñar y dinamizar a las comunidades eclesiales. Si nos renovamos en esa evangelización integral, lograremos en primer lugar cumplir con nuestra misión esencial: «predicar el Evangelio» (Mc16, 15); en segundo, encontraremos el único remedio eficaz contra todo proselitismo sectario, ya que un católico bien evangelizado estará arraigado a su Iglesia amorosamente, y será muy difícil que la abandone por aceptar otras creencias. Y en tercer lugar, iremos llevando poco a poco a los católicos hacia una identidad religiosa bien definida y hacia un testimonio cristiano alegre, fiel y perseverante.

Si tenemos en cuenta, por una parte, el número de creyentes no católicos: ortodoxos, protestantes, judíos, musulmanes y todos los grupos sectarios que

en México no llegan ni al 10% de la población total (7.5 millones), y por otra parte, el número de católicos no practicantes que son el 80% de los católicos mexicanos (56 millones), reconocemos que los pastores, más que espantarnos con la acción y crecimiento de las sectas, debemos preocuparnos y dedicarnos a rescatar a esos 56 millones de bautizados que pertenecen a la Iglesia católica y que, por tanto, constituyen el objetivo prioritario de nuestra responsabilidad pastoral.

Se diría que esos millones de católicos no practicantes son la verdadera secta que hay que temer: no se puede dialogar con ellos, están de hecho separados de la Iglesia, y hacen un proselitismo tan fácil y seguro como es tener hijos. De los 56 millones citados, en un año habrá un millón doscientos mil más, suponiendo un crecimiento conservador de 2% anual. Es decir, que cada año aumentará la cuota de católicos bautizados no practicantes mucho más que todas las sectas juntas.

Aceptemos, pues, adulta, humilde y valientemente este desafío providencial, y renovemos a fondo nuestra labor pastoral en orden a una evangelización integral de todos los bautizados.

Es bueno defender a los fieles del proselitismo de los grupos sectarios, pero esto es algo coyuntural; la búsqueda de la unidad entre los cristianos divididos, en cambio, se deriva de la voluntad sacratísima del Señor Jesús.

Recuerdo que en el mensaje de S. S. Juan Pablo II, a los delegados nacionales de ecumenismo en 1980, en Roma, nos dijo «el Ecumenismo es una prioridad pastoral de la caridad.» Es decir, no se puede postergar, y es mucho más importante que combatir a los grupos sectarios. ☩

Los cantos y la espontaneidad son elementos importantes en el desarrollo de sus asambleas.

- Su predicación es sencilla en su contenido. Los Pentecostales y los Bautistas fascinan a los católicos por su fuerte insistencia en la predicación del Kerigma, el núcleo de la fe cristiana que anuncia a Cristo muerto y resucitado como único Salvador y Señor de nuestras vidas.
- Usan a profusión la prensa, la radio y la TV. Los Adventistas, que sólo son dos millones en todo el mundo, tienen 44 casas de publicaciones. Imprimen su literatura en más de 200 idiomas y dialectos, y en Braille para los invidentes.

Pistas para la superación de este providencial escollo

Eso me parece que son el desafío ecuménico y los grupos sectarios hoy para los católicos: un escollo, un desafío que providencialmente viene a despertarnos y a estimularnos a una renovación profunda de nuestra acción pastoral.

Aunque la solución de este problema sea a largo plazo, hay que empezar ahora. El objetivo central sería la evangelización integral de todos los fieles, que lleve a la conversión y al reconocimiento amoroso del Reino de Dios en Jesucristo. Y en orden al crecimiento de los fieles en la fe una catequesis continua.

Ante la escasez del clero, que también se ve como algo providencial, urge reconocer que los laicos son corresponsables en la misión de la Iglesia para que evangelicen a sus hermanos. Si los sacerdotes no les hacemos confianza a los laicos y no los invitamos a integrarse en este proyecto de evangelización total, no llegaremos muy lejos.

Los obispos y los sacerdotes debemos renovarnos en la exigencia de nuestra vocación apostólica: predicar, enseñar y dinamizar a las comunidades eclesiales. Si nos renovamos en esa evangelización integral, lograremos en primer lugar cumplir con nuestra misión esencial: «predicar el Evangelio» (Mc16, 15); en segundo, encontraremos el único remedio eficaz contra todo proselitismo sectario, ya que un católico bien evangelizado estará arraigado a su Iglesia amorosamente, y será muy difícil que la abandone por aceptar otras creencias. Y en tercer lugar, iremos llevando poco a poco a los católicos hacia una identidad religiosa bien definida y hacia un testimonio cristiano alegre, fiel y perseverante.

Si tenemos en cuenta, por una parte, el número de creyentes no católicos: ortodoxos, protestantes, judíos, musulmanes y todos los grupos sectarios que

en México no llegan ni al 10% de la población total (7.5 millones), y por otra parte, el número de católicos no practicantes que son el 80% de los católicos mexicanos (56 millones), reconocemos que los pastores, más que espantarnos con la acción y crecimiento de las sectas, debemos preocuparnos y dedicarnos a rescatar a esos 56 millones de bautizados que pertenecen a la Iglesia católica y que, por tanto, constituyen el objetivo prioritario de nuestra responsabilidad pastoral.

Se diría que esos millones de católicos no practicantes son la verdadera secta que hay que temer: no se puede dialogar con ellos, están de hecho separados de la Iglesia, y hacen un proselitismo tan fácil y seguro como es tener hijos. De los 56 millones citados, en un año habrá un millón doscientos mil más, suponiendo un crecimiento conservador de 2% anual. Es decir, que cada año aumentará la cuota de católicos bautizados no practicantes mucho más que todas las sectas juntas.

Aceptemos, pues, adulta, humilde y valientemente este desafío providencial, y renovemos a fondo nuestra labor pastoral en orden a una evangelización integral de todos los bautizados.

Es bueno defender a los fieles del proselitismo de los grupos sectarios, pero esto es algo coyuntural; la búsqueda de la unidad entre los cristianos divididos, en cambio, se deriva de la voluntad sacratísima del Señor Jesús.

Recuerdo que en el mensaje de S. S. Juan Pablo II, a los delegados nacionales de ecumenismo en 1980, en Roma, nos dijo «el Ecumenismo es una prioridad pastoral de la caridad.» Es decir, no se puede postergar, y es mucho más importante que combatir a los grupos sectarios. ☛

El conflicto básico del Concilio

Gary MacEoin.

Reproducimos un artículo publicado en nuestra revista en 1963. Escrito por tanto durante la segunda sesión del Concilio Vaticano II. Ver: CHRISTUS 337 (dic 1963) pp 1035-1037.

Opiniones contrarias sobre el papel de la Curia Romana

ROMA.- Más pronto de lo que muchos esperaban resurgió el conflicto interno del Concilio. En directo y dramático careo, el Cardenal Frigs (Colonia, Alemania) lanzó cargos contra los procedimientos del Santo Oficio que, según él, dañan a los católicos y escandalizan a otros. A estos cargos, el Secretario del Santo Oficio, Cardenal Ottaviani, contestó que el criticar a esa augusta institución es como atacar a su cabeza, el Papa.

El asunto mencionado, se refiere, sin embargo, no al protocolo mismo, sino a la sustancia. ¿Tendrán los obispos, individual y colectivamente agrupados por regiones, más poder que el brindado hasta ahora por la moderna Iglesia Occidental, además de tener verdadera voz en la administración central de Roma? ¿Se unirán, de ahora en adelante, con el Papa para hacer las grandes decisiones?

Ambas partes saben que las estructuras y las instituciones que se originarán del Concilio Vaticano II, formarán la faz, la influencia y la acción de la Iglesia por los siglos venideros.

Ambas partes están convencidas de que en el fondo está el bien de la Iglesia. Existen hombres dedicados y determinados consecuentemente a emplear todos los medios legítimos para ganar la victoria. Y si para algunos, los medios adoptados pudieran parecer, a veces, no tan legítimos, deberían recordar antes de juzgar, las diferentes culturas y convencionalismos.

Las diversas posiciones teológicas están afectadas por consideraciones pastorales y afectivas. Por un lado están los países en donde la Reforma causó poco impacto, y por el otro, el resto del mundo.

Italia, España y Portugal consideran las estructuras de la contrarreforma todavía útiles

En particular, Italia, España y Portugal, consideran las estructuras de la Contrarreforma como útiles to-

davía para ellos. ¿A qué destruir la fortaleza que ha defendido al pueblo contra un mundo mal intencionado? Al presente, la Iglesia significa para ellos el modo de hacer mejor lo que siempre hicieron: aumentar las vocaciones, educar mejor a los seminaristas, extender las confraternidades parroquiales y dirigir a sus miembros en su modo de vestir, qué libros no comprar, qué salones de cine evitar, etc.

Los Obispos ortodoxos piensan que la Curia disminuye su tradicional autonomía

Tres grupos, sin embargo, creen —por diversas razones— que la reforma debe ser más profunda. Primero los Obispos del rito Oriental que protestan por la continua tendencia a disminuir su tradicional autonomía y por forzarlos a seguir los moldes católicos de la Iglesia Latina. Aunque en poca escala, existen muchos simpatizadores que esperan un entendimiento con los ortodoxos, y que saben que ello no podrá sobrevenir, mientras Roma mantenga los procedimientos propios de la Contrarreforma.

Los Obispos de los países protestantes necesitan una mayor descentralización de la Iglesia

Después vienen los Obispos de países en donde los Católicos primero lucharon contra los protestantes y luego aprendieron a vivir con ellos. Estos piensan que en un mundo después de Hitler y después de Stalin, la religión puede sobrevivir y progresar sólo por la unión de esfuerzos de todos los cristianos. Su anhelo y objetivo a largo plazo es la unidad de la Iglesia: su meta inmediata es una estructura común para que todos puedan trabajar unidos por los objetivos comunes. Tanto por razones afectivas como prácticas, esta estructura requiere una mayor descentralización de la Iglesia.

Francia y América Latina apoyan a los innovadores

Los franceses concuerdan en esto, no sólo por el acercamiento franco-alemán después de la guerra, sino porque las necesidades religiosas de Francia son similares. Si los protestantes franceses, son muy pocos, los católicos de nombre alejados de la autori-

dad de la Iglesia de la Contrarreforma, son muchos. La fortaleza no protegerá ya por más tiempo. América Latina tiene el mismo problema, aunque la Iglesia allí ha sido muy lenta para verlo. Sin embargo, hoy día, este conocimiento aumenta y, probablemente, más de la mitad de los obispos de la región, abiertamente apoyan a los innovadores. Los conservadores han dicho muy poco, pero todavía existen y forman una insignificante minoría.

Estados Unidos querría menos indiferencia, pero aun sin reforma de estructuras, siguen adelante

Los Estados Unidos tienen una posición única. Los procedimientos de la Curia están en conflicto con el individualismo norteamericano. Pero su pragmatismo les ha permitido dar un rodeo al conflicto y crear una estructura flexible y dinámica. Los Estados Unidos preferirían menos interferencia y más poder de libre decisión de parte del obispo individual. Pero están satisfechos por el hecho de que, aun sin una reforma básica de estructuras, pueden continuar su ritmo de adelanto. Consecuentemente su interés vital no se ve comprometido, de modo que cada obispo puede tomar partido según sus preferencias personales. En tanto que en todos los países, hay signos que van contra el proceder ahora adoptado por la Iglesia (el Cardenal Lercano no es el único italiano que favorece un cambio básico) los Estados Unidos son probablemente la única región mayor, que no está emocionalmente comprometida.

No sólo Roma, sino Europa son un obstáculo para la Iglesia africana

Finalmente viene la Iglesia entre los no cristianos; los obispos africanos son los primeros que tienen la palabra. Su posición es, en resumidas cuentas, la más fundamental. No sólo Roma, sino la estructura europea entera es un obstáculo para su misión. Ellos buscan autonomía para experimentar, para adaptar a una cultura no europea, tanto los ritos cristianos como la técnica de presentar las enseñanzas de Cristo.

Los innovadores tienen la mayoría; los conservadores el poder

Las fuerzas que favorecen el cambio son, por tanto, incomparablemente más fuertes que las opuestas. Pero estas últimas, son las que retienen el poder, conocen la práctica de los procedimientos, saben cómo distinguir los objetivos de los opositores y cómo

insertar cuñas para dividirlos. Si no pueden ganar la batalla, al menos confían en que sus tácticas superiores podrán salvar mucho de lo antiguo en la derrota. Y ese es su objetivo presente. ☐



Más allá del Concilio Vaticano II

Luis G. del Valle
Teólogo del CRT

En 1962 se celebró la primera sesión del Concilio Vaticano II. Han pasado 40 años y se habla ya desde hace algún tiempo de que es tiempo de un nuevo Concilio.

En abril pasado un grupo de obispos latinoamericanos, casi todos brasileños, pidió al Papa que se celebre un nuevo Concilio (Ver: www.proconcil.org). «que ayude a nuestra Iglesia Católica a responder evangélicamente, en dialogo fraterno y con la mayor colaboración posible con las demás iglesias cristianas y las otras religiones, a los graves desafíos de la Humanidad, en particular de los pobres, en un mundo en rápida transformación y cada vez más interrelacionado.» Piden «que sea concebido como proceso conciliar, participativo y corresponsable, a partir de las iglesias particulares, locales y continentales». Proponen «que se realice a lo largo de un periodo de tiempo suficientemente amplio y con una metodología apropiada, para que la comunidad de creyentes pueda pronunciarse sobre los temas que considera más importantes y urgentes, siendo recogidas sus aportaciones para el debate y las decisiones conciliares».

Proponer la conveniencia de un nuevo Concilio significa que hay situaciones, cuestiones, planteos nuevos para la Iglesia que se estima no pueden ser tratados o afrontados convenientemente por la manera como de ordinario funciona. También que hay propuestas en el Vaticano II que aún no han sido acabadas de asimilar por la Iglesia hasta el día de hoy y que por tanto se requiere de una nueva renovación de la iglesia que muy convenientemente vendrá de un nuevo concilio.

Sigue algunas reflexiones en las dos líneas: 1) lo que inició y lanzó el Vaticano II y que no ha sido acabado de asimilar por la Iglesia en estos 40 años y 2) nuevas cuestiones o situaciones no previstas por el Concilio ni por la iglesia, pero que han surgido en los últimos años.

Son algunas reflexiones sin la pretensión de abarcar todas las realidades que invitan a que se realice un nuevo concilio. Pero sí algunas importantes.

Lo que inició y lanzó el Vaticano II y que no ha sido acabado de asimilar por la iglesia en estos 40 años

El Concilio, entre otras nuevas maneras de considerar a la iglesia, nos la mostró como a) Una estructura sacramental. b) Nos enseñó que la iglesia es pueblo de Dios. c) Nos invitó a buscar la voluntad de Dios escrutando los signos de los tiempos. d) Defendió y propugnó la libertad religiosa y el diálogo ecuménico. Algunas palabras sobre cada uno de estos temas.

a) La Iglesia en su estructura sacramental

Antes de que se fijara en la iglesia que los sacramentos son siete y nada más que siete, o sea antes del siglo XII la noción de sacramento era más amplia y rica. Su significado latino estaba más cercano del griego «mysterion»: una realidad visible en la que se oculta y expresa otra más honda, que es la gracia, la vida de Dios.

El proceso de ir atendiendo más a lo ceremonial y ritual fue dejando en la sombra la realidad misteriosa, la realidad del secreto de Dios que se nos va manifestando.

Después de la segunda gran guerra del siglo XX se volvió y se profundizó en aquella concepción de la Iglesia como realidad misteriosa, como lugar e instrumento de la realización de la vida de Dios en los humanos; como el sacramento fontal de los siete sacramentos; los cuales a su vez son momentos importantes y densos de toda la vida humana que es divina por la convocación (Iglesia=convocación) de Dios.

Así, la Iglesia es presentada en la LG (*Lumen Gentium*) como sacramento de la unión con Dios y de la unidad de todo el género humano. En la iglesia todos son llamados a la santidad, a la vida santa que es al igual que la iglesia signo de la reconciliación con Dios y con los hermanos. Y los sacramentos y sacramentales son instrumento de santificación. Todo esto ha sido enseñanza del Vaticano.

La vida cristiana en la iglesia se renovó donde y cuando se ha vivido no como sucesión de actos dispersos realizados cuando se viven los actos de culto que son los sacramentos, sino como una vida que tiene sentido en la unidad de toda ella y de la que

los sacramentos son actos y momentos importantes y densos.

Queda aún la tarea de entrelazar estas orientaciones para llegar a la consideración y a la enseñanza y a la práctica de una vida sacramental en la que se insertan los sacramentos, los sacramentales y toda la vida en cuanto signo o señal o sacramento de la vida de Dios comunicada a la vida humana que por eso es también divina.

Tarea posible de un nuevo Concilio es la de promover la vida sacramental más allá de sólo la promoción de los sacramentos sobre todo por la realidad de que más se predicán y viven los sacramentos como actos disgregados del conjunto de la vida y en cuya instrucción se acentúa casi nada más el aspecto jurídico de cada uno de ellos cuando se acercan los fieles a recibirlos. Se ha sentido la necesidad de que haya una mejor comprensión y vivencia de los sacramentos y se han instituido las prácticas previas a bautizos, confirmaciones y matrimonios. Y eso no es suficiente entre otras cosas porque no se ha hecho la reforma radical y a fondo de la vida cristiana como vida sacramental.

b) La Iglesia es Pueblo de Dios

Con gran sabiduría comienza la misma LG con el tema de la Iglesia como Pueblo de Dios. De allí resulta una nueva luz para valorar a los laicos en la Iglesia. Podemos decir que fue una vuelta copernicana. Se cambió el centro de la iglesia: de ser la jerarquía pasa a ser el pueblo de Dios.

En el fondo se había ido haciendo la idea de que realmente quienes viven el cristianismo en su integridad son los sacerdotes. Los laicos reciben el ser cristianos por participación —disminuida— de los sacerdotes.

El Vaticano II nos invita a que consideremos a la iglesia primero que nada como los convocados por Jesucristo con su evangelio, su buena noticia de que todos somos hermanos por ser hijos del único y mismo Padre. Así convocados no hay diferencias. Todos somos miembros de la iglesia por igual sin distinciones ni discriminaciones: por igual mujeres y hombres; por igual judíos y gentiles.

Puesta esa igualdad fundamental hay diversidad de carismas y ministerios. O en palabras más cercanas a nosotros, hay diversidad de dones y servicios. Dones de Dios comunicados a grupos o a individuos para que los humanos vivamos mejor la vida divina y así para la edificación de la iglesia. Servicios precisamente porque Dios da sus dones para que nos sirvamos todos unos a otros en vivir como hermanos. Algunos de esos dones-servicios se institucionalizan

en la iglesia como apoyo y promoción del sacerdocio de todos en una forma proclamada y realizada públicamente por medio de un acto de culto y sacramento. Quienes reciben ese sacramento quedan constituidos en miembros del clero, sin que por supuesto dejen de ser miembros del pueblo de Dios.

Han pasado 40 años y aún no nos aclaramos qué cosa sea un laico para seguir definiéndolo negativamente, como el que no es del clero, y confundiéndolo con el seglar, o sea el que no ha cambiado su estado de vida por el del «religioso».

El que todos seamos llamados por Dios a la santidad, o sea a vivir de su vida, y no sólo los «religiosos» fue también enseñanza del Concilio. Así nos hizo ver que hay diversidad de estados de vida, como el seglar y el religioso, que no se diferencian porque unos sea para los llamados a la santidad o a la perfección y los otros sólo a una santidad disminuida. Todos llamados a la plena santidad, a la apropiación creatural de la vida de Dios, pero cada uno en su estado de vida.

Nos falta avanzar en la relación que haya entre laico y seglar, aunque algunos textos parecen identificarlos y otros no.

c) Búsqueda y cumplimiento de la voluntad de Dios

El Vaticano II al invitarnos a escrutar los signos de los tiempos nos ha enseñado que a Dios se llega para conocer lo que quiere por varios caminos. Esto supera algo que estaba bastante arraigado en la conciencia de muchos católicos: que la única manera como conocemos los designios de Dios y lo que él quiere de nosotros es por medio de las autoridades, sobre todo religiosas.

Esto, junto con la mayoría de edad dada a los laicos, según vimos en el apartado anterior, modificó las relaciones de autoridad y poder en las iglesias, universal y locales. Por ejemplo se crearon nuevos consejos y se les dio el papel de decidir y no sólo de ser consultados. Pero con los años transcurridos, poco a poco muchas instancias de autoridad han ido recuperando su papel de ser las únicas comunicadoras de la voluntad de Dios. Un nuevo concilio ayudaría a superar esto. Teórica y prácticamente.

d) Libertad religiosa y diálogo ecuménico

Dio el Vaticano II un decreto sobre el ecumenismo (*Unitatis redintegratio*) y una declaración sobre la libertad religiosa (*Dignitatis humanae*). Colaboró con esto al movimiento de respeto a la dignidad humana y su consecuencia inmediata de tutela de los

derechos humanos, pues muy claramente fundamentó la libertad religiosa en la dignidad humana simplemente tal.

Los 40 años de historia posteriores al Concilio nos han hecho ver que en esos dos documentos se encuentran sólidos fundamentos para la libertad de conciencia y para el movimiento de buscar a Dios en la respuesta a su llamado. Pero también ambigüedades en los textos mismos o en la interpretación a que se han prestado y que se ha hecho y que han llevado a corrientes en la iglesia que tienden a negar la salvación a quienes no se adhieren como miembros a la iglesia. El movimiento ecuménico se ha visto frenado por esto.

Lo anterior está en la línea de lo que el Concilio lanzó y se quedó a medio cumplir después de los 40 años que han pasado, y por eso sería conveniente un nuevo Concilio pues parece que ya la vida actual de la iglesia no da más de sí para acabar de realizar esos movimientos del Concilio de hace 40 años. Cuando Juan XXIII lanzó la idea de un Concilio y luego lo convocó hubo voces que afirma-

ban que no había necesidad de un Concilio dado que había maneras de resolver las situaciones por las que atravesaba la iglesia en la marcha ordinaria de ella. Ahora pasa lo mismo. Quienes han pedido un nuevo concilio propugnan que para la renovación actual de la iglesia que siempre se ha de renovar no bastan los medios ordinarios de su vida y funcionamiento, entre otras cosas porque vemos que 40 años después de comenzado el Concilio una gran parte de la iglesia no ha entrado por la renovación que nos trajo.

Nuevas cuestiones o situaciones

Pero hay otras realidades nuevas que también pedirían un nuevo concilio: a) nuevos aires de participación. b) nueva percepción del mundo y de la rela-

ción de la iglesia con él. c) sujetos emergentes en la teología.

a) Nuevos aires de participación

La conciencia ciudadana ha crecido en el mundo. Cada vez han sido más las gentes que han ido proponiendo, pidiendo y exigiendo tomar parte en las decisiones de los organismos de la sociedad civil y de la sociedad política (partidos y gobierno). Cada vez se quieren ejercer todas las funciones que dimanar del simple hecho de ser humanos en la convivencia: decidir sobre el propio destino. Propio: de los grupos humanos y de los individuos. No es nada más la respuesta a la conculcación de los derechos humanos, sino la exigencia de vivir y convivir como verdaderamente humanos. No como esclavos; no como

meros objetos de las decisiones de unos cuantos constituidos en autoridad o que han adquirido poder por medios no legítimos.

Y en la Iglesia también ha crecido la conciencia de vivir la dignidad de hijos de Dios y por tanto de verdaderos hermanos en la comunidad que es el pueblo de Dios.

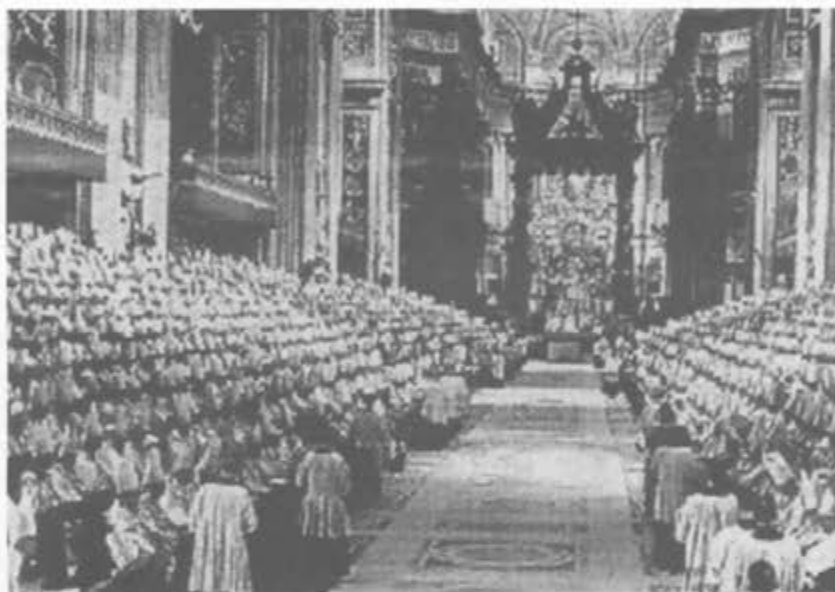
Lo cual también

conlleva el participar en la toma de las decisiones por las que resultará afectado uno como grupo o como individuo. Y no nada más en las decisiones. También en la vivencia y manifestación de la fe. Que la fe del pueblo cristiano sea verdadero lugar teológico, cosa por lo demás propuesta ya desde los tiempos de Melchor Cano.

La petición al Papa de un nuevo Concilio toma cuenta de esta situación y por eso sus autores dicen:

«Conscientes de la dificultad que entraña organizar un Concilio Ecuménico, pedimos, dentro de las nuevas facilidades de comunicación e intercambio, que sea concebido como proceso conciliar, participativo y corresponsable, a partir de las iglesias particulares, locales y continentales.»

«Proponemos que se realice a lo largo de un periodo de tiempo suficientemente amplio y con una metodología apropiada, para que la comunidad de cre-



yentes pueda pronunciarse sobre los temas que considera más importantes y urgentes, siendo recogidas sus aportaciones para el debate y las decisiones conciliares.»

b) Nueva percepción del mundo

La percepción del Concilio de las realidades del mundo fue optimista. El mundo se ha desarrollado maravillosamente y la iglesia no. Se ha dado en el mundo un desarrollo tecnológico maravilloso, y la iglesia se ha ido quedando atrás. Debe la iglesia alcanzar al mundo en ese desarrollo.

Y ¿Qué ha pasado? Que la iglesia sí se ha desarrollado a partir del Vaticano, aunque en cosas importantes falte aún recoger el fruto pleno de esos desarrollos según vimos en la primera parte de este escrito. Pero por otra parte el desarrollo del mundo no ha sido en la línea de mayor y mejor vida para todos los seres humanos. Mejores técnicas de explotación de la tierra hasta poner en peligro el futuro de este planeta. Mejores técnicas bélicas. Mejores instrumentos de comercio para la enorme ganancia de pocos y el deterioro en el acceso a los bienes de las mayorías. O sea, que el desarrollo no ha significado progreso humano. Ha sido el desarrollo como la creatura del Dr. Frankenstein. El desarrollo dejado a sus propias dinámicas y no dirigido ni normado por el propio ser humano. La mejor tecnología ha servido para sojuzgar más a mayorías por parte de minorías con mucho poder. La mejor tecnología ha servido para explotar los recursos naturales de manera que se pone en peligro el futuro del planeta y de las generaciones venideras.

Un nuevo Concilio recompondría las relaciones de la iglesia con el mundo. Volvería la iglesia a tomar su papel profético desde la buena noticia del Evangelio de ser todos hermanos y amigos en un mundo que hace de los que no son del propio grupo, enemigos, esclavos, o en el mejor de los casos, desconocidos de los que no vale la pena ocuparse ni preocuparse.

c) Nuevos sujetos emergentes

Una palabra muy típica en la teología hace unos años y que vuelve frecuentemente ha sido la de «nuevos paradigmas». Ya no nada más nuevas situaciones, sino nuevos paradigmas. Y varias propuestas sobre lo que significa que ya no basten los paradigmas de antes.

Entre otros motivos para la necesidad de los nuevos paradigmas, uno es que han irrumpido en la teología nuevos sujetos humanos: las mujeres, los jóvenes, los indígenas, los disminuidos, los excluidos por diversas razones.

No es que esos sujetos no hayan existido antes. Pero no se les tomaba en cuenta como sujetos de teología. Podían tener experiencias religiosas. Los teólogos platicaban con ellos. Ellos narraban su experiencia de Dios, o su experiencia de necesitar de Dios y los teólogos tomaban nota de eso y lo usaban como materia prima para la reflexión teológica por medio de la cual y con sus rigurosos métodos científicos elaboraban la teología de quienes les habían dado esa materia prima para devolverles a ellos su propia teología, la construida por los teólogos.

Esos grupos de la base eran los sin voz. Se decía que los teólogos en su papel y sobre todo los Obispos en el suyo de Jerarcas querían ser la voz de los sin voz. Y de pronto viene la pregunta: ¿de veras no tienen voz? ¿No será que sí la tienen pero que no los hemos sabido o querido escuchar? Por un lado se van haciendo oír y por otro se profundiza en la iglesia en el diálogo ecuménico y en el interreligioso dando cada vez más atención y cabida a quienes se expresan de modos diversos. En el campo teológico se va aceptando que quienes tienen una verdadera experiencia de Dios y la expresan, hacen teología. Y cada grupo humano, uno de ellos el de los teólogos, expresa su experiencia teológica con sus propios métodos y modos. Y hemos de dialogar todos, sin que un grupo sea el dominante, el que imponga las reglas y modos de dialogar.

Es la necesidad del diálogo intercultural, como verdadero diálogo entre iguales entre todos los diversos sujetos que a su modo expresan su experiencia de Dios.

Un nuevo Concilio de nuestros tiempos posibilitaría el diálogo religioso de todos estos así llamados «nuevos» sujetos emergentes.

Parecería viendo la historia de los concilios que un nuevo Concilio a cuarenta o digamos cincuenta años del anterior es demasiado pronto, si consideramos que Entre el Concilio de Trento y el Vaticano I mediaron poco más de tres siglos y entre el Vaticano I y el Vaticano II casi uno. Pero si por otra parte consideramos los cambios en las relaciones humanas y sistemas de vida y organización que se han dado en la historia, casi habría que afirmar que el aggiornamento (la puesta al día) de la Iglesia debe ser una tarea que se ha de repetir cada pocos años.

La Iglesia y el mundo han evolucionado mucho y rápidamente en estos últimos 40 años. Con nuevo concilio o sin nuevo Concilio hay una necesidad muy grande de que se actualice ahora la iglesia que sigue siendo como antes «semper reformanda», siempre necesitada de renovación. ☒

Documentos

Petición al Papa. Hacia un nuevo Concilio

Las personas que firmamos esta petición, seguidores y seguidoras de Jesús de Nazaret, solicitamos al Papa, Obispo de Roma, en continuidad con el espíritu del Vaticano II, la convocatoria de un nuevo Concilio Ecuménico que ayude a nuestra Iglesia Católica a responder evangélicamente, en diálogo fraterno y con la mayor colaboración posible con las demás iglesias cristianas y las otras religiones, a los graves desafíos

de la Humanidad, en particular de los pobres, en un mundo en rápida transformación y cada vez más interrelacionado.

Conscientes de la dificultad que entraña organizar un Concilio Ecuménico, pedi-

mos, dentro de las nuevas facilidades de comunicación e intercambio, que sea concebido como proceso conciliar, participativo y corresponsable, a partir de las iglesias particulares, locales y continentales.

Proponemos que se realice a lo largo de un periodo de tiempo suficientemente amplio y con una metodología apropiada, para que la comunidad de creyentes pueda pronunciarse sobre los temas que considera más importantes y urgentes, siendo recogidas sus aportaciones para el debate y las decisiones conciliares.

En comunión con toda la Iglesia y particularmente con el sucesor de Pedro, oramos para que el Espíritu nos asista, para responder -con profecía y esperan-

za- al anhelo de diálogo y renovación que embarga a gran parte del Pueblo de Dios.

A este anhelo queremos, respetuosamente, responder firmando esta petición.

Primeras firmas por orden alfabético. Son del 24 de abril de 2002.

- Alfonsin, D. Jacques Abogado. Asesor de Movimientos Populares. PA. Brasil
- Arns, D. Paulo Evaristo Cardenal-Obispo Emérito de São Paulo. Brasil



- Austregésilo de Mesquita Filho, D. Francisco Obispo Emérito de Afogados de Ingazeira. PE. Brasil
- Balduino, D. Tomás Obispo Emérito de Goiás. GO. Brasil
- Beozzo, D. José Oscar Sacerdote, Profesor e Historia-

dor. São Paulo. SP Brasil

- Calheiros Novaes, D. Waldyr Obispo Emérito de Volta Redonda. RJ. Brasil
- Cappio, D. Frei Luiz Mário Obispo de Barra. BA. Brasil
- Casaldáliga, D. Pedro Obispo de Sao Félix de Araguaia. MT. Brasil
- Castellanos Franco, D. Nicolas Obispo Emérito de Palencia (España). Misionero de la base en Bolivia
- Cecchin, D. Antonio Hermano marista. Profesor, abogado y animador de CEB's. RS. Brasil
- D. Andrea, D. Luís Obispo de Caxias. MA. Brasil
- De Carvalho, D. Frei Diamantino Obispo de Campanha. MG. Brasil

- Dias, D. Aparecido José Obispo de Roraima. Boavista. RR. Brasil
 - Flavio, D. Luis Arzobispo de Barra. BA. Brasil
 - Fragoso, D. Antonio B. Obispo Emérito de Crateús. CE. Brasil
 - Furtado de Brito, D. Jacinto Obispo de Crateús. CE. Brasil
 - Gilles, D. Xavier Obispo de Viana. Maranhão. Brasil
 - Grechi, D. Moacyr Arzobispo de Porto Velho. RO. Brasil
 - Hamao, D. Stephen Fumio Obispo Emérito de Yokohama. JAPÓN
 - James, D. Manning Elías Obispo Diocesano de Valença RJ. Brasil
 - Kräutler, D. Erwin Obispo Prelado de Xingú. PA. Brasil
 - Luna Tobar, D. Luis Alberto Arzobispo Emérito de Cuenca. Ecuador
 - Masserdotti, D. Franco Obispo de Balsas. Presidente del Consejo Indigenista Misionero. MA. Brasil
 - Morelli, D. Mauro Obispo de Caxias. RJ. Brasil
 - Panikkar, D. Raimon Sacerdote Diocesano. Catalunya. España
 - Piña Batllell, D. Joaquín Obispo de Puerto Iguazú. Argentina
 - Pires, D. José María Arzobispo Emérito de Joao Pessoa. PB. Brasil
 - Possamai, D. Antonio Obispo de JI- Paraná. RO. Brasil
 - Quinn Wilson, D. Albano Obispo Emérito. Ex - Administrador Apostólico de la Prelatura de Sicuani. Perú
 - Ramazzini, D. Alvaro Obispo de San Marcos. Guatemala
 - Rixen, D. Eugenio Obispo de Goiás. GO. Brasil
 - Ruiz, D. Samuel Obispo Emérito de San Cristóbal de las Casas. México
 - Tiago, D. Jacobo Josef María Obispo Emérito de Cjuararapes. PE. Brasil
 - Valentini, D. Luiz Demétrio Obispo de Jales. SP. Brasil
 - Werlang, D. Guilherme Antonio Obispo de Ipameri. GO. Brasil
 - Actualmente, el 18 de octubre, las firmas son en total:
 - 34 obispos; 6,677 laica(o)s; 1,381 religiosa(o)s; 909 sacerdotes; 363 Teóloga(o)s; 338 otros.no especificados.
- Si se quiere ver esta iniciativa en internet ir a: <http://www.proconcil.org/> 

La palabra a fondo

José Luis Calvillo Esparza, Ignacio Martínez Espinoza
y Ángel Sánchez Campos

29 de diciembre, Sagrada Familia

Ternura: en el ojo del huracán

Introducción

¿Quién no ha vibrado de ternura ante la representación del Nacimiento de Jesús? De hecho, Navidad, es tiempo en que afloran nuestros sentimientos más nobles. Esto se da a nivel personal, familiar y de toda la humanidad. Navidad es sinónimo de lo mejor que el ser humano tiene en lo más profundo de su ser. Sin embargo, en el caso de la familia de Jesús, que celebramos este domingo, los textos, especialmente el de Lucas, contradicen lo idílico, lo romántico, lo idealista de las escenas navideñas. La culpa es de quien ha representado en pinturas, estampas religiosas, la relación de José, María y Jesús como algo sin conflicto. Por eso, cuando tratamos de comparar nuestra vivencia de núcleo familiar, y queremos ponernos a la familia de Jesús como modelo, nos sentimos en gran desventaja. El contraste es grande. Los textos de infancia de Jesús, de Mateo y de Lucas tienen un revestimiento de relato biográfico de Jesús en su tierna infancia. Su finalidad, sin embargo, no estriba en ser crónicas históricas, sino en ser portadoras, en sus entrañas literarias, de un profundo mensaje cristológico y teológico. Por cierto, el mensaje cristológico hace que veamos, en ese niño tierno y en su entorno familiar, el conflicto de la cruz, ya presente desde que Jesús asume el proyecto de ser humano, y de la forma como en el transcurso de su vida lo iría percibiendo. Lo romántico de las escenas navideñas, entonces, puede zozobrar si queremos trasponer lo meramente externo de nuestra visión primera. En el fondo del mensaje hay compromiso y desafío. Así mismo, la idea que normalmente tenemos de que la familia es la realización de la convivencia ideal, pacífica, agradable, sin conflictos, si la comparamos con la de Jesús, va a tener que cambiar. La familia de Jesús tiene en su núcleo una vocación a desarrollar y dentro de esa vocación está el conflicto. El conflicto es como el eje organizador de la respuesta que Jesús, María y José y, consecuentemente, nosotros, tenemos que darle a Dios.

**Iluminación: Gén. 15. 1-6. 21, 1-3 Sl. 104
Heb. 11, 8. 11-12. 17-19 Luc. 2, 22-40**

Rubem Alves, poeta-teólogo brasileño, al analizar el aporte valiosísimo de un teólogo americano, Richard Shaull, dice: «El problema es que Shaull decía otra cosa: «Ustedes buscan a Dios donde todas las cosas están tranquilas ¿no? Les sugiero que busquen a Dios en el ojo del huracán» [...] Para él, era justamente en los problemas del mundo donde se encuentran las señales de Dios. Dios aparece como hombre en el lugar donde es vivida la vida humana común: este es el sentido de la encarnación [...] Ante gente que buscaba lugares y horas tranquilos, sentimientos apaciguados y proyectos serenos de vida, árboles que enraizaran profundamente en la tierra, para no cambiar, Shaull prefería alzar el vuelo en medio de la tempestad, y estaba con los oídos siempre atentos a los anuncios de los terremotos... Fue por causa de esto que él comenzó a usar una palabra terrible, conocida y temida, alejada de las multitudes y de los campos de batalla. Él decía: «revolución». No, no se asusten. Él no estaba proponiendo la revolución. Porque sólo se propone algo que aún no existe. No se invoca a la lluvia debajo de la tromba. Shaull sólo decía: «¿Están viendo? Miren sólo las señales de los tiempos... Quiten los ojos de las piedras, dejen de meditar sobre las fuentes tranquilas, salgan del abrigo de los subterráneos... Por todas partes hay indicios de que algo grande y terrible va a suceder. Los cimientos del mundo se estremecen. Los poderosos construyen fortalezas de dinero y de armas. Se hicieron ricos y su orgullo creció sobre los muertos. Los banqueros, los dictadores, los países ricos, los ejércitos de derecha y de izquierda... Pero, por todo el mundo se levanta un gran gemido, el gemido de los pobres, de los oprimidos... Y este gemido es más que un gemido humano: es el gemido del propio Dios. El grito de los que sufren: venganza de nuestro Dios...» Y así, Shaull apuntaba su dedo, hablaba y pedía que viéramos las señales de Dios donde nunca las habíamos soñado. Señales de Dios: aquellas cosas que van aconteciendo, indicando que el huracán está en camino. Dios, el gran huracán. Oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni adónde va... Yo encuentro que la teología de Shaull fue esto, una meditación sobre el huracán. Y lo que llama la atención es que él hablaba sin miedo, como si el huracán

cán no fuese algo ruin: el huracán como señal de esperanza...»

Evangelio: El texto de Lucas dentro de la presentación del niño Jesús en el templo, como encuadre, deja claro que Jesús y su familia tienen una vocación a la cual tienen que ser fieles. El reconocimiento del niño como Mesías lleva consigo el reconocimiento de características muy peculiares del mesianismo propio de Jesús. El anciano Simeón habla a los papás de Jesús, claramente, de los perfiles mesiánicos que ese niño tendrá que desarrollar y sus padres, por su lado, tendrán que entender, asumir y promover. El Mesías Jesús irá precisamente al ojo del huracán para desencadenar la transformación mesiánica esperada de El. «Este está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel, y para señal que será contradicha, y una espada traspasará tu misma alma, para que sean revelados los pensamientos de muchos corazones.» María y José empezaron a caminar el proceso de comprender que no se trataba solamente de cargar al niño con ternura, sino de alistarse en esa tarea que, a la larga, llevaría a Jesús a la cruz. Desde entonces la vida familiar de Nazaret quedó marcada por la fidelidad a Dios en el conflicto. La ternura, el amor, las relaciones familiares, quedaron, así, encaminadas de forma muy peculiar. Los textos de Génesis y Hebreos, desde esta perspectiva de la teología y de la pedagogía del conflicto, propias de Jesús, embonan dentro de una vocación, la moral familiar consiste en la ética que impone el proyecto revolucionario del Reino de Yavé. Ser familia no es fácil, ni un mero impulso natural. Tiene sus be-moles.

Sugerencias litúrgicas

- Este domingo convendrá resaltar la presencia de las familias: sea en las lecturas, sea en la procesión de ofrendas o durante la misma oración eucarística, por ejemplo, rodeando el altar una o dos familias.

Conversión

1. ¿Dentro de una sociedad donde la familia tiende a desintegrarse, cómo podremos hacer sagrada nuestra familia?
2. No hay familias sin conflictos, más bien la familia se hace superando los conflictos, ¿qué actitudes y valores puede fomentar la familia para lograr su integración?
3. ¿Cómo facilitarnos unos a otros, dentro de la familia, la realización de nuestra vocación, especialmente cuando se prevén conflictos?

5 de enero 2003

«Y habitó entre nosotros» (Jn. 1, 14)

Introducción

Si en el Génesis se afirma que el ser humano es imagen de Dios, en el evangelio se proclama que es hijo de Dios. Pues con la encarnación del Hijo de Dios todas las personas fuimos elevadas a la categoría de hijas e hijos de Dios. De ahí también que la dignidad del ser humano sea algo sagrado y sus derechos algo que brota de su condición humana.

Iluminación: Eclo. 24,1-4, 2-16; Sl 147; Ef. 1,3-6. 15-18; Jn. 1,1-18.

Trataremos de realizar el análisis de cada texto de este domingo con la finalidad de explicarnos la razón por la cual se escogieron para darle sentido litúrgico a la festividad del nacimiento de Jesús, Palabra encarnada de Dios.

Primera lectura: El texto de Eclesiástico es uno de los varios textos que, en el mismo libro, tienen como finalidad hacer elogio a la Sabiduría, considerada como la virtud a la que todo joven hebreo del siglo segundo antes de Cristo debía aspirar ante el sistema de cultura helenista, dominante tanto en Palestina como en Egipto. Jerusalén, a propósito, es el lugar donde se cree que este libro, se escribió, originalmente en hebreo, alrededor del año 180 A.C., también conocido como «Ben Sira» o, en griego, Sirácide. En Egipto, alrededor del año 117 A.C., fue traducido al griego, por un nieto del autor hebreo. (Convendría, para ubicar bien nuestro texto como parte de un reiterado elogio a la Sabiduría, convendría, decimos, consultar otros textos en el mismo libro: 1,1-10; 4,11-19; 6,18-37; 14,20-15,10; 19,20-20; 21,11-28; 22,1-18; 24,1-39 (del que nuestro texto fue extraído); 32,14-33,6; 34,1-20; 37,16-31; 38,24-39,11; 51,13-30). Todos estos textos representan uno de los elementos en el choque característico de la época de imposición forzosa y violenta de la cultura griega-helenista iniciada por Alejandro Magno y continuada por los Ptolomeos y Seléucidas. Más concretamente, estos textos nos dan idea de la resistencia popular ante lo que se iba constituyendo como oficial en esos tiempos. La «Sabiduría» era la personificación del estilo de vida heredado por el pueblo bíblico y en peligro de extinción. Los anhelos utópicos de la liberación del Éxodo; la valentía profética de los siglos pasados; los sueños de reconstrucción del pueblo de después del exilio desembocan todos en este proyecto

de mantenerse en los caminos de Yavé. Ante una sabiduría propuesta como cultivo estrictamente racional-filosófico y como cultivo del cuerpo para la estética y el placer. Ser sabio, en ese entonces, significaba, para el pueblo que pretendía mantenerse fiel al Yavé del Éxodo, un estilo de vida en compromiso con la libertad y la dignidad. No hay que imaginarnos ese ideal como un mero esfuerzo, fruto de la nostalgia del pasado, sino como el intento de fidelidad a la Palabra liberadora de Yavé manifestada en la convivencia concreta de lo cotidiano de la vida. Ante una sabiduría idealista, de las ideas armónicas, característica del sistema griego, había que cultivar la sabiduría que se mantenía en estrecho contacto con la realidad concreta considerada lugar privilegiado por Dios para manifestarse amorosa y liberadoramente.

En ese sentido, cabe resaltar el v.8 donde

se resuelve el «problema» central de este capítulo, a saber, el lugar de residencia de la sabiduría. Desde que, en el v.3, ésta comienza a hablar, va recorriendo sus moradas: de la boca del Altísimo a la bruma de la tierra; del cielo al mar. «En todos esos lugares busqué un hogar... hasta que el que me hizo decidió dónde debía yo residir. ¿Cuál es ese lugar? Admirémoslo: ¡las tribus de Jacob! O sea, el lugar más utópico y que le dio sentido a la vida de Israel: el sistema tribal, traicionado por el mismo pueblo al dejarse encandilar por las promesas (claro, fallidas) del sistema monárquico. Por eso, el v.8 que estamos resaltando, dice: «Pon tu residencia en Israel, vive en el pueblo de Jacob». Así queda resuelta la pregunta inquietante (para quienes, alejándose de la necesidad de esta sociedad, buscan ardientemente vida sabia) sobre dónde hallar ese estilo de vida alternativo y contestatario. Quien quiera sabiduría debe encontrarla en el pueblo y en su proyecto de pueblo. Con esto tam-

bién, el contacto de este texto con el del Prólogo del Evangelio de Juan queda evidente.

Evangelio: No hay duda que el Evangelio de Juan, en el Nuevo Testamento, y varios escritos gnósticos de los primeros siglos de la era cristiana, en Egipto, veían en Jesús la encarnación auténtica de la Sabiduría de Dios. El Evangelio de Juan traduce la Sabiduría como Palabra y los gnósticos veían a Jesús como «Sofía», es decir, Sabiduría, también. Por eso, creemos que hay que leer nuestro texto de Eclesiástico en paralelo con el del Evangelio de hoy. El himno de Juan, verdadero pórtico de entrada a su Evangelio, tiene también una descripción del

recorrido hecho por la Palabra, el Logos de Dios, hasta encontrar también su lugar de residencia. Es claro que, vistas así las cosas, el v.14 es el punto culminante de este himno: conocemos la gloria del Cristo al percatarnos y asumir que el Logos, la



Palabra de Dios, Jesús, encontró su morada en nuestra carne. ¡Qué revolucionario es esto! ¡Sí! ¡Y también subversivo!, pues Juan da un revés a la tendencia de comunidades cristianas que no alcanzaban a aceptar que la Palabra de Dios no estaba en lo etéreo y abstracto, sino en lo concreto de nuestra carne material, mortal y concreta. El canto aquel de «Miren al suelo, corran la voz, de que en la tierra está el Señor» es inspirado y certero. La comunidad cristiana de Juan estaba dividida entre gente que se apartaba de la realidad concreta para hacer mundo aparte y llamarlo «espiritual» y gente que buscaba lo espiritual de la vida cristiana en el compromiso transformador de lo concreto.

Segunda lectura: El texto de la carta a los Efesios es aclamación, himno de alabanza a la comunidad de efesios y de agradecimiento a Dios por las bendiciones que se han hecho manifiestas en la formación de la comunidad

a la que debe caracterizar el espíritu de sabiduría y de revelación para conocer a Dios.

Sugerencias litúrgicas

- Sugerimos que los versículos de Efesios 3-6 se empleen como prefacio de este día, terminando con la invitación al canto del Santo.
- Dentro del ambiente de la Navidad, el que proclama el evangelio podría hacerlo de memoria y sosteniendo en sus brazos a un bebé. O en todo caso, que los papás del bebé lo muestren mientras acompañan al que proclama el evangelio.

Conversión

1. En-carnarse quiere decir revestirse de carne, pero no sólo. Hacer, de nuestra carne, morada de Dios. La carne nuestra se hizo sacramento de su Palabra. Oír la palabra de la carne es oír Palabra de Dios. Ese es lenguaje que hay que aprender a escuchar. Aprender para com-prender es proceso difícil. Ella habla en sus alegrías y en sus dolores. Sus gritos de dolor por desprecio, abuso, explotación, no sólo claman a Dios, es el mismo Dios que clama.
2. ¿Qué tan importantes son los derechos humanos en tu comunidad parroquial? ¿Qué se está haciendo en orden a su defensa?
3. ¿Piensas que dentro de la Iglesia también se violan los derechos humanos?

12 de enero 2003, El bautismo de Jesús

«Pasó haciendo el bien» (Hechos 10,38)

Introducción

«Cómo Dios ungió con el poder del Espíritu Santo a Jesús de Nazaret y cómo éste pasó haciendo el bien, sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él» (Hechos 10,38), así resume Lucas la vida de Jesús. Podríamos decir que así señala la realización de la vocación de Jesús que comenzó en el Bautismo.

Es muy frecuente que se use la palabra «vocación» sólo cuando se habla del llamado de los sacerdotes o religiosas. Pero la vocación que Dios hace es para todo ser humano, especialmente para quienes han sido bautizados o bautizadas. También es frecuente reducir la vocación a una acción estrictamente religiosa, pero, en realidad, Dios llama a sus elegidos y elegidas a través de muchos medios.

Pasar la vida haciendo el bien debería ser también nuestra vocación, sin embargo, más bien percibimos el daño que causamos cada día. Y no estamos hablando de Bush o Sharom, sino de ti y de mí que de repente destruimos a los más cercanos, como Israel a Palestina, o hasta viajamos, estilo marines para dejar caer bombas en Afganistán o en Irak, para alcanzar con proyectiles a la gente que está en nuestra lista de enemigos.

Iluminación Is. 42,1-4. 12-16; Sl 28; Hech. 10,34-38; Mc. 1, 7-11

Primera lectura: Tres cosas fundamentales de este texto; 1) la vocación del servidor de Yavé viene como resultado del don del Espíritu que el Señor deposita sobre él; 2) Los versos 2- 4 describen el tipo de persona que resulta de haber recibido el Espíritu del Señor: la fragilidad del servidor —y no su fuerza— es el material utilizado por Dios para producir el juicio, o la justicia, sobre la tierra; 3) Los versos 6-7 especifican claramente que se trata de un llamado que hace el Señor a su servidor/a (o pueblo) a quienes toma de la mano, cuida con cariño, haciendo de el /ella/ pueblo una alianza y una luz para los pueblos.

Evangelio: Según el Evangelio de Marcos, esto es lo primero que Jesús hace: bautizarse en el río Jordán. Él no tiene relatos de la infancia de Jesús como lo tienen Mateo y Lucas. Toda su existencia anterior en el tiempo de Dios y en el de su infancia de vida familiar queda atrás ante el pórtico de entrada a un nuevo estilo de vida que Jesús comienza. Ese pórtico es, precisamente, el bautismo. A partir del Bautismo Jesús desarrollará la vocación que había recibido desde antes de nacer y de la cual María y José se fueron haciendo testigos. De hecho ellos le ayudaron a reconocerla y a cultivarla, pues era una vocación muy especial. Juan el bautista es un personaje que reflexionaba sobre su propia vocación y sobre la de Jesús. Nos ayudaría a comprender esto si comparamos el texto que estamos estudiando con el de Jn. 1,29-34, que contiene un relato de los recuerdos, la memoria, que a Juan le gustaba repasar. -

Jesús oyó en su bautismo una voz que lo fortaleció y le dio mucha entereza para abrirse a nuevos proyectos de vida y de trabajo: «Tu eres mi hijo amado, mi preferido». ¿Podemos decir que nosotros somos conscientes de que esa misma voz se nos ha dirigido a cada uno de nosotros/as? ¿Esa voz hace eco en nosotros/as? ¿Cuándo, en qué momentos concretos? ¿Te sientes transformado/a por escuchar esa misma voz? ¿Cuál es tu experiencia concreta de esa vivencia?.

Sugerencias litúrgicas

Tenemos en cuenta lo que la Constitución sobre la Sagrada Liturgia prescribe. Los ritos deben ser sencillos, breves y claros de modo que no haya necesidad de muchas explicaciones (SC 24). En todo caso se pueden hacer breves moniciones en los momentos más oportunos, con las palabras prescritas u otras semejantes (SC 35, 3.). Es preferible recurrir al canto, a los signos y símbolos, ya que «en ella los signos sensibles significan y cada uno de ellos a su manera realizan la santificación del hombre» (SC 7). Sin que olvidemos que las oraciones, los cantos, las acciones simbólicas y signos adquieren de las Escrituras su significado.

- Utilicemos el agua en el acto penitencial acompañando esta acción con algún canto que haga referencia al bautismo. También podría realizarse esta acción en la profesión de fe.
- Al final de la misa se podría ungir las manos recordando que fuimos ungidos por el Espíritu en nuestro bautismo: pasemos por la vida haciendo el bien como Jesús de Nazareth.

Conversión

1. El tema de este domingo puede ser la vocación de Jesús?, ¿Qué significa tener vocación?, ¿cómo se ve que Dios le da una vocación?, ¿El pueblo de Jesús tuvo algo que ver con esa vocación? (puedes ver en Mt. 3, 5-17 y en Lc. 3, 21-22 que todo el pueblo se bautizaba con Juan y que Jesús entró en la misma fila de los que se iban a bautizar.)
2. ¿Cuál es el nombre que recibió Jesús al ser bautizado? Tal vez por eso, otro título de la fiesta de este domingo es también la del santo nombre de Jesús puesto que en el nombre va la vocación a la que fue llamado (Jesús significa salvador). ¿Sabes lo que significa tu nombre y para qué fuiste llamado?
3. Lucas resume la vida de Jesús: «pasó haciendo el bien». ¿A cuántas personas más podríamos aplicar este epitafio?
4. Antes la gente hablaba de las «cabañuelas» como anunciadoras del mal o buen temporal, ahora en cambio se habla de la «cuesta de enero» como indicador económico. ¿Será que la gente despilfarra su dinero? ¿Será, más bien, que no lo tiene? o ¿será que cae en la trampa de endrogarse para comprar en Navidad y Reyes?
5. ¿Cómo vas descubriendo y realizando tu vocación como persona bautizada?

19 de enero 2003, 2º domingo ordinario

Glorifiquenlo con el cuerpo

Introducción

El Domingo pasado consideramos el bautismo de Jesús como momento de arranque para el desarrollo de su misión y también como el punto de arranque de nuestro propio llamado o de nuestra vocación bautismal.

Hoy se nos explicita un aspecto de nuestra vocación como seguimiento de Jesús, a la manera del discipulado.

Por eso se puede decir que la mejor manera de responderle al Señor cuando habla es hacernos disponibles al servicio. «Escuchar» no significa sólo que nos entre por un oído y nos salga por el otro, como se dice popularmente. Escuchar es dejarse transformar en lo más íntimo y profundo del ser. Es encontrar la Palabra del Señor en la conciencia personal y de nuestro pueblo. Desde ahí hay que responderle.

Un elemento significativo de este domingo es el cuerpo. Pablo lo rescata de las garras del sistema del dinero para devolverle toda su dignidad y libertad. Pablo no es moralista, o sea, no es gente que se espante del cuerpo, sino que se opone a la utilización de la persona, hombre o mujer, en beneficio de los intereses de poder.

Iluminación: 1Sam. 3, 3-10. 19; Sl 39; 1Cor. 6, 13-15. 17-20; Jn. 1, 35-42

Hoy los tres textos nos presentan respectivos aspectos de la vocación a ser discípulos de Jesús. ¿Qué significa ser discípulo, discipula?

Primera lectura: Samuel aprendió a identificar la voz de Dios. Él no reconocía la voz de Yavé (ver el verso 7). Aunque se encontraba en el lugar sagrado, el templo, sin embargo, no sabía distinguir cuándo era Dios el que hablaba.

Dios llama al profeta en tiempos de corrupción sacerdotal (los tres primeros capítulos del libro de Samuel). Notemos cómo la corrupción había entrado en la familia sacerdotal de Elí. Samuel se estaba formando dentro del templo para ser sacerdote, inclusive ya desde niño se vestía como sacerdote (2, 18-19). Sin embargo su madre, Ana, era una mujer profética y, sin duda, lo había formado con otros principios. Elí era representante del sacerdocio abierto al profetismo. Podemos sacar un retrato de esa gran mujer saboreando su cántico de alabanza a las acciones libertarias de Yavé que se encuentra en el capítulo 2, 1-11. De esa manera, se hace evidente el con-

traste que existe entre un sacerdocio que se había corrompido y el surgimiento de una nueva vocación, la del profeta.

Segunda lectura: El cuerpo tiene una vocación; es templo del Espíritu Santo. Pablo, rescata el cuerpo de las garras del sistema del dinero para recuperarle toda su dignidad y libertad. Pablo no es moralista, o sea, no es gente que se espanta del cuerpo. Sino que se pone en contra de la utilización del ser humano, hombre o mujer, en beneficio de los intereses del poder. El cuerpo recibe Palabra de Dios y se hace palabra. Somos llamados/as y hay que responderle a Dios.

Evangelio: «Vieron donde vivía Jesús y se quedaron con él aquel día». Notemos cómo el Evangelio nos presenta una manera muy especial de Jesús para llamar a sus discípulos. No hay propiamente un llamado que se valga de una invitación expresa. Jesús no les dice «vengan». La vocación se viene dando como por pasos y, principalmente, por convencimiento propio a través de hechos que son constatados. Juan les muestra a dos de sus discípulos a Jesús como «el cordero de Dios». Ellos oyen el testimonio de Juan y siguen a Jesús. Jesús los cuestiona, primero, y, luego, les muestra dónde vive. Al ver donde vivía Jesús se quedaron con él. ¿qué vieron en ese lugar donde vivía Jesús?, ¿qué tendría de especial el lugar o las gentes que ahí vivían? Andrés se encarga de llevar a su hermano a conocer a Jesús. Pedro se transforma en otra persona al primer contacto con Jesús. El cambio de nombre significaba cambio de camino en su identidad como persona. Su vocación transformó su ser más profundo.

Sugerencias litúrgicas

El misterio de la encarnación nos lleva a que, en toda la vida y de modo especial en la liturgia, valoremos cada día más el sentido y el significado de nuestro cuerpo. De aquí se desprende la gran importancia que tienen las posturas o gestos corporales dentro de la liturgia. Alabamos a Dios no sólo con la mente y el 'alma' sino con el mismo cuerpo. Si participamos en la procesión, vivamos la experiencia de nuestra peregrinación por este mundo, de la transitoriedad de nuestra vida. Si nos sentamos en la liturgia de la Palabra, no es sólo por comodidad sino en señal de nuestra disposición interna de 'atención' a la Palabra que el Señor nos dirige. Es señal del discípulo que pone toda su atención al maestro. Cuando nos mantenemos de pie en toda la plegaria eucarística tiene el significado de que nos ofrecemos junto con Cristo al Padre, estamos en camino de nuestra liberación como los israelitas en Egipto, más todavía, expre-

samos que formamos el Cuerpo de Cristo Resucitado. Al extender nuestras manos, acompañando al presidente que eleva los signos del cuerpo y la sangre de Cristo en la Gran Doxología, expresamos que ofrecemos nuestras vidas al Padre junto con Cristo. En alguna ocasión, en la procesión de entrada, en la procesión del evangelio, en la procesión de ofrendas o al momento del santo, podríamos danzar al ritmo de la música o del canto para externar nuestra alegría y nuestra alabanza al Señor.

- Mientras cantamos «Tu Palabra me da vida», dirijamos, con naturalidad, nuestra mano hacia el evangelio, la Biblia o el leccionario, al llevarlos en procesión.
- En la profesión de fe utilicemos la fórmula bautismal, cantando la respuesta «Señor, yo creo, pero aumenta mi fe», y con la mano levantada acompañemos el canto, así expresamos que Dios está por encima de todos y de todo.

Conversión

1. ¿Habrá otra manera en que el cuerpo se prostituya, sin que sea necesariamente a través del sexo?
2. ¿Qué significa hoy esa frase de que «el cuerpo es para el Señor y el Señor para el cuerpo»?
3. ¿De qué medios se vale hoy Jesús para llamarnos?
4. ¿A qué concretamente nos estará llamando a seguirlo?

26 de enero d 2003, 3º domingo ordinario

«Sígueme» (Mc. 1, 17)

Introducción

El domingo pasado nos ayudó saber que escuchar la voz del Señor es condición indispensable para reconocer nuestro llamado o nuestra vocación bautismal. O sea, para saber a qué me llama el Señor, primero tengo que saber escuchar su voz. Así se entiende que Jesús le haya cambiado el nombre a Simón que significa el que escucha, llamándolo Pedro que significa piedra o cimiento. Como indicando el paso en el crecimiento del discípulo: de la simple escucha a la acción. Y la figura del profeta Samuel nos ayudó a ver claro que es necesario entrenar de tal manera que, por conocer tan bien la voz, no la confundamos con otras voces. El cuerpo, libre como el espíritu, es también condición indispensable para saber escuchar.

Hoy, la figura de otro profeta, Jonás, nos servirá para saber en qué consiste la misión que tenemos como gente con vocación al servicio.

Iluminación: Jon. 3,1-5. 10; Sl 24; 1Cor. 7,29-31; Mc. 1,14-20.

Primera lectura: Todo el libro de Jonás (no te haría mal leerlo todo; son sólo 4 capítulos), es en realidad, una parábola que denuncia la terquedad de cierto grupo de profetas que habían perdido la esperanza en que la situación —que debió ser de mucha maldad y corrupción— pudiera tener algún cambio. Jonás es figura de profetas que ya eran comodones y no querían ni siquiera mover un dedo para cambiar la situación. Fíjate, en tu lectura de todo el librito, cómo Jonás es muy canijo y hasta truculento. Pero, los caminos que Dios escoge, al final de cuentas, lo doblegarán. Es una parábola muy interesante. Se le podría titular «Parábola del mal profeta Jonás». El capítulo 1 y éste que estamos leyendo son capítulos muy parecidos: te recomendamos compararlos.

Segunda lectura: Recomendamos leer el texto y poner atención en el versículo 31, en especial la frase «porque la apariencia de este mundo pasa» (entiéndase como estado de las cosas vigentes). Parece que hay una coincidencia entre esta frase y la visión de las cosas que motivaron a Jesús a comenzar su anuncio de que el Reino de Dios está cerca. Entre más arreciaba la corrupción y el peligro de ser arrestado por las autoridades de su tiempo, más crecía la esperanza de Jesús y de que Dios no puede fallar en su promesa de hacer del mundo que vivimos un mundo donde reine la justicia, la dignidad y la paz.

Evangelio: Hoy leeremos el testimonio de Marcos sobre el verdadero Jonás, o sea, Jesús. Según Mt. 12,40, a Jesús le gustaba compararse con ese profeta. Jesús no duda, como Jonás lo hacía. Sin que le apliquemos a este texto todos los pasos de la lectura que acostumbramos, veamos lo siguiente: a) Jesús empieza a predicar en momentos difíciles y peligrosos para los profetas, pues Juan Bautista ha sido arrestado (verso 14). b) Para Jesús se ha cumplido el plazo y comienza la instauración del Reinado de Dios. c) Jesús llama al cambio por la fe. d) La gente que forma la primera comunidad de trabajo evangelizador es gente bien sencilla y muy generosa: «dejaron sus redes y lo siguieron».

Sugerencias litúrgicas

- Cuando realicemos el acto penitencial, podemos dirigir nuestra mano hacia el leccionario, el evangelario o la Biblia para vivir la experiencia de nuestra

conversión al servicio del Reino o como señal del seguimiento de Jesús.

- Hoy se puede cantar el Pescador durante la comunión

Conversión

1. El primer nombre de quienes iban aceptando la fe en Cristo fue discípulos y se hablaba de la fe como un camino de seguimiento de Jesús. Por eso, ese sígame está vivo, pues es el llamado permanente de Jesús. ¿A qué querrá que lo sigamos hoy? ¿cuáles serán las señales de que realmente lo estamos siguiendo hoy?
2. Dios no falla aunque la maldad parezca a veces eterna. La misericordia de Dios está asegurada para dar a quienes lo siguen no sólo confianza y seguridad sino, además, inteligencia para cambiar, hacer la conversión de tantas situaciones injustas e indignas que destruyen la paz. ¿Encuentras algún parecido entre la acción de Jonás y la acción de la gente que evangeliza hoy? ¿su poca fe en que será eficaz su trabajo para que cambie tanta gente? ¿su deseo de ver más bien el poder de Dios que actúa a la manera de los que castigan, que de ser testigos de su misericordia que mueve los corazones?
3. ¿Tienes alguna experiencia en tu vida que se parezca en algo a la experiencia de Jonás o de Jesús y sus discípulos? ¿Te has sentido llamado/a a seguir a Jesús? ¿Cuándo y cómo? Más todavía: ¿Cómo entiendes ahora en estos tiempos ese llamado a la conversión? ¿Hay alguna situación que te haga pensar a ti también que «el plazo se ha cumplido» y que el cambio de esa situación se manifieste como «cercanía del Reino de Dios»?

2 de febrero 2003, Presentación del Señor

Jesús «signo de contradicción» (Lc. 2,34)

Introducción

El domingo pasado debimos quedar sorprendidos al constatar la gran misericordia de Dios que actúa a pesar de la indisposición de sus servidores. Es como si un gobernante hiciera todo lo imposible para sacar adelante un proyecto a favor del pueblo, a pesar de la oposición o de la misma corrupción de sus colaboradores.

Hoy al recordar, una vez más, la encarnación del Hijo de Dios, se nos confirma que Dios está decidido a cumplir a toda costa su proyecto de salvación.

No obstante, es curioso que un niño de días de nacido ya cause revuelo, imagínense ¿qué va a ser de grande?

Quienes seguimos a Jesús deberíamos ser algo así, pero la mayoría rápido nos acomodamos. ¿Se imaginan lo incómodo que sería no acoplarnos al medio social, teniendo que contradecir, protestar, exigir, solidarizarnos o denunciar?

La imagen del Niño Dios puede ser tierna si sólo miramos en él un muñequito; resulta incómoda y cuestionadora cuando se le mira como luz que disipa las tinieblas globalizadoras de un sistema económico que cada día produce más pobres.

Iluminación: Mt. 3,1-4; Sl 23; Heb. 2,14-18; Lc. 2,22-40

Evangelio: El texto del Evangelio de Lc. es un desglose del texto de Malaquías, escrito que marca el final del, así llamado, Antiguo Testamento. Su profecía llama al Mesías «ángel del pacto» o de la alianza. Su entrada al templo es irrupción. El que no se le identifique como tal se debe a un impedimento, no de vista, sino de visión. Quien tiene corazón de profeta, identifica a los profetas. Su voz resuena en quien se hace eco. Además se necesitan ojos capacitados para reconocerlo y esos ojos no están en el rostro, sino en el corazón, y se llaman conciencia limpia. Por eso, en la lectura que hagamos de los Evangelios de la Infancia de Jesús, exclusivos de Mateo y de Lucas, debemos cuidarnos de no tomar una actitud como si fueran meros relatos infantiles. Ni siquiera son narraciones con fines biográficos o históricos. Debe quedar claro que son reflexiones teológicas y, más en concreto, cristológicas. Así mismo, no siempre queda claro que, en el fondo de esos Evangelios y como finali-

dad principal, subyace un mensaje que las comunidades de los años 80 D.C. debían descifrar. Dentro de la ingenuidad de los relatos de Jesús niño, nos esperan compromisos que nos hagan gente que enfrente las fuerzas que atentan contra la vida y que nos hagan hacer valer su inocencia. La INOCENCIA es lo que está en juego y en peligro cuando la Palabra de Dios, Jesús, se encarna en un mundo que, para conseguir sus fines estrictamente mundanos, de poder y dinero, no duda en dejar crecer lo NOCIVO, lo que daña y sacrifica la vida. Inocencia, entonces, no es pureza de imperfección, sino tarea, esfuerzo permanente que Jesús y sus seguidores/as asumimos para que la vida, don precioso de Dios, no se envilezca ni sea dañada. Los relatos de infancia de Jesús son llamados a luchar para recuperar la inocencia que tan fácilmente se pierde. Son relatos que mueven a la ternura del corazón. Pero Jesús siempre dió sorpresas. La ternura

de Jesús niño es revolucionaria y sub-versiva sin dejar por eso de ser ternura. Además de establecer claramente que Jesús tuvo infancia, ¿qué pretende transmitir Lucas a su comunidad de cristianos/as perseguidos y sufrientes? El v.21, inmediatamente anterior a nuestro texto, deja claro que, por la circuncisión, en la intimidad de la carne de Jesús, quedaba grabada la alianza entre Yavé y el pueblo de Israel, el de Jesús. Ser circuncidado tenía que ver con firmar el compromiso de ser pueblo de Yavé. Ahora bien, la firma quedaba, no en papel ni en piedra, sino en la carne. La identidad personal y del pueblo quedaba marcada indeleblemente por el compromiso con Yavé y en imitación de Yavé. Así mismo el nombre de JESÚS revela la identidad

de su ser profundo y, por eso, su cuerpo es el acta de constancia. En su carne consta su nombre-identidad-tarea-destino. En el nombre del niño resuena la voz de



gente que ya se había llamado así antes: Josué, sucesor de Moisés, el de la alianza en Siquem (ver Josué 22-23); Isaías; Oseas. En su nombre van contenidos los anhelos proféticos de liberación. Por eso, sólo profetas y profetisas son capaces de reconocer en profundidad al Jesús-profeta-ungido. Los ancianos Simeón y Ana lo eran. De Simeón se dice (v.25-26) que era «justo y piadoso» (el término griego usado por Lucas para Simeón es *eulabés* y quiere decir en castellano «alguien de buena conciencia») y que, además, esperaba con todo el anhelo de su vida (pues la realización de su vida dependía de ver al Mesías) la *paráclisis* de Israel, o sea, en castellano, la consolar o satisfacción de todos los anhelos profundos y nobles del pueblo. Ojo: Simeón no era necesariamente el sacerdote que recibía las ofrendas. El tomó al niño en sus brazos y habló de sus esperanzas cumplidas. En esta esperanza este anciano se emparentaba espiritualmente con los profetas. En Jesús, niño pobre, hijo de mujer pobre (pues María llevaba al templo, para su purificación, ofrendas de pobres, según Levítico 12,6-8), Simeón, como buen visionario profético, atisbó el cumplimiento de todas las promesas hechas a su pueblo por los profetas. No se escandalizó; antes bien, sus palabras sobre el niño evangelizaron a José y a María que, en ese cumplimiento de la costumbre, quedaron maravillados de la tarea que le esperaba a su tierno hijo. Mesías-niño. Mesías-pobre. Mesías-del pueblo. La otra anciana era Ana, de, por lo menos, 103 años de edad. Su profetismo era ejercido también en la piedad, al estilo de Simeón, pero, más que nada, en el uso de la palabra: «hablaba sobre el niño a todos los que esperaban el RESCATE en Jerusalén» Esta viejita no le hablaba a todo mundo, sino a aquellos/as que ella conocía como personas que, coincidiendo con los anhelos de Simeón y los propios, eran gente de esperanza. Ana era laica y Simeón era laico, a pesar de que a veces se le representa como sacerdote.

Segunda lectura: La oficialidad del templo de Jerusalén no hubiera sido capaz de reconocer, en ese niño, al Ungido de Dios. Los capacitados para ver a Dios, como después lo diría Jesús, eran los pobres y limpios de corazón. La profecía anda, sí, dentro del templo, pero entre el pueblo que no lo abandona. Habría que revisar nuestros anhelos y preguntarnos sobre dónde hemos cifrado nuestras esperanzas hoy. Que no porque las fuerzas físicas mengüen, nuestro entusiasmo desmaye. Al contrario, veamos cómo en esos ancianos profetas se muestra que la profecía florece en la debilidad asumida y potenciada por una causa. El texto de Hebreos muestra a Jesús-sacerdote. Jesús nunca fue llamado sacerdote, sino solamente aquí. Sí hizo acciones sacerdotales, pero eran de nuevo cuño. No ritualistas, sino diaconales, de servi-

cio y entrega. Su solidaridad con sus hermanos/as, los humanos/as, fué tan grande que «debía ser en todo semejante a ellos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo» (v.17).

Sugerencias litúrgicas

- Motivar para que el pueblo levante sus imágenes del niño Jesús y/o su vela o veladora y repitan la oración de Simeón.
- Al final dar la bendición con la imagen del niño Jesús.
- En un momento de la homilía, se podría levantar a un bebé y asumir un compromiso de transformación de este mundo para que sea verdaderamente hospitalario para todos los niños y niñas.

Conversión

1. En el mundo entero la prostitución infantil ha crecido en número alarmante, los niños y las niñas de la calle no alcanzan nunca a ser censados, en los países en guerra los más pequeños son fácilmente las víctimas, en las naciones con hambrunas son la imagen más dolorosa y en todas partes estadística de muerte; por eso podemos preguntarnos: ¿tiene sentido vestir a este niño-imagen cuando hacemos tan poco o quizá nada por los niños de carne y hueso?

9 de febrero, 5º domingo ordinario

«La levantó» (Mc. 1, 31)

Introducción

En los dos últimos domingos anteriores había como un hilo conductor: somos llamados para seguir a Jesús y éste se manifiesta como signo de contradicción, es decir, al estilo de los profetas. Hoy se aclara que nuestro trabajo consiste en evangelizar a la manera de Jesús. Y curiosamente el lugar escogido por él para evangelizar es la casa familiar, la casa de Pedro.

En una sociedad machista, el gesto liberador de Jesús con la enferma, suegra de Simón Pedro, tiene necesariamente un sentido feminista, es decir, de opción por las mujeres: Jesús toca a esta mujer y la levanta.

Iluminación: Job 7,1-4. 6-7; Sl 146; 1Cor. 9,16. 22-23; Mc. 1,29-39

Primera lectura: Al escuchar la primera lectura que nos transmite la oración desesperada de Job, que clama en

su postración, intentemos poner esas frases en boca de una mujer, tal vez constatemos que para muchas su situación de infortunio es desesperada, pues la sociedad y quizá la iglesia le tienen cerradas las puertas.

Segunda lectura: El texto de 1Corintios es un testimonio personal que el apóstol Pablo nos comparte de cómo entiende él su tarea de evangelizador. Existe en Pablo una urgencia, bien puesta en el corazón, de evangelizar: «no tengo más remedio, ¡ay de mí si no anuncio el evangelio!» ¿De dónde le viene a Pablo esa urgencia vehemente?, ¿Te ha sucedido a ti algo semejante?. Pablo dice que el trabajo de la evangelización rompe con los esquemas de este mundo que se desenvuelven a través de la ganancia y la producción de riquezas y poder. Su vida de evangelizador es el anuncio más claro de que la construcción del Reinado de Dios consiste en la construcción de un estilo de vida, personal y social, que manifieste la gracia o la gratuidad del mensaje del Evangelio. En una sociedad donde todo se cobra, y en la que quien puede comprar vale por eso mismo, el/la evangelizador/a practica una vida de entrega, sin precio, gratis, por puro amor. Así denuncia la sociedad de lucro y anuncia que se puede vivir de otro modo y mejor.

Pablo aprendía ese estilo de vida, basado en la gratuidad, precisamente de aquellas personas con las que había optado identificarse: los/las pobres. Ellos/ellas eran sus educadores/as en la gratuidad, en el no vivir de vender y comprar. Ahora entendemos la palabra «solidaridad». Pablo evangelizaba uniéndose solidariamente con quienes compartía el Evangelio. Esa unión sólida con los desposeídos/as de este mundo lo evangelizaba a él que era el evangelizador.

Evangelio: Para apreciar el evangelio de Marcos nos vamos a fijar en que el texto de hoy tiene algunas características bien claras y distintas que describen cómo Jesús evangelizaba; a) El lugar escogido por él para evangelizar es la casa. b) Jesús evangeliza al pueblo en un contacto muy cercano con él, Jesús toca al pueblo y Jesús se deja tocar por el pueblo. c) Jesús provoca un cambio radical en la suegra de Pedro ¿Percibes, en el texto, que de la servidumbre la mujer es restituida al servicio? La hizo diaconiza. d) La soledad y la oración forman parte del trabajo evangelizador de Jesús. Se apartaba del pueblo para estar solo y orar para estar con el pueblo y predicar y expulsar demonios.

¿Predicar y expulsar demonios son dos cosas inseparables? ¿Cómo entiendes esa pareja de actividades? e) Jesús era misionero, caminante, peregrino sin descanso. Jesús, según el texto del evangelio de hoy, actuaba con autoridad y no con poder. Era autor de hechos de libera-

ción del pueblo y, por eso, el pueblo reconocía su autoridad. Claro, había sido víctima por tanto tiempo de los abusos de poder que en Jesús reconocía algo totalmente diferente y nuevo. El pueblo supo distinguir, por primera vez lo que era la verdadera autoridad y lo que es el ejercicio (y el abuso) del poder. Impresiona cómo Jesús se acerca a la mujer postrada, la toca y hace que se levante. La libera de la esclavitud para el servicio.

Sugerencias litúrgicas

- Invitar a que se acerque la gente al momento de la proclamación del evangelio y al final de la proclamación que toque el Evangelionario, la Biblia o el Leccionario.
- «La levantó», nos levantó: durante toda la plegaria eucarística, todo el pueblo se mantiene de pie, expresando que es el cuerpo de Cristo Resucitado. De hecho los días domingos los primeros cristianos no podían hincarse pues estaban prohibidos los actos penitenciales el día de la gran alegría por el triunfo del Señor sobre la muerte.

Conversión

1. ¿Qué se está haciendo en la parroquia para ayudar a las mujeres a levantarse?
2. El dicho aquel de que somos candil de la calle y oscuridad de la casa, tiene mucho de verdad. Pues puede suceder que andemos en cosas, sin duda, buenas y, sin embargo, no ser gente evangelizada. ¿Nuestra persona, nuestra familia, nuestra parroquia ha sido evangelizada? Puede ser que andemos evangelizando sin dejarnos evangelizar.
3. Evangelizar y levantar, son según Jesús, acciones que no se pueden separar ¿tú que piensas?

16 de febrero 2003, 6º domingo ordinario

«Lo tocó» (Mc. 1, 41)

Introducción

Recordemos que en estos domingos se nos ha venido presentando la manera como Jesús evangelizaba y, por tanto, lo que significa en nosotros que seamos gente evangelizada y evangelizadora.

Hoy se nos cuenta que el leproso es tocado por Jesús. Pareciera un gesto innecesario, si lo podía sanar con sola su palabra, sin embargo Jesús lo tocó y el hombre quedó sano. ¿Cuántas veces el gesto es más importante que el

contenido? Lo vemos frecuentemente en los detalles o en los regalos en nuestra vida diaria.

Es como si para cuidar a tu enfermo/a, aun pudiendo pagar a una enfermera especializada, decidieras cuidarlo/la tú mismo/a. Sin duda le hace más bien al enfermo/a, pues no sólo le hará bien al cuerpo sino también a su espíritu. Sin embargo, hacer eso conlleva muchas cosas.

Jesús al dejarse tocar por los enfermos se dejaba convertir por el pueblo sufriente. No permanecía a distancia ni arriba de la gente. El leproso, además de evangelizar a Jesús, fue también causa de lo que escribe el evangelio: «ya no podía entrar públicamente en la ciudad, sino que se mantenía afuera, en lugares desiertos» ¿No significa eso que Jesús fue convertido por el leproso en marginado como él lo había sido?

Iluminación: Lev. 13,1-2. 44-46; Sl 31; 1 Cor. 10,31-11,1.; Mc. 1,40-45

Primera lectura: El texto del levítico suena como la promulgación de una ley. Tiene un tono de declaración de una ley a secas. Suena como si alguien estuviera

leyendo el texto tal y como esta escrito. Es contundente y sin miramientos. No podemos pasar desapercibido que la ley del Levítico busca el bienestar y la salud del pueblo organizado en campamentos. Las leyes de pureza, como ésta, tiene la intención de evitar que las enfermedades, las pestes y la muerte se propagaran entre la gente. En ese tiempo se tenía que ser bien estricto en el cumplimiento de las normas de higiene. La gente era al mismo tiempo, bien resistente pero también bien frágil, pues no había medicamentos para

prevenir o defenderse de las enfermedades. Por eso el tono del texto del Levítico es bien claro y determinante.

Lo que comenzó siendo una ley que cuidaba la salud del pueblo, por medio del cuidado de la higiene personal y de las familias, con el transcurso del tiempo, se fue convirtiendo en un mecanismo social por medio del cual los grupos de la gente iban distinguiéndose unos de otros al grado de convertirse en grupos antagónicos, o sea, grupos opuestos hasta comportarse como enemigos y

combatirse mutuamente. Primero, por cuidado se distinguía bien claramente quién era enfermo y el quién era sano. Luego se les declaraba contaminado o no contaminado. Y luego, en base a esa declaración se le excluía de la convivencia con los demás. No tardó mucho en que eso se usara como arma de exclusión social y hasta de forma para decir que Dios era el que hacía la exclusión de la gente. Se llegaba a decir que los enfermos eran heridos por Dios. Como es de esperarse, eso se usó para justificar la división entre ricos y pobres. Ya nos podemos imaginar quiénes eran los puros y quiénes los impuros.

Evangelio: En el Evangelio nos encontramos a Jesús delante de una víctima de la exclusión, un leproso. Lo importante es que nos

demos a la tarea de examinar bien los actores de esa escena. preguntémonos: ¿qué les parece el comportamiento del leproso? Lo que el leproso hace ¿de alguna manera hace que Jesús se sienta provocado a actuar? ¿nos damos cuenta de que quien comenzó todo fue el leproso mismo, o sea, que el leproso hizo que Jesús hiciera algo? ¿nos damos cuenta que el primero que se revela en contra de la ley de la pureza, practicada como medio de exclusión a la gente de la sociedad, fue el leproso mismo y luego él hizo que Jesús quisiera también ponerse en contra de ella? ¿nos damos cuenta de la firmeza con que Jesús dice quiero? ¿cómo ves el comportamiento de Je-



sús? ¿podemos ver claramente que Jesús no sólo está en contra de que aquel hombre esté enfermo sino que, además, está profundamente indignado contra la situación de marginación a la que se le ha condenado? ¿por qué será que el leproso recurre a Jesús, que no era parte del personal religioso del templo, en lugar de recurrir directamente al templo para ser curado? ¿nos fijamos que el leproso es demasiado atrevido pues la ley prescribía que los leprosos debían alejarse de la gente y anunciar, a gritos, que por ahí andaba un leproso para que la gente se retirara también y él no lo hace, sino que se acerca a Jesús?. Notemos que Jesús repite ese gesto al tocar el cuerpo del leproso, gesto que ya había realizado con la suegra de Pedro, o sea, Jesús toca y, además, se deja tocar. Jesús toca al excluido y se deja tocar por él, convirtiéndose él mismo por eso en un excluido.

Sugerencias litúrgicas

- Al terminar la homilía el sacerdote podrá imponer las manos a algunas personas enfermas o que se sientan enfermas. (Esta acción está prevista en el ritual de los enfermos). Se podrá concluir con la oración universal de los fieles.

Conversión

1. Si Jesús se volvió un marginado por dejarse tocar los marginados, ¿no será que debemos también nosotros dejarnos tocar por ellos?
2. ¿Hacer algo más con un gesto o un detalle, que simplemente dar lo estrictamente necesario, no será también evangelizar?
3. ¿No invierte el esposo cuando gasta en el restaurant, o en una joya o en un simple ramo de flores para su esposa?

Dom Helder Cámara, Mons. Romero, Don Sergio Méndez Arceo, y muchos evangelizadores más, que siguieron este ejemplo de Jesús, terminaron en el lugar de los pobres y perseguidos, quizá por eso la mayoría mantenemos nuestra distancia con respecto al pueblo. ¿podría llamarse a esto dejarse evangelizar por los pobres?

23 de febrero, 7º domingo ordinario

«Nunca cosa igual» (Mc. 2, 12)

Introducción

En los domingos anteriores hemos venido tratando de responder a la pregunta: ¿cómo vamos a imitar a Jesús-evangelizador?

Recordemos que con la curación de la suegra de Pedro, la evangelización tiene que hacer que la gente dé un paso de la servidumbre al servicio; según la narración de la curación del leproso, la evangelización hace que la gente marginada y excluida se convierta en constructora de comunidad; hoy se nos dice que la evangelización es, al mismo tiempo, un proceso de perdonar los pecados y de liberar de toda esclavitud que oprima a la gente.

Iluminación: Is. 43, 18-19. 21-22. 24-25; Sl 40; 2 Cor. 1,18-22; Mc. 2, 1-12

Primera lectura: El texto de Isaías se aprecia mejor si se lee todo el conjunto del capítulo 43. En todo el texto se ve cómo Dios le habla al pueblo con mucho cariño. Su forma de hablar se parece a la de un novio que trata de reconquistar a su novia. Del versículo 1 al 17 aparece una narración de todo lo que Dios hizo para con su pueblo fuera totalmente libre y viviera con dignidad. El pueblo no debe tener miedo son palabras para convencer al pueblo de que el amor hace que no tenga miedo ni de ser feliz ni de ser libre. A partir del verso 18 hasta el 25 se trata de cómo Dios se esfuerza por que el pueblo supere su pasado, que se le ha convertido en una carga pesada, y viviendo el presente, se proyecte al futuro. Dios llama a su pueblo para sanar todo lo que hay en su pasado. El pueblo está amarrado en sus propios actos del pasado y, de esa manera, no deja que Dios actúe y haga su acción liberadora. El pueblo tiene que soltarse de su pasado y abrirse para caminar como nuevo pueblo. El pueblo se parece al águila real que alguien se había encontrado herida en el monte y se la llevó a su casa, la curó y la puso a que conviviera con las demás gallinas de su granja, pasó el tiempo y aquella águila real creció imitando a las demás gallinas. Cacaraqueando, se olvidó de comer carne, se contentó con los maicitos que le daban, seguramente se hizo miope y dormía en una rama. Un buen día, un amigo del dueño del gallinero se dio cuenta de que entre las gallinas de su amigo había una águila real. Se atrevió a pedírsela a su amigo y, éste con gran desprecio por aquel pájaro que no era gallina se la regaló. A partir de entonces, con mucha esperanza, la llevaba todos los días a la montaña a ver si lograba que el águila se acostumbrara a ver el sol y se entrenara a abrir sus alas. Todo esfuerzo fue fallido hasta que un día seleccionó la roca mas alta de la montaña para subir con el águila real, en el camino no se cansaba de gritarle al oído: «tú no eres una gallina tu eres una águila real». El águila le respondía cacaraqueando. Llegó hasta la orilla del precipicio que había escogido. La agarró de las patas, le empezó a dar vueltas y, en una de esas, la lanzó al vacío... muy al principio cacaraqueó igual que antes,

pero, de repente, extendió sus enormes alas, dirigió sus ojos al sol y emprendió el vuelo de nuevo a esas grandes alturas para la que fue hecha. Volvió a ser águila, volvió a ser águila real.

Segunda lectura: La fidelidad anunciada por Isaías es presentada como una realidad en la segunda lectura donde se resalta la fidelidad de Dios en el sí de Jesucristo. Dice Pablo: «todo él es un sí».

Evangelio: Si el primer texto puede repetirse por frases sueltas, el Evangelio, como tiene forma de narración de hechos, hay que reconstruirlo con todos los detalles. Hay que tener esmero en fijarse en lo siguiente: ¿En qué ciudad estaba Jesús y de dónde venía? ¿Qué se encontraba haciendo Jesús? ¿Cómo introdujeron al paralítico al lugar donde estaba Jesús? ¿De quién era la fe que Jesús admiró tanto? ¿Cuántas veces le habla Jesús al paralítico? ¿Pueden repetir la palabras que cruzó Jesús con los escribas? ¿Qué hacían ellos ahí? ¿Pueden definir cuál era el problema que veían los escribas en Jesús? ¿Cómo responde Jesús? ¿Por qué será que la multitud es la que tiene la última palabra de esta narración? El texto del Evangelio nos hace ver a Jesús y su manera propia de evangelizar. Como dijimos al principio, éste episodio hace cuerpo con los evangelios que hemos leído los dos domingos pasados. O sea, desde Marcos 1,29 hasta 2,12. tenemos una coleccioncita de rasgos de Jesús evangelizador que el evangelista nos ofrece como puerta de entrada a su evangelio. Fijémonos cómo este tercer episodio tiene, por un lado, a un grupo que enfrenta a Jesús muy violentamente y, por el otro, a la multitud que quiere y admira a Jesús. Para nuestra actividad de entendimiento del Evangelio debemos encontrar en cada uno de los personajes que aparecen en el texto: La multitud, los cuatro que llevan al paralítico, el paralítico, Jesús, los escribas, Jesús que se llama a sí mismo «hijo del hombre»... ¿Con cuál de esos personajes nos identificamos?

Sugerencias litúrgicas

- Absolución comunitaria
- Gesto de imponerse las manos en pequeños grupitos de 4 a 6, poniéndose uno por uno al centro del grupo, y diciendo los demás con las manos extendidas sobre la cabeza de quien va pasando: «Tus pecados te son perdonados».
- Quemar una rama seca o algún escrito con los pecados comunitarios.

Conversión

1. Llama la atención que en pleno siglo XXI nos sigan escandalizando las mismas cosas de siempre, como si no hubiéramos cambiado. Nos sigue escandalizando el perdón que se da al hijo drogadicto o alcohólico, así como el perdón a la hija madre soltera. ¿No nos debería, más bien, alegrar que con el perdón ya está la mitad del problema resuelto y colaborar entonces a completar con la curación del cuerpo?
2. ¿Imaginemos si los países ricos perdonaran a los países pobres su deuda externa, no sería eso la mitad del problema solucionado, que podría hacer más fácil el trabajo de los pobres contra la corrupción y a favor de la democracia y el bienestar a fin de no regresar a ser esclavos?

2 de marzo, 8º domingo ordinario

Jesús, el novio

Introducción

El Miércoles de Ceniza será, este año, el 5 de marzo y con él empezará el tiempo de Cuaresma que durará seis semanas, incluyendo cinco domingos. Seguiremos este camino de reflexión de la mano del evangelio según Sn. Marcos.

El domingo anterior con el pasaje del paralítico que fue colocado por aquellos cuatro hombres en el centro de la casa donde Jesús estaba, y de los cuales admiró su fe, sirve por un lado, para cerrar esa serie de reflexiones sobre los rasgos de la evangelización y, por otro, para introducirnos a un aspecto importante que Jesús tuvo que enfrentar en su ministerio, a saber, la persecución y el riesgo de muerte. Su palabra, al mismo tiempo que daba vida y esperanza al pueblo oprimido, despertaba la ira y la furia de aquellos que al final lo llevarían a la muerte en cruz. Evangelizar, entonces, no es sólo hacer discursos sobre el Evangelio o andar repitiendo acciones milagrosas de Jesús.

Vamos a ver desde ahora y hasta la cuaresma, que la acción evangelizadora de Jesús estuvo marcada por un enfrentamiento con las instancias de poder.

Jesús el novio precisamente con su sangre blanqueará el vestido de la novia.

Iluminación: Os. 2,16-17. 21-22; Sl 102; 2 Cor. 3,1-6; Mc. 2,18-22

Primera lectura: Leyendo la primera lectura y el Evangelio queda claro que los dos textos tienen como intención

acentuar que Jesús es el novio, y el pueblo, la gente pobre, es su novia. Ese noviazgo es motivo de gran alegría. ¿Quiénes vienen siendo los amigos del novio que, con la presencia del novio no pueden ayunar y, con su ausencia tendrán tiempo de hacerlo? ¿los/las seguidores/ras del novio somos sus amigos/as?

Segunda lectura: La Biblia no da recetas que simplemente hay que seguir al pie de la letra. Además, cada situación por la que pasamos exige mucha reflexión y creatividad. Pero los cambios que exige la conversión de los/las que queremos guiarnos por el Evangelio de Jesús deben tocar raíces y no quedarse en la superficie. Podemos examinar si nos hemos dejado influir por ese Jesús y si nuestras acciones van siendo dirigidas hasta tocar el fondo de las cosas. Por eso dice Sn. Pablo: «por que la letra mata pero el Espíritu da vida.»

Evangelio: Marcos 2,1 a 3,6 presenta una serie de 5 controversias entre Jesús y varios oficiales del sistema imperante en su época. ¿Cuáles son esas controversias?

- 2,1-12: cura al paralítico, el conflicto es ¿perdonar es lo mismo que liberar? ¿sólo Dios perdona o nosotros también? Jesús fue acusado de blasfemo.
- 2,13-17: comer con publicanos y pecadores, conflicto: en el grupo de Jesús hay pecadores, el comer con ellos es hacer comunidad con ellos. ¿eso es escándalo!? ¿por qué?
- 2,18-22: los discípulos de Juan ayunan y también los de los fariseos; en cambio, los de Jesús no, Jesús sale de los moldes, ¿por qué y para qué?
- 2,23-28: satisfacer necesidades en día santo, ¿las necesidades humanas, acaso no son sagradas?
- 3,1-6: salvar una vida humana en un día santo, la ley de la vida íntegra y de la libertad es más santa que cualquier otra ley, la dignidad del pobre debe estar en el centro y por encima de toda ley.

¿Dónde está la gravedad de lo que dice y hace Jesús que, según Marcos 3,6, «al salir, los fariseos y los herodianos, inmediatamente se pusieron de acuerdo contra Jesús, buscando el modo de cómo lo iban a matar?

Jesús no era rebelde, era libre. Dos cosas quedan bien claras del evangelio de hoy, Jesús, imagen de Dios, es el esposo amante de su pueblo. Jesús no viene a poner remedios o parches a la situación del mundo, que parece trapo viejo; viene a cambiar las cosas desde la raíz. Es radical.

No perdamos de vista que Jesús está a la mesa con mucha gente. Sus enemigos no entienden que esta nueva práctica de comer juntos como signo de la presencia de Dios se hace en la convivencia comunitaria e igualitaria.

¿Por qué ellos no podían ver? ¿Será que ver claro compromete a actuar honestamente? Uno de los santos padres de la Iglesia, San Hilario, decía: «no se pueden escoger las cosas nuevas si no se hace uno nuevo». Ezequiel pensaba lo mismo: hay que quitarse el viejo corazón de piedra; se necesita uno de carne que sea sensible, Ezequiel 36,26; Isaías 65,17; defiende que el cambio debe ser radical: ¡cielos nuevos y tierra nueva! Raimundo Pannikar, teólogo de la India, dice que «no basta limpiar los cristales es necesario que amanezca el nuevo día». O sea, el cambiar de corazón, hay que cambiar de cabeza y no solo de peinado.

Sugerencias litúrgicas

- Después de la profesión de fe como signo de la renovación de la Alianza de Cristo novio de su Iglesia con su iglesia novia. La asamblea puede ser rociada con agua perfumada, por ejemplo mezclándola con unas gotas de esencia de sándalo.
- O estas misma acción se puede realizar al final de la misa antes de la bendición como compromiso de fidelidad al Evangelio de Cristo novio.

Conversión

1. Hay muchas cosas que vamos haciendo por tradición, quizá no se trata de eliminarlas, sino de no mezclarlas. El vino nuevo en odres nuevos. ¿Qué cosas ya no caben en lo que hemos venido descubriendo en nuestro seguimiento de Jesús?
2. Santa Teresa de Jesús se dio cuenta de esto al escribir que donde entra la Escritura desaparecen devocioncillas:

«Yo lo estoy de ver que, en llegando aquí el alma, todos los arrobamientos se le quitan... ni le hacen al caso grandes ocasiones de devoción que vea, como antes, que si veía una imagen devota u oía un sermón o música, como la pobre mariposilla andaba tan ansiosa, todo la espantaba y hacía volar. Ahora, o es que halló su reposo, o que el alma ha visto tanto que no se espanta de nada... Quizá es que la ha fortalecido el Señor y ensanchado y habilitado... ¡Oh, Jesús, quién supiera las muchas cosas de la Escritura que debe haber para dar a entender esta paz del alma!» (Moradas séptimas 3, 12-13)
3. ¿No sería muy bueno fortalecer nuestra espiritualidad cuaresmal centrada en la Palabra de Dios y en la acción solidaria y no en el devocionalismo? ☐

Índice general 2002

Títulos de los cuadernos

- Enero-febrero: Dos profetas: Pepe y Sergio, la vida más que el monumento [728]
 Marzo-abril: Derechos humanos laborales [729]
 Mayo-junio: Preguntas acuciantes [730]
 Julio-agosto: Laicos: el pueblo de Dios [731]
 Septiembre-octubre: Un teólogo itinerante [732]
 Noviembre-diciembre: Vaticano II [733]

Autores

- Anda Corral, Francisco de; El adiós a un obispo progresista; 26-28; 728
 Argentina; 16ª encuentro de curas comprometidos con los pobres; 53-54; 732
 Auerbach Benavides, Cristina; Hostigamiento y violencia sexual en el trabajo; 27-31; 729
 Bravo Gallardo, Carlos (+); Un pueblo de Dios adulto; 31-37; 731
 Casaldaliga, Pedro; El mundo vuelve a empezar; 51-52; 728
 CEREAL; Breve balance del año: una realidad que llama; 8-13; 729
 Cervera, Raúl; Eclesiología en clave de fidelidad crítica; 19-24; 732
 Cervera, Raúl; Iglesia política y Estado sacristán, ¿en que quedamos?; 8-14; 730
 Cubas, Magdalena; García Dávalos, Luis Arturo; El discernimiento en una comunidad; 25-35; 732
 Cubas Magdalena; Sweeney John; La enfermedad, ¿aceptarla, sufrirla, abrazarla, tolerarla, rechazarla?; 15-18; 730
 Díaz de León, Ignacio. El ecumenismo: un providencial escollo; 39-44; 733
 Equipo CRT; La palabra a fondo; 50-63; 731
 Equipo CRT; La palabra a fondo; 52-63; 730
 Equipo CRT; La palabra a fondo; 55-63; 732
 Equipo de Pastoral Obrera de Ciudad Juárez; La historia desde la frontera; 32-39; 729
 Fernández, Abel; Equipo CRT; La palabra a fondo; 54-63; 729
 Fernández, Abel; La palabra a fondo; 53-63; 728
 Fundación Pueblo Indio del Ecuador; Don Sergio vive en el Ecuador; 17-18; 728
 García Dávalos, Luis Arturo. ¿Una liturgia de cara al pueblo pero de espaldas a la cultura?; 25-29; 733
 García Dávalos, Luis Arturo; La antropología de Luis G. del Valle; 14-18; 732
 García González, Jesús; Don Sergio Méndez Arceo y la iglesia latinoamericana; 8-16; 728
 Girardi, Guilio; Mis "encuentros" con don Sergio; 21-23; 728
 Gómez-Hermosillo M., Rogelio; Confieso que soy laico; 11-16; 731
 González Candia, Jorge Atilano; El espacio perdido que les llevó a la locura; 46-51; 730
 Juan Pablo II; Derechos de los hombres del trabajo (Laborum Exercens 16-17); 52-53; 729
 Juan Pablo II; Homilía después de canonizar a Juan Diego; 52-52; 732
 Landerreche, Rafael; conversación al atardecer con don Sergio y don Pepe; 29-38; 728
 López Basilio, Margarita; Nuestra labor... sembrando esperanza; 40-44; 729
 López Hernández, Eleazar; Cuahatlatoatzin Juan Diego, santo indio rebelde; 49-51; 732
 Lugo Rodríguez, Raúl; El milenio que termina; un testimonio hacia un nuevo paradigma de iglesia; 36-38; 730
 Llaguno Farías, don José; Carta Pastoral a todos los fieles del Vicariato Apostólico de la Tarahumara sobre los Derechos Humanos; 42-46; 728
 Llaguno Farías, don José; Datos cronológicos y aspectos significativos de don José Llaguno Farías segundo obispo de la Tarahumara; 39-41; 728
 MacEoin, Gary. El conflicto básico del Concilio. 733 (nov.-dic) 45-46
 Maza, Enrique; En los 75 años de Luis G. del Valle, una mirada a su mundo; 8-13; 732
 Maza, Enrique; Los cambios han sido brutales, ¿cuál es la responsabilidad cristiana ante ellos?; 26-29; 730
 Maza, Enrique; Otros opinan y viven distinto, hasta dónde tolerar y respetar?; 30-35; 730
 Mier, Sebastián. Herencia y realidades desde el Vaticano II; 8-11; 733
 Mier, Sebastián; Gozos y exigencias en la canonización de Juan Diego; 47-48; 732
 Mier, Sebastián; Sacramentos, ¿Obligatorios, necesarios?; 19-21; 730
 Oliveros, Roberto. A 40 años del Vaticano II, una mirada al proceso eclesial acontecido; 12-17; 733
 Olvera Briseño, Rodrigo; Derechos Humanos Laborales y nuevo gobierno; 14-20; 729
 Pastor, Raquel. Auditores laicos en el Vaticano; 46-49; 731
 Pastor, Raquel. La discusión potsconciliar sobre el papel del laico en el mundo y en la iglesia; 22-30; 731
 Pastor, Raquel; La discusión potsconciliar sobre el papel del laico en el mundo y en la iglesia; 22-30; 731
 Pixley, Jorge; Don Sergio, pastor ecuménico; 19-20; 728
 Reyes Linares, Pedro A; Lo irrenunciable cristiano en tiempos de reforma del trabajo; 21-26; 729
 Ruiz, Samuel. El diaconado indígena en la Diócesis de San Cristóbal. 30-31; 733

- Sánchez Sánchez, José. Estructura y ministerios en la iglesia a los 40 años del Concilio Vaticano II; 18-24; 733
- Sánchez Zariñaga, José; Reflexiones sobre el apostolado de los laicos; 17-21; 731
- Sosa A., Arturo; Venezuela: golpes, contragolpe. Historia y reflexión; 39-45; 730
- Testimonio de tres religiosas; Mujeres religiosas y Derechos Humanos Laborales: reto de humanización; 45-51; 729
- Torre Rangel, Jesús Antonio de la; Misión del laico: continuar la misa de la historia; 8-10; 731
- Valle, Luis G. del. Más allá del Concilio Vaticano I; 47-50; 733
- Valle, Luis G. del; Curriculum vitae; 36-38; 732
- Valle, Luis G. del; Dios bueno, ¿quiere, permite, tolera los males de los que ama?; 22-25; 730
- Valle, Luis G. del; Don Sergio, de gran estatura en muchos sentidos de la palabra; 24-25; 728
- Vallejo, Carlos; Palabras dichas al terminar la misa de cuerpo presente de Mons. José Llaguno; 48-50; 728
- Varios; Carta del grupo de los obispos amigos; 47-47; 728
- Varios; Testimonios; 39-46; 732
- Zatyryka, Alexander P.; Compartiendo nuestro gozo; 38-45; 731
- Zubiria Maqueo, Georgina. En fidelidad creativa; 32-38; 733

Temas

Acoso sexual

- Auerbach Benavides, Cristina. Hostigamiento y violencia sexual en el trabajo. 729 (mar-abr.) 27-31

Actualidad

- Landerreche, Rafael. Conversación al atardecer con don Sergio y don Pepe. 728 (ene-feb.) 29-38
- Olvera Briseño, Rodrigo. Derechos humanos laborales y nuevo gobierno. 729 (mar-abr.) 14-20
- Casaldaliga, Pedro. El mundo vuelve a empezar. 728 (ene-feb.) 51-52

Alvarez Icaza

- Pastor, Raquel. Auditores laicos en el Vaticano. 731 (jul.-ago.) 46-49

Amistad

- Valle, Luis G. del. Don Sergio, de gran estatura en muchos sentidos de la palabra. 728 (ene-feb.) 24-25

Amor de Dios

- Valle, Luis G. del. Dios bueno, ¿quiere, permite, tolera los males de los que ama? 730 (may.-jun.) 22-25

Antropología teológica

- García Dávalos, Luis Arturo. La antropología teológica de Luis G. del Valle. 732 (sep.-oct.) 14-18

Argentina

- Curas comprometidos con los pobres. Del 16º encuentro. 732 (sep.-oct.) 54-54

Cambios grandes

- Maza, Enrique. Los cambios han sido brutales, ¿cuál es la responsabilidad cristiana ante ellos? 730 (may.-jun.) 26-29

Canonización

- López Hernández, Eleazar. Cuahatlatoatzin Juan Diego, santo indio rebelde. 732 (sep.-oct.) 49-51
- Mier, Sebastián. Gozos y exigencias en la canonización de Juan Diego. 732 (sep.-oct.) 47-48

Conflicto

- MacEoin, Gary. El conflicto básico del Concilio. 733 (nov.-dic) 45-46

Cuernavaca

- Valle, Luis G. del. Don Sergio, de gran estatura en muchos sentidos de la palabra. 728 (ene-feb.) 24-25
- Pixley, Jorge. Don Sergio, pastor ecuménico. 728 (ene-feb.) 19-20
- Anda Corral, Francisco de. El adiós a un obispo progresista. 728 (ene-feb.) 26-28

Cultura

- García Dávalos, Luis Arturo. ¿Una liturgia de cara al pueblo pero de espaldas a la cultura? 733 (nov.-dic) 25-29

Derechos Humanos

- Llaguno Farías, don José (Pepe) Carta Pastoral a todos los fieles del Vicariato apostólico de la Tarahumara sobre los Derechos humanos. 728 (ene-feb.) 42-46
- Juan Pablo II. Derechos de los hombres del trabajo (Laborem Exercens 16-17) 729 (mar-abr.) 52-53
- Olvera Briseño, Rodrigo. Derechos humanos laborales y nuevo gobierno. 729 (mar-abr.) 14-20
- Reyes Linares, Pedro A. . Lo irrenunciable cristiano en tiempos de reforma del trabajo. 729 (mar-abr.) 21-26
- Testimonio de tres religiosas. Mujeres religiosas y Derechos Humanos Laborales: reto de humanización. 729 (mar-abr.) 45-51
- López Basilio, Margarita. Nuestra labor... sembrando esperanza. 729 (mar-abr.) 40-44

Desafíos 2002

- Casaldaliga, Pedro. El mundo vuelve a empezar. 728 (ene-feb.) 51-52

Dios y el sufrimiento

- Cubas Magdalena; Sweeney John. La enfermedad, ¿aceptarla, sufrirla, abrazarla, tolerarla, rechazarla? 730 (may.-jun.) 15-18

Discernimiento

- Cubas, Magdalena; García Dávalos, Luis Arturo. El discernimiento en una comunidad. 732 (sep.-oct.) 25-35

Documentos

- Curas comprometidos con los pobres. Del 16º encuentro. 732 (sep.-oct.) 54-54
- Juan Pablo II. Derechos de los hombres del trabajo (Laborem Exercens 16-17) 729 (mar-abr.) 52-53
- Juan Pablo II. Homilía después de canonizar a Juan Diego. 732 (sep.-oct.) 52-53
- Varios. Petición al Papa. Hacia un nuevo Concilio. 733 (nov.-dic) 51-52

Ecuador

- Fundación Pueblo Indio del Ecuador. Don Sergio vive en el Ecuador. 728 (ene-feb.) 17-18

Ecumenismo

- Pixley, Jorge. Don Sergio, pastor ecuménico. 728 (ene-feb.) 19-20
- Díaz de León. Ignacio. El ecumenismo: un providencial escollo. 733 (nov.-dic) 39-44

Enfermedad

- Varios. Carta del grupo de los obispos amigos. 728 (ene-feb.) 47-47
- Cubas Magdalena; Sweeney John. La enfermedad, ¿aceptarla, sufrirla, abrazarla, tolerarla, rechazarla?. 730 (may.-jun.) 15-18

Esperanza

- González Candia, Jorge Atilano. El espacio perdido que les llevó a la locura. 730 (may.-jun.) 46-51
- López Basilio, Margarita. Nuestra labor... sembrando esperanza. 729 (mar-abr.) 40-44

Experiencia laical

- Gómez-Hermosillo M., Rogelio. Confieso que soy laico. 731 (jul.-ago.) 11-16
- Torre Rangel, Jesús Antonio de la. Misión del laico: continuar la misa de la historia. 731 (jul.-ago.) 8-10
- Sánchez Zariñana, José. Reflexiones sobre el apostolado de los laicos. 731 (jul.-ago.) 17-21

Futuro

- Oliveros, Roberto. A 40 años del Vaticano II, una mirada al proceso eclesial acontecido. 733 (nov.-dic) 12-17
- Valle, Luis G. del. Más allá del Concilio Vaticano II. 733 (nov.-dic) 47-50
- Varios. Petición al Papa. Hacia un nuevo Concilio. 733 (nov.-dic) 51-52

Historia

- Oliveros, Roberto. A 40 años del Vaticano II, una mirada al proceso eclesial acontecido. 733 (nov.-dic) 12-17
- Mier, Sebastián. Herencia y realidades desde el Vaticano II. 733 (nov.-dic) 8-11
- Torre Rangel, Jesús Antonio de la. Misión del laico: continuar la misa de la historia. 731 (jul.-ago.) 8-10

Iglesia

- García González, Jesús. Don Sergio Méndez Arceo y la iglesia latinoamericana. 728 (ene-feb.) 8-16

- Cervera, Raúl. Eclesiología en clave de fidelidad crítica. 732 (sep.-oct.) 19-24

- Lugo Rodríguez, Raúl. El milenio que termina: un testimonio hacia un nuevo paradigma de iglesia. 730 (may.-jun.) 36-38

- Sánchez Sánchez, José. Estructura y ministerios en la iglesia a los 40 años del Concilio Vaticano II. 733 (nov.-dic) 18-24

- Cervera, Raúl. Iglesia política y Estado sacristán, ¿en que quedamos?. 730 (may.-jun.) 8-14

- Reyes Linares, Pedro A. . Lo irrenunciable cristiano en tiempos de reforma del trabajo. 729 (mar-abr.) 21-26

Imagen de Dios

- Valle, Luis G. del. Dios bueno, ¿quiere, permite, tolera los males de los que ama?. 730 (may.-jun.) 22-25

Indígenas

- Zatyorka, Alexander P. . Compartiendo nuestro gozo. 731 (jul.-ago.) 38-45
- López Hernández, Eleazar. Cuahatlatoatzin Juan Diego, santo indio rebelde. 732 (sep.-oct.) 49-51
- Fundación Pueblo Indio del Ecuador. Don Sergio vive en el Ecuador. 728 (ene-feb.) 17-18
- Ruiz, Samuel. El diaconado indígena en la Diócesis de San Cristóbal. 733 (nov.-dic) 30-31
- López Basilio, Margarita. Nuestra labor... sembrando esperanza. 729 (mar-abr.) 40-44
- Vallejo, Carlos. Palabras dichas al terminar la misa de cuerpo presente de Mons. José Llaguno. 728 (ene-feb.) 48-50

Juan Diego

- López Hernández, Eleazar. Cuahatlatoatzin Juan Diego, santo indio rebelde. 732 (sep.-oct.) 49-51
- Mier, Sebastián. Gozos y exigencias en la canonización de Juan Diego. 732 (sep.-oct.) 47-48
- Juan Pablo II. Homilía después de canonizar a Juan Diego. 732 (sep.-oct.) 52-53
- Juan Pablo II
- Juan Pablo II. Homilía después de canonizar a Juan Diego. 732 (sep.-oct.) 52-53

Laico

- Pastor, Raquel. Auditores laicos en el Vaticano. 731 (jul.-ago.) 46-49
- Gómez-Hermosillo M., Rogelio. Confieso que soy laico. 731 (jul.-ago.) 11-16
- Pastor, Raquel. La discusión potestataria sobre el papel del laico en el mundo y en la iglesia. 731 (jul.-ago.) 22-30
- Torre Rangel, Jesús Antonio de la. Misión del laico: continuar la misa de la historia. 731 (jul.-ago.) 8-10
- Sánchez Zariñana, José. Reflexiones sobre el apostolado de los laicos. 731 (jul.-ago.) 17-21
- Bravo Gallardo, Carlos (+) Un pueblo de Dios adulto. 731 (jul.-ago.) 31-37

Latinoamérica

- García González, Jesús. Don Sergio Méndez Arceo y la iglesia latinoamericana. 728 (ene-feb.) 8-16

Girardi, Giulio. Mis «encuentros» con don Sergio. 728 (ene-feb.) 21-23

Luis G. del Valle

Valle, Luis G. del. Curriculum vitae. 732 (sep.-oct.) 36-38

Cervera, Raúl. Ecclesiología en clave de fidelidad crítica. 732 (sep.-oct.) 19-24

Cubas, Magdalena; García Dávalos, Luis Arturo. El discernimiento en una comunidad. 732 (sep.-oct.) 25-35

Maza, Enrique. En los 75 años de Luis G. del Valle, una mirada a su mundo. 732 (sep.-oct.) 8-13

García Dávalos, Luis Arturo. La antropología teológica de Luis G. del Valle. 732 (sep.-oct.) 14-18

Varios. Testimonios sobre Luis del Valle. 732 (sep.-oct.) 39-46

Llaguno José

Varios. Carta del grupo de los obispos amigos. 728 (ene-feb.) 47-47

Llaguno Farías, don José (Pepe) Carta Pastoral a todos los fieles del Vicariato apostólico de la Tarahumara sobre los Derechos humanos. 728 (ene-feb.) 42-46

Landerreche, Rafael. Conversación al atardecer con don Sergio y don Pepe. 728 (ene-feb.) 29-38

Llaguno Farías, don José (Pepe) Datos Cronológicos y aspectos significativos de don José Llaguno Farías segundo obispo de la Tarahumara. 728 (ene-feb.) 39-41

Vallejo, Carlos. Palabras dichas al terminar la misa de cuerpo presente de Mons. José Llaguno. 728 (ene-feb.) 48-50

Méndez Arceo

Landerreche, Rafael. Conversación al atardecer con don Sergio y don Pepe. 728 (ene-feb.) 29-38

García González, Jesús. Don Sergio Méndez Arceo y la iglesia latinoamericana. 728 (ene-feb.) 8-16

Fundación Pueblo Indio del Ecuador. Don Sergio vive en el Ecuador. 728 (ene-feb.) 17-18

Valle, Luis G. del. Don Sergio, de gran estatura en muchos sentidos de la palabra. 728 (ene-feb.) 24-25

Pixley, Jorge. Don Sergio, pastor ecuménico. 728 (ene-feb.) 19-20

Anda Corral, Francisco de. El adiós a un obispo progresista. 728 (ene-feb.) 26-28

Girardi, Giulio. Mis «encuentros» con don Sergio. 728 (ene-feb.) 21-23

Método teológico

García Dávalos, Luis Arturo. La antropología teológica de Luis G. del Valle. 732 (sep.-oct.) 14-18

Ministerio inculturado

Zatyrrka, Alexander P. . Compartiendo nuestro gozo. 731 (jul.-ago.) 38-45

Sánchez Sánchez, José. Estructura y ministerios en la iglesia a los 40 años del Concilio Vaticano II. 733 (nov.-dic) 18-24

Mujeres obreras

Equipo de pastoral obrera de Ciudad Juárez. La historia desde la frontera. 729 (mar-abr.) 32-39

Necesidad del bautismo

Mier, Sebastián. Sacramentos, ¿obligatorios, necesarios?. 730 (may.-jun.) 19-21

Obligación de la Misa

Mier, Sebastián. Sacramentos, ¿obligatorios, necesarios?. 730 (may.-jun.) 19-21

Opción por los pobres

Curas comprometidos con los pobres. Del 16º encuentro. 732 (sep.-oct.) 54-54

Lugo Rodríguez, Raúl. El milenio que termina: un testimonio hacia un nuevo paradigma de iglesia. 730 (may.-jun.) 36-38

Origen del mal

Valle, Luis G. del. Dios bueno, ¿quiere, permite, tolera los males de los que ama?. 730 (may.-jun.) 22-25

Palabra

Fernández, Abel. La palabra a fondo. 728 (ene-feb.) 53-63

Fernández, Abel y Equipo CRT. La palabra a fondo. 729 (mar-abr.) 54-63

Equipo CRT. La palabra a fondo. 730 (may.-jun.) 52-63

Equipo CRT. La palabra a fondo. 731 (jul.-ago.) 50-63

Equipo CRT. La palabra a fondo. 732 (sep.-oct.) 55-63

Calvillo Esparza, José Luis; Martínez Espinoza, Ignacio; Sánchez Campos, Ángel. La palabra a fondo. 733 (nov.-dic) 53-66

Pandilleros

González Candia, Jorge Atilano. El espacio perdido que les llevó a la locura. 730 (may.-jun.) 46-51

Panorama legal

Auerbach Benavides, Cristina. Hostigamiento y violencia sexual en el trabajo. 729 (mar-abr.) 27-31

Paradigma nuevo

Lugo Rodríguez, Raúl. El milenio que termina: un testimonio hacia un nuevo paradigma de iglesia. 730 (may.-jun.) 36-38

Pastoral indígena

Zatyrrka, Alexander P. . Compartiendo nuestro gozo. 731 (jul.-ago.) 38-45

Pastoral juvenil

González Candia, Jorge Atilano. El espacio perdido que les llevó a la locura. 730 (may.-jun.) 46-51

Sánchez Zariñana, José. Reflexiones sobre el apostolado de los laicos. 731 (jul.-ago.) 17-21

Pastoral Obrera

Equipo de pastoral obrera de Ciudad Juárez. La historia desde la frontera. 729 (mar-abr.) 32-39

Predicación

Fernández, Abel. La palabra a fondo. 728 (ene-feb.) 53-63

Fernández, Abel y Equipo CRT. La palabra a fondo. 729 (mar-abr.) 54-63

Equipo CRT. La palabra a fondo. 730 (may.-jun.) 52-63

Equipo CRT. La palabra a fondo. 731 (jul.-ago.) 50-63

Equipo CRT. La palabra a fondo. 732 (sep.-oct.) 55-63

Calvillo Esparza, José Luis; Martínez Espinoza, Ignacio; Sánchez Campos, Ángel. La palabra a fondo. 733 (nov.-dic) 53-66

Pueblo

García Dávalos, Luis Arturo. ¿Una liturgia de cara al pueblo pero de espaldas a la cultura?. 733 (nov.-dic) 25-29

Religión de gobernantes

Cervera, Raúl. Iglesia política y Estado sacristán, ¿en que quedamos?. 730 (may.-jun.) 8-14

Religiosas

Testimonio de tres religiosas. Mujeres religiosas y Derechos Humanos Laborales: reto de humanización. 729 (mar-abr.) 45-51

Respeto

Maza, Enrique. Otros opinan y viven distinto, hasta dónde tolerar y respetar?. 730 (may.-jun.) 30-35

Responsabilidad cristiana

Maza, Enrique. Los cambios han sido brutales, ¿cuál es la responsabilidad cristiana ante ellos?. 730 (may.-jun.) 26-29

Sacramentos

Mier, Sebastián. Sacramentos, ¿obligatorios, necesarios?. 730 (may.-jun.) 19-21

San Cristóbal

Ruiz, Samuel. El diaconado indígena en la Diócesis de San Cristóbal. 733 (nov.-dic) 30-31

Sínodo de Obispos

Bravo Gallardo, Carlos (+) Un pueblo de Dios adulto. 731 (jul.-ago.) 31-37

Solidaridad

Girardi, Giulio. Mis «encuentros» con don Sergio. 728 (ene-feb.) 21-23

Tarahumara

Llaguno Farías, don José (Pepe) Carta Pastoral a todos los fieles del Vicariato apostólico de la Tarahumara sobre los Derechos humanos. 728 (ene-feb.) 42-46

Llaguno Farías, don José (Pepe) Datos Cronológicos y aspectos significativos de don José Llaguno Farías segundo obispo de la Tarahumara. 728 (ene-feb.) 39-41

Terrorismos

Casaldaliga, Pedro. El mundo vuelve a empezar. 728 (ene-feb.) 51-52

Testimonios

Equipo de pastoral obrera de Ciudad Juárez. La historia desde la frontera. 729 (mar-abr.) 32-39

Varios. Testimonios sobre Luis del Valle. 732 (sep.-oct.) 39-46

Tolerancia

Maza, Enrique. Los cambios han sido brutales, ¿cuál es la responsabilidad cristiana ante ellos?. 730 (may.-jun.) 26-29

Maza, Enrique. Otros opinan y viven distinto, hasta dónde tolerar y respetar?. 730 (may.-jun.) 30-35

Trabajo

CEREAL. Breve balance del año: una realidad que llama. 729 (mar-abr.) 8-13

Juan Pablo II. Derechos de los hombres del trabajo (Laborum Exercens 16-17) 729 (mar-abr.) 52-53

Auerbach Benavides, Cristina. Hostigamiento y violencia sexual en el trabajo. 729 (mar-abr.) 27-31

Reyes Linares, Pedro A. . Lo irrenunciable cristiano en tiempos de reforma del trabajo. 729 (mar-abr.) 21-26

CEREAL. Breve balance del año: una realidad que llama. 729 (mar-abr.) 8-13

Vaticano II

García Dávalos, Luis Arturo. ¿Una liturgia de cara al pueblo pero de espaldas a la cultura?. 733 (nov.-dic) 25-29

Oliveros, Roberto. A 40 años del Vaticano II, una mirada al proceso eclesial acontecido. 733 (nov.-dic) 12-17

Pastor, Raquel. Auditores laicos en el Vaticano. 731 (jul.-ago.) 46-49

MacEoin, Gary. El conflicto básico del Concilio. 733 (nov.-dic) 45-46

Ruiz, Samuel. El diaconado indígena en la Diócesis de San Cristóbal. 733 (nov.-dic) 30-31

Díaz de León, Ignacio. El ecumenismo: un providencial escollo. 733 (nov.-dic) 39-44

Zubiria Maqueo, Georgina. En fidelidad creativa. 733 (nov.-dic) 32-38

Sánchez Sánchez, José. Estructura y ministerios en la iglesia a los 40 años del Concilio Vaticano II. 733 (nov.-dic) 18-24

Mier, Sebastián. Herencia y realidades desde el Vaticano II. 733 (nov.-dic) 8-11

Pastor, Raquel. La discusión potsconciliar sobre el papel del laico en el mundo y en la iglesia. 731 (jul.-ago.) 22-30

Valle, Luis G. del. Más allá del Concilio Vaticano II. 733 (nov.-dic) 47-50

Varios. Petición al Papa. Hacia un nuevo Concilio. 733 (nov.-dic) 51-52

Venezuela

Sosa A. , Arturo. Venezuela: golpes, contragolpe. Historia y reflexión. 730 (may.-jun.) 39-45

Vida Religiosa

Zubiria Maqueo, Georgina. En fidelidad creativa. 733 (nov.-dic) 32-38 ➡

Nuestro próximo número

Enero-Febrero

Bellas palabras las que están detrás de las siglas ALCA: "Área de libre comercio para las Américas". O sea Las Américas, desde Alaska hasta la Patagonia serán una sola área de libre comercio. Lo bello es que la palabra central es "libre". La libertad no es la de las personas en lo individual y en lo grupal desde Alaska hasta la Patagonia. Se trata de la libertad del mercado. ¿Quién es don Mercado? ¿Se trata de una dimensión personal? Evidentemente no. Más bien es la libertad de los que sacan provecho del intercambio mercantil entre desiguales. Nos es muy claro que una competencia sólo se puede establecer entre iguales. En un deporte se hacen categorías. No se organiza una competencia futbolera en la que entren por igual jóvenes y niños. Se compite entre iguales. El cuaderno del próximo número explicará lo que es la ALCA, analizará sus consecuencias y nos sumaremos, convencidos, a la campaña de rechazo. Esta será nuestra temática principal de febrero de 2003.

Pagos

Moneda Nacional

Hacer un depósito para abonar nuestra cuenta: Banca Serfin, sucursal 35, N°: 0900-7469522 a nombre de Centro de Reflexión Teológica A.C. (le pedimos que nos envíe copia del depósito junto con una copia del cupón de renovación por fax).

Mandar giro postal o bancario a nombre del Centro de Reflexión Teológica A.C., Apdo. Postal 21-272 Coyoacán 04021 México, D.F.

Dólares

Enviar cheque o giro bancario avalado por un banco estadounidense a nombre de Centro de Reflexión Teológica, A.C.

Importante

Envíe una copia del cupón de renovación con el comprobante del pago para que sepamos de quien es la suscripción a renovar.

¿Cómo escuchar al Espíritu?	
¿Cuál es la prisa?	
¿Te atacan las sectas?	
¿Valió la pena?	
17 días de la Iglesia Latinoamericana	
Apocalipsis	
Canemos en comunidad	
Catecismo en comunidad	
Comentarios al Evangelio de Marcos	
Con Dios y con los pobres	
Chiapas. Buena nueva a pesar de todo	
De la tragedia a la esperanza	
Dinámicas	
Dios es bueno	
Dios y los obreros	
El agro mexicano ¿siempre lo mismo?	
El camino de las comunidades	
El Dios de Jesús	
El Dios de Jesús, destructor de todos los ídolos	
El Nuevo Testamento	
El Padre Pro, mártir	
El rostro indio de Dios	
El sermón del monte (#4)	
Engrandecer el corazón de la comunidad	
Espiritualidad de la liberación	
Esto es un grito	
Fe y Vida	
Galilea año 30	
Guía para el catequista	
Historia de un gran amor	
Humanidad en lo no humano	
Indicadores de la modernidad	
Itinerario espiritual en la opción por los pobres	
Jesucristo liberador	
Jesús. Manual para leer el Ev. de Mc	
Jesús Hombre en Conflicto	
Jesús interpreta las escrituras	
La aventura de un cristiano	
La buena noticia desde la mujer	
La espiritualidad de la Nueva Ev.	
La formación de la Nueva Ev.	
La Nueva Evangelización hacia la Civil del A.	
La voz de los desplazados (disco compacto)	
Lectura orante de la Biblia	
Lectura profética de la historia	
Liturgia del pueblo creyente	
Los comienzos del camino	
Los pobres y los neoliberales	
Malabareando	
María en el evangelio liberador	
México; Estados y Sindicatos	
Nepantla	
Para vivir el mensaje de Guadalupe	
Pequeño vocabulario de la Biblia	
Pers. Lat. de San Juan de la Cruz	
Preparar el corazón	
Recetas catequéticas	
Sabiduría y poesía del pueblo de Dios (#1)	
San Andrés	
San Marcos	
Seguir a Jesús: Los evangelios (#13)	
Taller de Vida y Espiritualidad	
Tu Palabra me da vida (# 6)	

B. Ameche	48.00
C. Rodríguez	33.60
F. Azuela	9.60
J. Marins y equipo	31.20
Frei Betto	10.80
M. Morales	80.00
D. de Cuernavaca	66.40
B. Ameche	9.04
J. Mateos	36.80
J. Jiménez	26.40
CRT	6.40
Auerbach/Rodríguez	66.40
J. Marins	216.00
J. L. Caravias	45.76
C. Rodríguez	24.80
J.F. Cortes	60.80
J. Saravia	48.00
J. L. Caravias	60.80
J. Peña	24.80
J. Saravia	60.00
F. Azuela	18.00
Varios	88.00
J. Mateos	48.00
F.J. Ali Modad	66.40
Vigil/Casaldáliga	43.20
C. Rodríguez	36.80
A. Méndez	18.40
C. Bravo	64.00
B. Ameche	25.60
R. Falla	44.00
L. García Orso	43.20
R. Mora	72.00
J. Mendoza	36.80
J. Sobrino	112.00
A. Méndez	30.40
C. Bravo	112.00
J. Saravia	55.20
I. Tellechea	33.60
A. Méndez	39.20
C. Maccise	43.20
CLAR	60.80
A. González	36.80
Coro de Acteal	112.00
CRB	30.40
CRB	77.60
F. Azuela	16.00
J. Saravia	36.80
Coedición	24.80
D. Fernández	72.00
S. Mier	42.40
Max Ortega	24.00
J. Garibay	160.00
A. Méndez	18.40
W. Guen	42.40
C. Maccise	32.00
L. Valdéz	55.20
B. Ameche	44.00
CRB	73.60
CRT	40.00
M. Morales	60.00
CRB	80.00
Ernesto Martínez	144.00
J. L. Caravias	48.00

Estos precios ya incluyen
el 20% de descuento
en pedidos y en nuestra librería

«Nos falta escribir los «Hechos de los apóstoles del Vaticano II», esos relatos sencillos de cristianos de nuestra época, obispos, gentes de nuestro barrio, que nos maravillan y estimulan en nuestro caminar por el mundo de hoy»

Cardenal Roger Etchegaray

«¡Actualicemos el Vaticano II! ¡Sigámoslo en el espíritu! ¡Asumámoslo con todas sus consecuencias! ¡Realicémoslo! ¡Llevémoslo a término! ¡No lo opongamos a la Tradición que los padres del Concilio respetaron! ¡Confirmemos sus decisiones, aún cuando nos parezcan audaces! ¡Seamos fieles a nuestro pasado apostólico que fue de una gran apertura y creatividad y en el que creemos! ¡Confirmemos la esperanza que el último Concilio nos ha dado y que ha dado frutos magníficos! ¡Que Juan Pablo II no haya escogido inútilmente los dos nombres que lleva! Tengo confianza de que no traicionará la esperanza que pusimos en él al inicio de su pontificado y que esta fructificará en nuestros espíritus»

Georges Hourdin (periodista francés)

El Concilio Vaticano II

«El Concilio ha sido por así decir la «puerta santa» de esa nueva primavera de la Iglesia que se ha revelado en el gran Jubileo del año 2000. Por este motivo, con la carta apostólica «Novo millennio ineunte» he pedido a la comunidad eclesial que vuelva a tomar entre sus manos los documentos conciliares, que no pierden ni su valor ni su brillo. Deben ser conocidos y asimilados como «textos cualificados y normativos del Magisterio, dentro de la Tradición de la Iglesia» (Cf. n. 57). Por eso entregué simbólicamente estos documentos a las nuevas generaciones, con motivo de la jornada jubilar del apostolado de los laicos.

Que la Virgen María, Madre de Dios y de la Iglesia, nos ayude a comprender que en el Concilio se ha ofrecido a todos nosotros una brújula para orientarnos en el camino del siglo que comienza.»

Juan Pablo II a los 40 años del inicio del Concilio
Angelus Domingo 13 octubre 2002

«En esta asamblea, bajo la dirección del Espíritu Santo, queremos buscar la manera de renovarnos a nosotros mismos, para manifestarnos cada vez más conformes al Evangelio de Cristo. Nos esforzaremos en manifestar a los hombres de estos tiempos la verdad pura y sincera de Dios, de tal forma que todos la entiendan con claridad y la sigan con agrado»

Mensaje de los padres conciliares a la humanidad

20 octubre 1962

(Sigue en página interior)

